

GRAD

PQ

7390

.H48

Z5

A3

2005

Holpeando memoria

**Testimonio de una poeta
cubana afrodescendiente**



*Daisy Rubiera Castillo
Georgina Herrera*

*Colpeando
la memoria*



Holpeando la memoria

Daisy Rubiera Castillo

Georgina Herrera



Ediciones
UNIÓN

Grad

PQ

7390

.H48

Z5

A3

2005

Edición: *Daniel García Santos*

Diseño de cubierta y pliego gráfico: *Gipsy Duque-Estrada*

Ilustración de cubierta: *Ileana Mulet, La esperanza la pintan de verde*
(fragmento), técnica mixta

Diagramación: *Beatriz Pérez*

© Daisy Rubiera y Georgina Herrera, 2005

© Sobre la presente edición:
Ediciones UNIÓN, 2005

ISBN: 959-209-668-6



Ediciones UNIÓN

Unión de Escritores y Artistas de Cuba

Calle 17 no. 354 e/ G y H, El Vedado, Ciudad de La Habana

E-mail: editora@uneac.co.cu

Hable y oír
5-19-62
1-12-06

NOTA A LA EDICIÓN

El Proyecto Memorias e Historias Orales de la Revolución Cubana se complace, o más bien tiene el privilegio de patrocinar la publicación de Golpeando la memoria, texto narrado por Georgina Herrera, e inspirado, organizado y editado por Daisy Rubiera. Dos autoras: una poetisa; la otra escritora, especialista en Historia Oral, nos acercan la voz y las memorias de la vida pública, profesional, privada y emocional de Georgina Herrera.

Resulta particularmente oportuno que el Proyecto Memorias e Historias Orales de la Revolución Cubana auspicie la publicación de este libro, de manera conjunta con numerosas amigas y amigos de ambas autoras, porque Golpeando la memoria realiza, tal vez sin proponérselo, un aporte trascendente a la historia oral de la Revolución Cubana.

De tal manera, tanto a este libro, como a nuestro Proyecto, los animan un espíritu común: estudiar el impacto de los cambios y transformaciones ocurridos en Cuba durante los últimos cincuenta años, en la vida cotidiana de cubanas y cubanos a través de sus memorias, narradas con voz e imágenes propias. Esto es lo que hace, precisamente, Daisy Rubiera al develarnos el habla sencilla, honesta y poética, de una mujer negra y feminista; de procedencia rural, humilde, devenida escritora de programas de radio y televisión. Sin dudas una excepcional historia de vida que vislumbra particulares relaciones de género, raza, clase social, sexualidad y prácticas religiosas.

Por similares coordenadas pretende transitar nuestro Proyecto. Sin embargo, existe una diferencia notable entre la historia de vida presentada aquí y las que el Proyecto Memorias e Historias Orales de la Revolución Cubana aspira a difundir en futuras propuestas. Georgina Herrera es ya una poetisa reconocida nacional e internacionalmente, mientras que nuestro Proyecto en-

focará personas también reconocidas, pero en sus escenarios más próximos e íntimos: sus casas, sus trabajos y sus barrios.

Y es que, de cualquier modo, celebramos el hecho de que la historia la hablamos, la escribimos, la protagonizamos todas y todos los que, más allá de nuestra piel, conservamos en la memoria las huellas del tiempo y sus circunstancias.

ROLANDO SEGURA Y ELIZABETH DORE
Integrantes del equipo

NOTA DE UNA DE LAS AUTORAS

Cuando, inspirada en la necesidad que María de los Reyes Castillo sintió de abrir su corazón y contar la historia de su vida, organicé y edité el libro Reyita, sencillamente, quise dar voz —por primera vez en la literatura histórica cubana— a una mujer negra. Coincidió que la voz de esa mujer era la de mi propia madre; fue como darme voz a mí misma, y no me percaté de que le quitaba un derecho, compartir conmigo la autoría del libro.

Hoy vuelvo a visualizar otra de las tantas voces silenciadas por la Historia. Otra mujer negra que narra su vida, con la que compartí, en una íntima interrelación, más de un año de arduo trabajo. Georgina Herrera es la dueña, esta vez, del discurso testimonial de Golpeando la memoria; por tal motivo y con todo el derecho comparte conmigo la autoría de este libro. El libro de Georgina, como siempre me he referido al hablar de él.

DAISY RUBIERA



G. H. O UNA PEQUEÑA LLAMA EN LA TEMPESTAD

Hay golpes en la vida
tan fuertes... Yo no sé

CÉSAR VALLEJO

Georgina Herrera no solo es dueña de una de las voces más humildes y desamparadas de la poesía cubana, sino que es ella misma una de las mujeres más humildes y desamparadas de la isla, solo iluminada por el fuego de su poesía, esa pequeña llamita ardiendo desde hace setenta años. Fuego que desgarrar y alumbrar uno de los caminos más íntimos de la poética contemporánea cubana: los caminos de la soledad, de los sacrificios permanentes que ha heredado una raza y la voluntad de comenzar de nuevo cada mañana del mundo. Georgina Herrera ha escrito versos que son como susurros entre la alegría épica de los años sesenta. Allí empezó entonces su manía de aprehenderlo todo con su mirada profunda, para luego irlo tejiendo en la profundidad de su cuarto, a golpe de memoria.

GH fue el título de su primer libro y también podría serlo ahora, pues desde entonces fueron suficientes estas dos letras que anuncian su nombre y apellido para reconocer una identidad cuya sencillez es perturbadora y cuya lógica irracional está armada por ese tipo de vivencias que hacen de cualquier persona común un símbolo de Humanidad. Aprendemos en este libro que lo ordinario de su protagonista es también su extrañeza. Aquí se escucha una sencilla voz de persona, haciendo el mundo más cercano a lo que irrepitiblemente somos cada uno de los seres humanos cuando estamos solos frente a nosotros mismos.

Lo ordinario y lo pequeño marcaron el mundo de Georgina Herrera, porque las estrecheces producen ese modo apretado de vivir, esa manera, apenas callada, de atravesar el mundo y que debe ser contada alguna vez, como aquí sucede. Con la lectura de Golpeando la memoria estamos asistiendo a una verdadera confesión, más allá de los significados formales que cierta práctica cristiana ha impuesto. Todo gesto y secreto de este libro se

verifican en el dolor, en una contundente respuesta del destino empeñado en doblegar a una mujer frágil, pero muy difícil de vencer e imposible de mirar desde la conmiseración, más bien todo lo contrario: esta mujer ha convertido el dolor cotidiano, los buches amargos de su larga existencia, en una prueba de fuego para su auténtica conversación con el universo. Y es un diálogo donde nunca pide nada, donde no ruega, sino canta una y otra vez, en voz baja, su dulce canción de amor, una canción antigua llena de risas y de memorias familiares, de futuridades y resistencias que solo la poesía —esa confirmación de la vida— puede explicar.

Daisy Rubiera, guardiera de otras voces y otros dolores, que en el fondo es la misma voz de Reyita y el mismo dolor, aunque también otro, bien sabe trabajar con las voces de mujeres olvidadas, marginadas o silenciadas por el paso veloz de una Historia que sigue siendo escrita por hombres; esta es una de aquellas simples verdades con que Daisy Rubiera escribió Reyita y acaba de escribir Golpeando la memoria, luego de escuchar durante tantos años a su madre, confesándose desde la sangre y el fondo de la Historia. Este nuevo libro es el resultado de largas conversaciones con Georgina Herrera, de largas confesiones arrancadas a la sombra de la amistad, la literatura y la complicidad que solo dos mujeres conocedoras de sus pequeñas historias pueden contarse entre la risa y el llanto, al borde de una taza de café, de un ataque de asma o de una pequeña discusión para que el libro se parezca a ellas mismas, es decir, a Georgina Herrera vista por ese espejo en que durante tantos meses se convirtió Daisy Rubiera para la memoria de nuestra poeta Georgina o la Yoya.

Las entrañas de este libro no están en las palabras, sino en el gesto con que las palabras rasgan el silencio de esta mujer, y nos dejan ver la piel de sus recuerdos, cada una de sus heridas sin cerrar, de sus pesadillas con los ojos abiertos y de sus sueños sin terminar aún. Golpeando la memoria es también un libro engañoso, pues aquí pretenden ambas autoras —Georgina Herrera y Daisy Rubiera— despertar una memoria que no siempre se

expresa verbalmente, sino a través de otra ganancia de este libro que constituye esas imágenes que logramos fijar desde algunos pasajes contados con mucha naturalidad y que, sin embargo, nos golpean con inusitada fuerza, perturbándonos la lectura, haciéndonos regresar, releer, recordar la pequeñez y la fragilidad de la condición humana.

Muchas preguntas nos haremos durante la lectura, Georgina no nos responde todas las interrogantes, solo nos describe, nos expone, nos repasa su vida, nos señala aquellos momentos donde la tristeza o la felicidad acababan de irse o estaban por llegar, mas no la exactitud de esa tristeza o de esa alegría, difícil de precisar en este libro como algo puro o definitivo. Es un libro con raras formas de sugerir o de convencernos. Escuchamos una voz alejada de toda vanidad y de toda autoridad, es un libro lleno de incertidumbres y de alucinaciones que al voltear las páginas se van cubriendo de dolor y de la mejor poesía que ha podido darnos esta mujer. Una poesía cuyos significados se ocultan bajo unas y otras capas de sentido. Y es el peso de esa vida el que nos devuelve un sujeto lírico agobiado, pero luchando contra toda tempestad, cansado y otra vez dispuesto a la existencia: Un cuerpo físico resistente a los desgarrones y un cuerpo poético resistente a ciertas retóricas que pretenden explicarle solo desde las palabras.

El lector debe aguzar sus cinco sentidos durante la lectura de este libro, pues muchas cosas que aquí no se dicen, pueden resultar más importantes que las que se dicen. Mucho de lo que es nombrado al paso, aquello en lo que sus autoras no se detienen, devienen pasajes sorprendentes, explicativos o anuncios de otros mundos que a la literatura, esta vez, no le fue posible develar. Sucede con temas como la maternidad, la sexualidad, la profunda conciencia y constancia crítica de lo racial en sus poemas y la condición de vivir en una isla, en cuyos cambios sociales ha estado tan implicada, que ni siquiera juzga tales cambios, sino que los incorpora y nos permite asomarnos a una dimensión muy peculiar de la historia social cubana del último medio siglo.

Simultáneamente, vemos construirse una persona, no digo un personaje, porque aquí se rompe ese pacto ficcional entre el autor de testimonio y su informante y se cuenta la vida de la Yoya en una linealidad no dramática —sin obviar lo trágico que hay en toda experiencia humana.

Esta es otra virtud del libro, allí donde está su sencillez también hallamos sus grandes valores, el valor de una sonrisa detrás de cada lágrima, de una alegría después de cada golpe de la muerte o del olvido. Golpeando la memoria es la historia de una sensibilidad llevada hasta el límite, de una llanita ardiendo en medio de la tempestad, de una mujer negra y cubana que nos ofrece el arco de su vida, desde su niñez, pasando por su condición de trabajadora doméstica cuando adolescente y madre joven, hasta legitimarse como una escritora profesional que no se atreve —ella sola— a hacer el recuento, y entonces aparece Daisy Rubiera, acompañándole a repasar el laberinto emocional de su biografía y convirtiéndole en una voz imprescindible para entender las formas en que nacen y sobreviven la discriminación, la enajenación y el desamparo de una familia provinciana, que marcaron la vida de una niña, luego joven, más tarde mujer y hoy una testificante que no puede explicarse sola cómo y por qué le ha tocado tanto sufrimiento.

Habrán respuestas menos personales que las que aquí se encuentran, pues existen importantes razones históricas, sociológicas y de otra índole, pero ellas son solo una parte de las respuestas que podemos dar a tanta interrogante de este libro. Mas, a la propia vida de Georgina, ¿con qué se puede responder, transformar, reconocer...? Estas memorias nos golpean demasiado, allí donde la misma Georgina y Daisy no han imaginado todavía, porque han sabido revelarnos un dolor verdadero, una vida rigurosamente contada y una pregunta certeramente dirigida a esos modos silenciadores en que la Historia se manifiesta todos los días, golpeándonos la poca dignidad humana que (nos) queda en el mundo. Enorme es el aliento de solidaridad y emancipación humanas que estas mujeres —Georgina y Daisy— nos ofrecen

desde el testimonio compartido de estos días que corren, oscuros y expectantes, sin derrotar aún ni la Verdad ni la Poesía. Sin apagar esa llamita que brilla en la oscuridad y que este libro señala y defiende.

ROBERTO ZURBANO
En el Callejón de Hammell,
bajo la primera lluvia y el último apagón
de julio 2 y 2005.

A la protagonista de este libro

A la memoria de mi madre

*A todas las mujeres que como ellas
supieron enfrentar los retos
que la vida les puso por delante*

A quién agradecer más que a Georgina Herrera, la *Yoya*, por haberme dejado entrar en la profundidad de sus recuerdos, de sus sentimientos, de sus dolores.

Mi agradecimiento a quienes, confiando en mí, esperan esta obra.

Agradecer es poco para muchas amigas cubanas y extranjeras que me dieron ayuda, material y espiritual.

Gracias, Mabel Santos, por tus agudas sugerencias y aportes.

Gracias también a quienes saben que tienen un pedacito aquí, en este libro.

SEGUNDA VEZ ANTE EL ESPEJO¹

SEGUNDA VEZ ANTE EL ESPEJO²

(Hoy es mi cuerpo, al cabo de los años)

Desnuda.

*Algo de escarcha cierra los cauces
de mi piel. Busco
lo que pueda ampararla; rápida
cruzo ante el espejo
como la misma luz, en tiempo
tan breve no podrá medirse,
pero queda clavado entre mis ojos
el retrato de lo que soy.*

Me asusto, ya después, me acepto.

Intacto

*está en mi cuerpo un tiempo
de lejano esplendor.*

*Donde hubo gloria
nada estará vencido, y, siendo así,
mis manos se concilian
con lo que palpan, cuando
lo toco, agradecida.*

Reconozco

*del vientre ancho, movedizo,
el sitio de todos los milagros del amor.*

¹ Los poemas cuyos títulos han sido tomados para encabezar algunos de los capítulos de la presente obra, a diferencia de este caso, se citan íntegros en Anexos al final del libro.

² Poema hasta ahora inédito.

*Siempre
el amor, mandando, recibiendo
códigos para mí sola. Era
entonces mi vientre
sustancia sideral enloquecida,
cera, barro, mármol diluido
en fuego de agua
para moldear planetas.
Sobre él soplaron
bocas como vientos
y fue encrespada polvareda,
pétalos temblando y sin destino.
Y mis pechos así, tranquilos, casi
humildes, sin oficio.
Mis hacendosos pechos de hace tiempo,
trasladando lo mismo
la blanca miel del alimento
que siendo música al tensarse como cuerdas.
Pechos panal para la miel de aquellas
indefensas boquitas ávidas,
pechos abeja aguijoneando
en el vuelo fatal inevitable...
pechos, vientre, cuerpo sin rostro.
Cuerpo. Así trunco es un paisaje
crepuscular, nocturno, amaneciendo, siempre
paisaje
que va y regresa,
que termina y comienza donde
ha buscado refugio el obstinado,
el que era entonces tambor, batiendo,
convocándose a guerras que inventaba.
Sí, el corazón que pide paz ahora.*

Esa soy yo, Georgina Herrera. Así me reconozco, como dice mi poema, pero al cabo de los años. Y eso me hace pensar cómo era antes. ¿Quién era yo? ¿Qué hice? ¿De

dónde surgieron los motivos, los incentivos para llegar a ser esta que es capaz de escribir un poema sobre sí misma cuando tiene más de sesenta años, que dicen que es muy atrevido?

Desde muy pequeña abrigué la secreta ilusión de ser diferente al resto de mi familia, no por el resultado de la educación tradicional que mis padres me dieron, sino por el reflejo en mi mente de una conjunción original de circunstancias; porque como era la segunda hija hembra, no era nadie, y me vi un poco apartada. Fíjate, te voy a explicar algo para que me entiendas.

En mi casa se seguía una tradición cristiano-burguesa, sin ser ni cristianos ni burgueses, ni nada por el estilo. Mi hermana mayor gozaba de ciertos privilegios porque era la mayor. Después mi hermano, porque era el varón, el hombre de la casa, y luego la más chiquita porque era la hija de la vejez. Entonces, ¿quién era yo? Mi papá y mi mamá no se daban cuenta de eso, de que yo ino era nadie! Por eso sentía mucha necesidad de expresarme, de comunicarme con los demás. Creo que ese enfrentamiento con mi condición de segunda hija y la postura que adopté ante la vida, a pesar de mi corta edad, fueron las razones de que comenzara a escribir poemas.

También influyeron mucho en mí las historias que contaban las negras viejas de la familia y del barrio. Las oía y se me ocurría escribir cuentecitos, que luego escondía. Para mí era un delito escribir, sentía miedo a que se supiera, debido a los tantos tabúes que había en mi casa. Sentía miedo hacia todo, vergüenza por todo. Era una situación muy rara. Por eso me reinventé un mundo, mi propio mundo, porque el que me rodeaba no me gustaba. Tuve que pagar el precio y mi libertad dependió, entonces, de la forma en que lo enfrenté.

Te voy a poner un ejemplo. No resulta fácil verse en un aula, en una fila, en un acto y, como estás delante, tratar de esconder los pies porque tus zapatos están rotos. Pero

como niña negra de procedencia muy humilde era para mí muy importante ocupar esa posición, y la asumí, con la dignidad que se puede tener entre los ocho y diez años; además, ese lugar me lo había ganado con mis composiciones, que eran las mejores del aula. Tenía mi musa y me sentía orgullosa de ello, aunque mis zapatos estuvieran rotos.

Desde entonces hasta la fecha he escrito mucho. Me gusta escribir sobre las gentes y las cosas que me rodean, porque en la vida todos, todas y todo tienen un sentido y un porqué. Desde que comencé a escribir quise que lo que hiciera lo entendiera todo el mundo. Que mis poesías fueran bellas, sensibles, pero sencillas. Son muy sentimentales, es cierto. Es que en ellas está toda mi vida. Toda mi vida está en mis poesías.

Ahora, aquí contigo, estoy haciendo una profunda reflexión, un gran recuento de mi vida; como dice otro de mis poemas:

*Golpeando la memoria, como pájaros
de piedras ya idos. Retornando
me llegan los recuerdos.
Vuelan
pegados a la sangre. Hunden
sus duros picos en los nervios. Sacan
a relucir las cosas que aquí digo.
Las cuales fueron todas ciertas*

Cosas que transcurrieron entre sueños, anhelos logrados o no alcanzados, deseos compartidos, tristes y alegres realidades.

PRIMERO UN VIAJE³

Clemente Gómez No. 98 es la dirección a la que, cuando yo era niña, llegaban las únicas cartas que allí se recibían y que las enviaba mi tía Eutasia, la hermana de mi papá que vivía en Cárdenas. Nunca olvidaré aquel número empotrado en la pared de madera de mi casa, pero no recuerdo cuándo y por qué cambió por el 104. Pasados muchos años aquella dirección volvió a variar: se convirtió en Calle 15 No. 2216, entre 22 y 24. Pero los recuerdos más tristes y más felices de mi infancia los tengo de Clemente Gómez No. 98.

Allí abrí los ojos a un mundo lleno de prejuicios, de tabúes, de contraposición entre lo bueno y lo malo: la escasez y la abundancia, lo negro y lo blanco. Allí comencé, también, a apreciar la significación social de ser pobre y sobre todo negra, porque después de tomar conciencia de mi condición de clase cuando tenía que asistir a la escuela con los zapatos rotos, vino la de mi identidad de raza.

En aquellos tiempos la discriminación era tan fuerte, que hubo un momento en el que no quería ser negra, no me sentía bien siendo negra. Quería ser blanca, y para lograrlo, a escondidas de mi mamá, me planché el pelo y ¡me quemé! Con un palito de tender ropa me prendí la nariz para ver si se me estiraba y ¡pasé tremendo dolor! Uno de los castigos y una de las penitencias más deliciosas que recuerdo fue el dolor tan grande que sentí por querer afinarme la nariz, de la que después ¡me sentí y me siento muy orgullosa!

Aquellas cosas eran el resultado de la influencia que la discriminación ejercía en las personas. Te voy a contar algo

³ Título tomado de un poema. El texto se cita íntegro en Anexos.

que me pasó cuando era un poco más grande. En mi pueblo había una maestra llamada Esther Carol, que estaba considerada como educadora modelo, y un día me dice:

—¿Quieres trabajar en mi casa limpiando y fregando?

—No, señora, no puedo hacerlo porque yo voy a la escuela.

—No vayas más a la escuela, ya estás muy grande.

Aquella mujer intentaba persuadirme como buena educadora que, a su modo, era. Me trataba de enseñar que ya no necesitaba seguir aprendiendo. La actitud de esa maestra respondía a la situación existente en Cuba durante la República neocolonial, en la que estudiar era querer transitar por una vereda prohibida para los negros y las negras, y para casi todas las personas pobres, incluyendo las blancas.

Esas circunstancias hicieron cierto efecto en mí, pero yo tenía la dignidad que me habían inculcado, no solo mi papá y mi mamá, sino mi abuelo materno y las negras viejas de la familia. Nunca olvido un refrán que siempre estaba en sus bocas, que dice: “Es bueno que te agaches, pero no hasta que se te vean las nalgas”. Por eso, a pesar de mi pobreza y de lo negro de mi color, ¡porque soy negra bien prieta!, continuaba con mis sueños de estudiar. Yo quería ser periodista.

En Clemente Gómez No. 98 sufrí una falta de comunicación que hizo que buscara un diálogo con algo o alguien, aunque fuera en la escritura. Esa necesidad de decir, plasmando realidades, inventándolas, imaginando otras, se apoderó de mí desde que estaba en la escuela primaria, en cuarto o quinto grado, lo recuerdo perfectamente.

En ese tiempo escribí mi primer poema. Lo titulé “Romance del niño porfiado”. No sé de dónde me salió la palabra “romance”; claro, era un poema muy elemental. El personaje se llamaba Manolito, era un niño muy lindo, pero exigente, malcriado y porfiado, que al final muere.

Nunca me ajusté a la educación tradicional que mi papá exigía en la casa y que mi mamá no solo aceptaba, sino que

acataba calladamente. Él era el hombre de la casa, el que nos mantenía y, por tanto, el que ordenaba y mandaba. De no ser así: “Se puede ir de aquí”, como repetía cada vez que alguien intentaba violar su autoridad. Yo era rebelde y de una forma abierta u oculta trataba de romper aquella tiranía que nos imponía. Como me trataban distinto, fui diferente, aunque me ganó ser la única que recibió bastantes pescozones.

Nací transgresora. Mira, las niñas del barrio no participaban en los juegos considerados de varones y a mí me gustaba jugar a la pelota con ellos. Me encantaba ocupar el campo corto, porque el *short stop* es arte puro. Por esa posición no se debe dejar pasar ninguna pelota para los jardines.

Era feliz cuando cogía el bate y la mascota y me iba a jugar. Te puedes imaginar lo que pasaba cuando mi papá enfilaba por la esquina; yo soltaba bate y guante y a correr. Cuando él llegaba, lo que me caía encima era una lluvia de golpes. Decía que si no entendía con palabras, entonces entendería con golpes. Aquella violencia de mi padre me marcó. Me dejó huellas irreversibles.

En Clemente Gómez No. 98 aprendí algo muy importante: la solidaridad. Esa práctica se llevaba a cabo en las redes familiares, como forma de solucionar algunos de los tantos problemas que confrontábamos. No te voy a negar que la solidaridad que más me gustaba era la alimentaria, porque soy comilona, ¡me encanta comer!

En la Escuela Primaria Superior donde estudiaba, había una conserje negra, que se llamaba Petrona. Aquella mujer era de muchas luces. Estaba muy contenta con las negritas Herrera, porque íbamos a la escuela y nos destacábamos por inteligentes. Por la mañana, cuando repartía el desayuno escolar —chocolate con gofio—, me daba un jarro grande. Yo lo disfrutaba, me gustaba mucho. Cuando me lo tomaba me quedaba tranquilita y ella me preguntaba: “¿Quieres más?” Asentía y, antes de que se acabara, me

daba otro jarro. Me quedaba quieta y silenciosa saboreando el gusto de la leche, su dulzura, y al mismo tiempo que la pasaba bien me estremecía recordando.

Sí. Mira, en mi casa no se tomaba leche todos los días, todo el año; no, nada más que cuando mi padre trabajaba y aun así era un lujo. Cuidar la leche era como cuidar el fuego en la prehistoria. Imagínate entonces lo que pasó el día que quise saber cómo era la leche condensada, así, sin preparar aún, espesa, cremosa. Me gustó, y, por lo general, cuando a un niño o a una niña algo le gusta, insiste. Esa insistencia me costó una tremenda entrada a chancletazos. Fue como si hubiese hecho algo demasiado malo. Mi mamá parecía enloquecida dándome, y yo gritando. Éramos como dos tristes locas. Sobre eso en uno de mis libros anda un poema.

Nunca más lo hice, pero no perdí mi adicción a la dulzura, así que cuando quería sentir esa nobleza en mi boca, iba a las matas de ítamo real⁴ y buscaba esa especie de flor rosada que echa y a la que llamábamos cariñosamente “zapatico” por su forma. La parte del talón es dulce, muy dulce. Menos mal que no es dañina, porque ¡qué exagerada manera de llevarme el talón de zapatico a los labios! También, una vez, siguiendo eso de las cosas dulces, como sabía que la miel sale de las abejas, cogí una y la mordí, pensando que la tenía ahí, al alcance de mi lengua. Y no, un gusto ácido, una sensación de aspereza y rechazo fue lo que sentí. Pero aun así sigo creyendo que algún día, en esa relación directa entre la abeja y yo, más que el muy conocido aguijonazo, aparecerá la miel.

La Escuela Primaria Superior, qué fijación con ella. Imagínate que fue ese cruce entre mi niñez y mi adolescencia. Lo recuerdo y lo quiero todo, en particular a mis maestras, muchas y todas mujeres. Entre ellas, Juana Herminia, la de Matemática, era algo muy especial. La única mestiza, y ha-

⁴ Ítamo real: nombre dado en La Habana y otras provincias del país al dictamo real (*Pedilanthus tithymaloide*).

bía estudiado a fuerza de mucho trabajo de su madre, quien tuvo que lavar para la calle. Llegó de La Habana y era muy fuerte. Al principio no nos caía muy bien, ipero, cuidado, había que respetar! Hasta un día en que nos contó, sin leyendas ni mitologías, cómo copiaba las clases de la Normal en una libreta que hizo de papel de café. En aquel tiempo, el café que se vendía al menudeo se envolvía en un papel muy blanco. Asocié aquello con la ocasión en que tuve que borrar lo que yo había escrito para seguir escribiendo y eso me acercó mucho a ella, y ella se acercó mucho a mí cuando supo que me gustaba escribir y lo hacía.

Era educada y muy amable y siempre se me acercaba para decirme que por qué yo no le escribía un poema a la entonces primera dama de la República, Marta Fernández Miranda de Batista, convencida de que así podía obtener una beca. Pero qué va, ni entonces era yo capaz de escribir por encargo. Igual trató de que le hiciera un poema a la Caridad del Cobre, porque había en el pueblo una escuela católica. Siempre estaba buscándome un sitio mejor, y yo, nada. Ahora ya ves, por amor y fe, he escrito un poema a Oshún, sincretizada con esa virgen. Pero ahora, ¡eh!

Aquella profesora y su esposo eran del partido de Batista. En 1956 ser batistiano no era, ni remotamente, lo que fue después. Por eso el 10 de marzo, que amaneció lunes, llegó con el rostro radiante y se reía cuando muchas de las alumnas, en plena aula, cantaban a coro una canción de elogio al autor del golpe de Estado que tanto dolor y muerte nos traería: “Quién, quién, quién el hombre es / el pueblo dice que Batista es / ya, ya, ya, todos saben ya / que el gallo indio al fin triunfará”.

Sobre esa misma profesora: Un año después, cuando la muerte de Eduardo Chibás, estábamos en su casa repasando Matemática, porque la habíamos suspendido y debíamos llevarla a extraordinario en septiembre antes de empezar el nuevo curso. No hacíamos más que llorar, y ella tratar de consolarnos para que entráramos en materia, y

nosotras nada. Entonces dijo, dándose por vencida: “Cuánto lamento que mis manos no sean todos los pañuelos que alcanzan para secar tantas lágrimas”. Su mamá, Nena, persona muy práctica, se asomó a la habitación, movió la cabeza de un lado para otro, y solo dijo: “Amor de niñas, agua en canastas”.

Volviendo a Petrona, la conserje. De su solidaridad tengo otros recuerdos. Como en la escuela yo tenía fama de buena alumna y de que escribía, ella se ponía contenta cuando venía algún personaje importante y la mandaban de la dirección de la escuela a buscarme. Un domingo, Félix Lancís, ministro de Educación durante el Gobierno de Carlos Prío Socarrás, iba para Matanzas y le dijeron que parara en Jovellanos, porque los profesores y alumnos de la Escuela Primaria Superior le querían hacer una petición. Como aceptó, la dirección de la escuela se preparó para recibirlo. Petrona vino corriendo a avisarme para que fuera, porque allí también tenía que haber una muchachita negra. La petición era que se hiciera un local para la Escuela Primaria Superior, pues en el que se daban clases se encontraba en muy mal estado.

No creas que la directora de la escuela me mandaba a buscar para que hubiese una composición por razas en el grupo que estaría presente a la llegada del Ministro, no, es que ella no podía obviarme, yo era la mejor de mi aula. Me lo había ganado. Lo reconoció, públicamente, a raíz del resultado de un concurso de poesía, que fue convocado por la profesora de la asignatura de Ciencias Sociales —que abarcaba Historia, Geografía y Cívica—, con motivo de un aniversario más del fusilamiento de los estudiantes de Medicina.

Mi poema fue el mejor; tanto, que la profesora se lo enseñó a la directora y esta, extrañada de que una niña negra, pobre, muy pobre, que había logrado llegar a la Escuela Superior, entre las pocas que pudieron alcanzar ese sueño, fuera capaz de escribir poemas, me mandó a buscar a la dirección y me dijo: “Mira, no te vamos a hacer nada, lo que quiero es que me digas a quién tú plagias”. Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos, en los que al

parecer se reflejaba que ni siquiera sabía lo que quería decir la palabra “plagio”.

No me dijo nada más, no insistió, no me presionó, simplemente esperó que llegara el viernes, que era el día en que se realizaba el acto del Saludo a la Bandera. En él se nombraban a los alumnos y alumnas más destacados. Ese día me tomó de la mano y me presentó a todo el estudiantado, diciendo: “Aquí tenemos ante nosotros a una poetisa de altos vuelos”. En aquel momento, por primera vez en mi vida, sentí que era alguien, ¡alguien importante!, que servía para algo, que no era solamente una “abisinia” como decía mi papá. Aquella acción contribuyó grandemente a que aumentara mi autoestima.

En Clemente Gómez se habló mucho sobre lo que había pasado en la escuela. Lolo, mi papá, no hizo comentario alguno cuando se enteró; no podía abandonar su empaque de hombre impenetrable que no daba importancia a esas “cosas de muchachos”, como se le decía a todo lo que se relacionaba con los asuntos de las niñas y niños. Su orgullo de padre solo lo demostraba cuando sonreía a las personas que pasaban por su lado y lo felicitaban por el prestigio que yo había ganado en la escuela. Así fue como comencé a escribir.

Realmente, y haciendo honor a la verdad, yo era una de las niñas más destacadas de mi escuela. Comencé con las composiciones que teníamos que redactar como tarea. Las mías casi siempre fueron las mejores, lo que me daba el derecho de permanecer más tiempo que mis compañeritas en la biblioteca. Así inicié mi adentramiento en el mágico mundo de la literatura. De lo contrario, hubiese sido imposible, porque en mi casa nunca vi nada que se pareciera a un libro. Para leer, el periódico *Hoy* y los muñequitos dominicales que salían en *El País Gráfico*.

En mi época, las muchachitas semi-adolescentes generalmente tenían una libreta donde copiaban las poesías que más les gustaban de diferentes autores. También tenía la mía, con la diferencia de que los poemas que copiaba

eran los que yo escribía, y se la prestaba a mis compañeritas para que los copiaran.

Sé que pasé a ser alguien distinto y querido en esa escuela, en la que cursé dos años. Tanto, que al finalizar el curso de octavo grado, las que tenían una holgada posición económica pidieron, y se les concedió, una graduación casi lujosa, con traje largo y en el Teatro Apolo, y yo estuve incluida. Con ciertos miramientos mi papá accedió, pero cuando las niñas bien pidieron que fueran ellas, las de octavo, las que integraran la banda de la escuela para la Parada y la directora volvió a decir que sí, las cosas se tornaron distintas, porque el traje era costoso. Así que cuando doña Adela Solís Pellicer se me acercó para preguntarme si quería pertenecer a la banda, ya había sacado mi cuenta y le dije que mi orgullo —también era cierto— consistía en llevar el estandarte de la escuela. Por eso en las fotos del día de la Parada voy yo delante de todos, con aquella banderola de satín blanco y flecos amarillos, con las letras, bien marcadas en el centro, de Escuela Primaria Superior No. 5.

En Clemente Gómez No. 98 pasé las limitaciones más grandes que te puedas imaginar, y que no se olvidan. Fíjate, una vez me estuve tres días sin poder ir a la escuela porque se me acabaron de romper los únicos zapatos que tenía. Mi maestra mandó un papel preguntando las razones de mi ausencia. Cuando mi mamá lo leyó, la tristeza de su rostro fue infinita. Esa expresión se clavó en mi corazón de una forma tal, que en aquel momento olvidé que no tenía zapatos.

En otra ocasión se me llenó la libreta y no tenía en qué escribir. Cuando le pedí a mi mamá que me comprara otra, me dijo que había que esperar a mi papá para ver si tenía un medio para eso. ¡Hasta ese extremo llegaba su dependencia! No sé si considerarla degradante o humillante, pero sí sé que era resultado de la sumisión a que estaba sometida con respecto a mi papá. Para que no sufriera, me aprendí de memoria lo que tenía escrito en las dos últimas páginas

de la libreta y lo borré, para tener espacio donde escribir al otro día cuando fuera a la escuela.

Otro motivo de tristeza para mí era que no podía entender por qué los Reyes Magos llegaban a Clemente Gómez No. 98 con sus zurriones vacíos, si en el No. 96 y en el 100 dejaban bastantes juguetes. Muchas veces pensé que después que salían de la casa del No. 96, dejaban en mi casa solo lo poco que les quedaba, y que al regresar con los sacos llenos tenían que comenzar por la casa de al lado y no por la mía.

En otras ocasiones deseé que ese día mi casa estuviera un poco más adelante o un poco más atrás, para que dejaran algo más que el saquito de bolas para mi hermano y las muñequitas con las cabezotas de loza para mis hermanas y para mí. Siempre me conformé, porque creía realmente en la existencia de los Reyes Magos. Aunque con el tiempo comencé a cuestionarme su forma de distribución.

Dos cosas provocaron mis dudas sobre la existencia real de los Reyes Magos. La primera está relacionada con una anécdota que te voy a contar. Tengo una prima cuya familia era mucho más pobre que la mía, así que ¡imagínate! Y cuando su papá y su mamá no podían comprarle nada para el Día de Reyes, en su zapato, junto a su cartica, dejaban un papelito que decía que cuando volvieran le dejarían algo, porque no podían con tantos regalos.

Siempre me llamó la atención la letra grandota, fea y dispareja que, supuestamente, era de los Reyes, pero que luego supimos que era de Félix, el marido de mi tía. Recordando aquello escribí un poema que dice:

*Defraudaba un poco
la letra impar,
apenas tercer grado de los monarcas,
pero quedaba la ilusión
y era el regalo a defender como un tesoro.⁵*

⁵ Poema hasta ahora inédito.

Lo otro fue la forma en que mi mamá se expresaba cuando hablaba de Pura, una vecina en cuya casa todos los años los Reyes nos dejaban de regalo lápices y libretas. Mi mamá siempre decía: "Qué buena es Pura". Y yo me preguntaba por qué Pura, si los regalos nos los dejaban los Reyes.

Pero en vísperas de uno de esos días tan anhelados, la triste sonrisa de mi mamá, cuando le pregunté si los Reyes eran en realidad la mamá y el papá como decían algunas gentes, me hizo comprender la verdad, entonces le dije: "¡Así que tú eres doña Melchora!"

Al otro día mi papá me llevó a una tienda y me compró una maleta para guardar las libretas. Ese fue mi regalo de Reyes. Aquello resultó desgarrador para mí, porque no medió explicación alguna. En el fondo de mi ser quería continuar con aquella ilusión, porque hasta escuchaba el ruido que los Reyes hacían cuando se acercaban con sus camellos.

Aún me emociono al contarlo. Mira tú lo que puede una buena ilusión. Yo era feliz con aquello. Hace como cinco años les hice una carta a los Reyes y la puse aquí, en mi ventana. Nunca le he dicho a persona alguna lo que les pedí. Por ahí la tengo guardada.

De vez en vez me daban un quilo para la merienda. En la escuela la maestra tenía una alcancía, que llamaban "la caja de ahorros". Ahí se guardaban esos quilos para tener con qué comprar el regalo del Día de las Madres. Ese año compré dos vasos lindísimos y cuando se los di a mi mamá ella se quiso morir y exclamó: "Cómo no me dijiste que los quilos que te daba eran para comprarme un regalo". No me expliqué aquello de mi mamá, porque si quería darle una sorpresa no se lo podía decir.

Mi hermana Marta, a quien quiero tanto, un día cogió uno de los vasos y se le rompió. No se lo perdoné. Me parecía que había acabado con la mitad de mi vida. Mamá sufrió mucho, pero no le dio importancia, porque Marta era la hija de la vejez!

En una ocasión, ya de noche, sentí como una música, y al asomarme al portal vi la calle iluminada. Sentí una emoción muy grande, imaginé algo mágico, porque no me lo explicaba. Yo no sabía que existía la luz eléctrica. Traté de disfrutar aquel momento, porque creía que pronto terminaría, y por eso no llamé a nadie, no dije nada, quise gozar de aquello sola. La música provenía de la casa de enfrente, donde ya había luz y tenían la radio encendida con una canción que nunca olvidaré. Ese fue el día que se iluminó Clemente Gómez, ¡mi calle!

Allí sentí por primera vez la ilusión del enamoramiento. Fue una cosa tonta. Él era un muchacho muy atractivo que escribía unas composiciones de esas rimbombantes, y siempre intercambiábamos ideas, pero ni libros ni nada más. Cuando terminamos la Escuela Superior, comenzó a estudiar Magisterio en el Escuela Normal de Matanzas. A partir de entonces todo entre nosotros se enfrió, porque cuando iba a mi casa era para intercambiar ideas con mi hermana María Remigia, que también estudiaba Magisterio, y nos limitábamos a un simple saludo y nada más. Ese fue mi primer gran desencanto en la vida.

Tenía catorce años cuando sufrí la mayor tristeza que experimenté en Clemente Gómez No. 98. Fue el día en que murió mi mamá. Siempre había sido una mujer muy callada, pero aquel día permaneció más tranquila que nunca. Como si algo entre nosotras hubiese quedado trunco. Una vez me puse a reflexionar sobre aquel momento y surgió el poema "Mañana última", que en sus últimos versos dice:

*Y a partir de ese día
todo fue ya inútil. Se hizo tarde
para sentarnos a hablar y conocernos
cuando yo fuese mayor y ella más vieja.⁶*

⁶ En *Grande es el tiempo*. UNEAC, La Habana, 1989, p. 53.

Aquella tristeza que me fue cargando y marcando se reflejó en mis poemas. Mira esos versos de "Verdes ramas", que fue el primer poema que me publicaron en el periódico *Excelsior*, cuando era muy joven, tenía dieciséis años y aún vivía en Jovellanos.

*¿Buscas acaso, verdes ramas,
inclinando tus hojas hacia el suelo,
comprensión, piedad, amor, consuelo?
Más aquí no se comprende ni se ama.*

Clemente Gómez No. 98 es indiscutiblemente una dirección, como te dije al principio, pero para mí tuvo y tiene gran importancia, porque allí está la que sigo considerando mi casa. Está mi familia y allí regreso a cada rato. Fue donde aprendí a tener una vida auténtica, legítima, independiente. Cada vez que allí regreso, cuando sale el sol, cuando veo las flores, el arco iris, cuando ando sobre mis pies, me siento muy agradecida a mi padre y a mi madre por haberme dado la vida.

UN LARGO VIAJE DEL RETORNO

En una ocasión pensé que para poder volver atrás, para recordar el pasado y abrir hondas y viejas heridas, necesitaría mucho apoyo espiritual, y de ese meditar surgió el poema, uno de cuyos versos sirve de título a este acápite y que dice:

*¿Quién me dará, prestados,
su cabeza,
sus pies, su corazón,
su cuerpo todo y sus dos brazos,
para
este largo viaje del retorno?
Y luego, estando
ya en el sitio,
¿quiénes
me prestarán sus manos,
sus pañuelos, todas
las vasijas del mundo
cuando
me den la salobre bienvenida
tantas lágrimas viejas?*⁷

Después de tantos años de reflexión y de haber vivido mucho, creo que puedo ajustar cuentas conmigo misma, en cuanto a mis relaciones con mi mamá y con mi papá, las que fueron bastante difíciles, raras. Y si bien, como ya te dije, les estoy muy agradecida por la vida que me dieron, no dejo de comprender que mi manera de ser, mi timidez,

⁷ "Duda", *Gentes y cosas*. Cuadernos Unión, UNEAC, La Habana, 1974, p. 45.

mis indecisiones, todo lo que rige mi carácter, se debe a la crianza que me dieron, a la forma como me construyeron. Pero lo más triste de aquello fue el desgarramiento que me produjo, y del que nunca voy a sanar para poder vivir con alegría.

Allá en mi casa todo tenía el orden prescrito, como si la casa fuera el lugar imprescindible para vivir y estar las mujeres. La casa fue una marca de género. Había una costumbre, entre otras impuestas por mi padre, de que a las nueve de la noche se cerrara la puerta de la calle. El Día de Nochebuena era el único en que se abría por la noche y nuestra diversión era sentarnos en el portal para ver pasar a los borrachos.

Nochebuena y Fin de Año, eran las únicas ocasiones que en la mesa de mi casa se ponía una botella de vino. Esos días mi papá se reía, hacía cuentos y, después que pusieron la luz eléctrica y compramos un radio, lo encendía, ponía música, sobre todo la cantada por Barbarito Diez, y bailaba, pero solo. Nosotros nos limitábamos a mirarlo y aplaudir.

María Luisa Cárdenas, mi mamá, era la perfecta ama de casa. Por el día siempre enredada con los quehaceres domésticos. Por las noches, sentada con hijo e hijas, alrededor de una mesa grande de pino que había en el comedor, encima de la cual ponía la lámpara de luz brillante, para hacernos cuentos. A eso también le dediqué un poema que se llama "Escena familiar".⁸

Los cuentos que mi mamá nos hacía siempre tenían que ver con cosas tristes, con lechuzas y con aparecidos. Como la casa era de madera y el viento se filtraba por las rendijas de la pared, la luz parpadeaba y entonces se creaba una atmósfera mágica de miedo y misterio.

Mi mamá también nos recitaba una poesía sobre Antonio Maceo y nos decía una pequeña obra de teatro en ver-

⁸ En *Grande es el tiempo*, p. 56.

sos, que no sé de dónde la aprendió, sobre cuando trataron de asesinar al rey Alfonso XII en España.

Ella asistió a la escuela hasta el tercer grado. Casi ninguna muchacha pobre de aquella época, y sobre todo negra, pudo asistir a la escuela y las que lo hicieron no rebasaban el cuarto o el quinto grado. La mayoría, allá en Jovellanos, se iba a trabajar como domésticas a Perico o a Colón.

Mamá no parecía muy atractiva, era la tristeza hecha persona. Algunas veces nos contó algo relacionado con mi abuela, quien parece que también fue muy tranquila y de la que no tengo muchas referencias. A mi mamá y a su hermano mi abuelo no los reconoció, aunque tuvo otras hermanas a las que él sí les dio su apellido. Ella nunca supo por qué su papá actuó de aquella manera. De todas las hermanas, fue la única que se quedó en Jovellanos. Las otras vinieron para La Habana a trabajar y aquí se asentaron.

Tengo entendido que fue una muchacha muy melancólica, muy metida en su casa, hasta que conoció a mi papá. Nada más salía cuando iba a ver algún enfermo, a un velorio, a casa de Joaquina, una santera famosa, cuando se hacía el toque a Ogún, y el día de las elecciones, porque era importante tener cédula, pues a veces con ella se podía resolver algún problema, como por ejemplo conseguir cama en el hospital para un enfermo. El único día que mi mamá faltó de la casa fue cuando la enterraron, y se ausentó físicamente para siempre.

Cada vez que me enfrento al fogón —cocinar fue una de las cosas que mi mamá me enseñó—, todas las personas que comen en mi casa se deleitan con mi comida. ¡Ella era una magnífica cocinera! Y a pesar del adelanto técnico de lavar en lavadora, no puedo olvidar que ella también me enseñó a enjuagar dos veces la ropa antes de tenderla.

Teodoro Herrera, *Lolo*, mi papá, fue un hombre con una educación muy rígida, propia de aquellos tiempos. Tenía una coraza de hombre serio, que siempre mantuvo con

nosotros. Como cabeza de familia impuso su voluntad, su ley, la del hombre de la casa, la del padre. Las cosas eran como él decía y no había nada más que hablar.

Era albañil y trabajaba en la reparación de los pequeños centrales, en el período llamado de tiempo muerto. Por tanto, durante la zafra su trabajo era eventual. Pertenecía al sindicato del ramo de la construcción. Votaba por los candidatos del Partido Liberal, pero en mi casa jamás vi un pasquín ni se habló nada que tuviera que ver con política.

De quien siempre oí hablar fue de Jesús Menéndez. Por lo que significaba como líder para los trabajadores y trabajadoras del azúcar. Mi papá sentía pasión por él, siempre comentaba que si Jesús estaba haciendo gestiones a favor de los obreros en tal lugar, o estaba reunido con no sé quién y, sobre todo, discutiendo el pago del “diferencial azucarero”. Este consistía en el aumento de salario de los azucareros en proporción con la subida del precio del azúcar vendida a los norteamericanos.

El diferencial fue una esperanza muy grande, no solo para la gente del azúcar, sino para sus familiares. En mi casa se hacían muchos planes para cuando lo aprobaran, sobre todo mejorar la casa, que era de madera con el piso de tierra. Fue una felicidad el día que mi papá llegó y dijo: “¡Aprobaron el diferencial!” La expresión del rostro de mi mamá cambió, en él se reflejó una esperanza y una alegría incomparables.

No puedes imaginarte lo que pasó en mi casa el día en que papá llegó con un camión cargado de canto para reconstruir la casa. Lo hicieron entre él y mi hermano, para ahorrar dinero. Cuando terminaron, ¡ah, chica!, sería difícil explicar lo que significó para mí ver mi casa linda, pintadita, con piso, igual que muchas otras de mi barrio. No fue solo aquello; estuvimos muchos días comiendo mejor. Se pudo comprar algunas cositas para la casa. El pago del diferencial azucarero fue algo más que el resultado de una zafra para los trabajadores y trabajadoras de ese

sector, era un dinero acumulado que se logró que lo pagaran junto.

Ya siendo mayor comprendí la conmoción tan grande que produjo en el pueblo la muerte de Jesús Menéndez. Nadie lo podía creer. Recuerdo que se había creado un ambiente muy raro, muy denso, unos días antes de su muerte, cuando estaba para la parte oriental del país.

No olvido la cara de mi mamá cuando llegó mi papá y dijo: "Han matado a Jesús". En aquel momento no pude comprender la dimensión de aquellas palabras, las únicas que dijo, él, que era el dueño de la palabra en aquella casa. Recuerdo la movilización que hubo en el pueblo cuando pasó el tren que llevaba el cadáver de Menéndez hacia La Habana. Dicen, porque yo no lo vi, que la estación estaba llena de personas rindiendo tributo al dirigente caído.

También oí que al pasar el tren por el campo los trabajadores cañeros se quitaban el sombrero y levantaban su mocha en señal de despedida, de adiós a su querido líder. Tardé mucho tiempo en entender la aflicción que llenó mi casa. Era algo más que una pena familiar. Era como si estuviésemos guardando luto al Todopoderoso. Pero como mi papá nunca daba explicaciones, no le pregunté. Después lo entendí, ¡y de qué manera!

No dar explicaciones era una de las costumbres de mi papá. Nunca hubo un porqué. Por ejemplo, las pocas veces que salíamos juntos a algún toque de santo, él se iba primero, y nunca regresaba junto con nosotros. Lo decidió así, y así tenía que ser. Sin explicaciones, las que al parecer mamá nunca pidió. Tampoco pude entender su falta de atención con ella, por simple que fuera. Las relaciones entre los dos no eran muy buenas.

Ella era un poco celosa y de vez en vez le reclamaba. A veces peleaban. A mí me hacía mucho daño oírlos discutir y me iba para la esquina de la calle. Creo que lo hacían por causa de la mora que vendía telas por las calles, llamada Cristina. A mi mamá no le gustaba que aquella mujer fue-

ra a la casa y, cuando se lo decía a mi papá, él la miraba serio y no respondía. De la única persona que oí que mi mamá hablara mal, fue de Cristina la mora, de la que siempre decía: “¡Esa mujer es mala!”

Pero Cristina era un personaje de esos que hubo en todos los pueblos. Recorría Jovellanos de punta a punta, con su maleta en la mano y un bulto grande en la cabeza, donde llevaba todo lo que ofrecía. Generalmente vendía a plazos, por eso infinidad de familias esperaban su llegada para comprar, una o dos veces al año, las pocas telas con que se hacían la ropa.

En mi casa, como en toda casa de pobres, se compraba de aquella manera. Por eso mi mamá tenía que soportar que Cristina entrara. Cuando llegaba, saludaba, sonreía y sacaba todas las telas para que mi mamá escogiera. A veces nos preguntaba cuál nos gustaba. Después que se seleccionaba lo que se iba a comprar, Cristina anotaba el precio de las varas de telas —porque antes se compraba por varas—, y de los retazos, porque también vendía retazos. Aquella cuenta se la pasaba a mi papá, que era el que la pagaba, porque mi mamá nunca manejó dinero.

Si mi papá tuvo alguna relación con Cristina además de la de pagar lo que mi mamá compraba, nunca se supo. Pero Lolo no era un santo. Cuando yo estaba grandecita y ya me fijaba en algunas cosas, me enteré que tenía otra mujer, y quizás más de una. Pero lo hizo a escondidas para que mi mamá no se enterara, jamás durmió fuera de la casa por razones de mujeres. En la medida de sus posibilidades nunca nos desatendió. En eso fue muy cuidadoso. En aquella época era muy común que los hombres tuvieran más de una mujer a su cargo, a pesar de la pobreza en que se vivía.

Como mis relaciones con mi papá y mi mamá fueron tan difíciles, y yo era muy contestona, me dieron bastantes pescozones, pero no reaccionaba como mi hermano y mis hermanas que, cuando les pegaban, enseguida se olvi-

daban de la tunda y a jugar. Yo no, yo no olvidaba fácil. Creía que me pegaban porque no me querían.

Sin embargo, hay dos cosas de mi papá que me gustaron y que le agradecí mucho. Una era cuando regresaba de los ingenios de los alrededores, en los que trabajaba en reparaciones pequeñas durante el tiempo muerto. Él se iba de lunes a viernes. Lo extrañaba mucho cuando estaba lejos, porque cuando estaba cerca, ¡era el diablo al que teníamos al lado!

Cuando mi mamá decía: “Hoy viene su papá”, nos preparábamos. Era una fiesta cuando papá venía. Al sonar el pito del “gaspar”, que era el trencito que venía de los ingenios, mis hermanas y yo salíamos corriendo. Del paradero del tren a la casa había una distancia no muy larga. Teníamos como un cronómetro: Cuando llegábamos a la esquina, ya lo avistábamos. Siempre traía un cartuchito de dulces que compraba en una cafetería muy bonita que había en el centro del pueblo. Generalmente yo era la que me adelantaba y cogía aquel cartuchito azul o verde. En él había unos panqués. Nunca más he comido unos panqués como los que traía mi papá cuando regresaba de los centrales.

La otra fue cuando mi mamá murió y él dijo que nunca iba a meter otra mujer en la casa, y que a sus hijos no los separaba. Ese gesto se lo voy a agradecer siempre. Ambas cosas las cumplió.

Recuerdo que después de la muerte de mi mamá, mi tío abuelo Atanasio vino a la casa. Era hijo del primer marido que tuvo mi abuela materna. Era un mestizo medio achinado. Tuvo mejor desenvolvimiento que el resto de sus hermanos y hermanas. Fue chofer y tenía su propio carro. Vivía en la Calle Real, en una casa muy buena, de aquellas que tenían alto el puntal y grandes ventanas. Se casó con Panchita, una mulata que había traído de un pueblo del interior, la que llegó a creerse que era dueña de la familia.

Mi tío Atanasio no pudo tener descendencia. Ayudó mucho a su hermana Remigia, quien pudo vivir relativa-

mente bien. Al primer hijo de ella lo ayudó a comprar una máquina, con la que daba viajes para el ingenio, y así mejoró grandemente su modo de vida. También se llevó a mi tía Josefa para que compartiera con Panchita los quehaceres de la casa. Pero esta la tenía como su esclava, para poder estar todo el día sentada ante la ventana. Yo la veía, cuando me escapaba y, escondida de mi papá, subía hasta la Calle Real.

Josefa decía que Panchita era una mujer perversa. Sonreía con mucha amargura cuando hablaba sobre la manera tan sutil con que la humillaba. Nos contó que un día la mandó a cocinar un arroz con tocino. Por su inexperiencia no desaló el tocino y el arroz quedó salado. A la hora de comer, cuando Panchita probó la comida, comenzó a insistirle a mi tía Josefa para que comiera más y más. Cosa no habitual, porque lo común era que le diera poca comida. Esa fue la forma disimulada que Panchita utilizó para castigarla por haber hecho una comida salada.

Atanasio nunca nos iba a visitar, pero cada vez que parqueaba su carro frente a la casa era para solucionar algún problema. Por ejemplo, mi mamá murió un 30 de agosto, estábamos en pleno tiempo muerto. Pero cuando Atanasio parqueó su máquina, bajaron todo lo que hacía falta para el velorio: la caja de galletas, las barras de dulce de guayaba, el paquete de café, los tabacos, ¡todo! Al día siguiente volvió a parquear y estuvo largo rato en la sala hablando con mi papá. Quería que me mandaran para su casa. A mí, a la "abisinia", para que también me tuviera que comer el arroz con tocino si me quedaba salado, ¡pero no! Ese día mi papá me hizo un gran favor cuando le dijo: "Gracias, pero ¡yo no separo a mis hijos!"

Nunca fui salidora, pues a mi papá no le gustaba que fuéramos a fiestas ni a cines. No nos dejaba ir a ninguna parte, y noviecitos, ¡de eso nada! La única vez que me embullé para ir a un baile con las muchachitas de dieciséis y diecisiete años que había en el barrio, era con una

orquesta famosa, creo recordar que fue la de Chapotín. Cuando le pedí el permiso, dijo un solo no, itan grande y tan fuerte!, que me di cuenta de que no valía la pena insistir. Entonces buscaba algo que hacer, no había nada para leer. Me ponía a pintar. En ocasiones lo hice. Mi mamá decía que debía ir a la Escuela de San Alejandro, nunca imaginé que ella supiera de la existencia de aquella escuela.

Tengo dos poemas que son muy importantes sobre la relación de mi madre conmigo y la mía con ella, son muy desgarradores. Uno fue hecho en los primeros diez años después del triunfo de la Revolución, cuando comenzamos a considerar a los padres y a las madres culpables de muchas cosas. También hice poemas en ese sentido, pero después. Esos están en uno de mis libros, en el segundo.⁹ En el cuarto libro¹⁰ hay un poema donde reflexiono acerca de lo que fue mi madre y sobre todo donde expreso mi convencimiento de que en ella hubo mucho amor pero, a pesar de que le escaseó el tiempo para demostrarlo, tampoco supo cómo hacerlo. Quizás por eso me aconsejó que no escribiera sobre el amor. Nunca supe ni me explicó por qué.

A ella no le disgustaba que yo escribiera. En cambio mi papá, cuando salió mi primer poema en el periódico *Excélsior*, y él lo vio, llegó con una sonrisa de orgullo contenida y me preguntó: “¿Eso lo escribiste tú?” ¿Te das cuenta? No hubo un apoyo aparente, pero tampoco una negación.

Su orgullo era real, siempre se preocupó por nuestros estudios. Fíjate, a mi hermano no le gustaba estudiar. Cuando lo mandaban para la escuela se tiraba en un fanguero, regresaba llorando y diciendo que se había caído. Como se le había ensuciado el uniforme no podía ir, y se quedaba en la casa. Entonces mi papá lo puso en una escuela particular. Pagaba dos pesos mensuales. Lo hacía a

⁹ *Gentes y cosas*. 1974.

¹⁰ *Grande es el tiempo*. 1989.

gusto, porque el maestro le había garantizado que quien no aprendiera allí, no aprendía nunca. Con todo eso, mi hermano nada más llegó hasta el quinto grado.

No pasó así con mi hermana mayor, María Remigia. Mi papá decidió —porque él era quien lo decidía todo en casa— que ella estudiara magisterio, y haciendo prodigios en lo económico, así se puede decir, buscó la manera de conseguir el dinero que hacía falta para, además de los uniformes y los libros, poder sostener los viajes diarios de ida y vuelta a Matanzas, que era donde se encontraba la Escuela Normal para Maestros Primarios. Ella no perdió ningún curso y en cuatro años se graduó de maestra. Marta, por su parte, se graduó de Técnica Agrícola.

En aquellos tiempos ser una maestra o un maestro negro tenía sus desventajas. Era muy difícil que te dieran un aula fija, aunque fuera en el campo. Por tanto, tenías que conformarte con trabajar como suplente. La Dirección Municipal de Educación tenía unas oficinas donde iban a apuntarse todas las maestras y los maestros que no tenían plazas fijas. Ese escalafón se iba rotando, por lo que era de suponer que en algún momento te tocaba cubrir alguna plaza. Lo inexplicable era que casi siempre esas plazas caían en manos de las maestras y los maestros blancos que estaban en el escalafón.

En ese sentido la solidaridad de Petrona, la conserje, nos seguía beneficiando. Cada vez que se necesitaba un suplente, ella corría a casa y le avisaba a María Remigia, quien, por estar advertida, no siempre pudieron pasarle su turno en la rotación. A veces tenía suerte y cubría alguna plaza por licencia de maternidad de su titular. Los suplentes ganaban un poco más de la mitad del salario, unos sesenta y dos o sesenta y tres pesos. Con esa cantidad de dinero se podía hacer muchas cosas en aquellos tiempos, porque el dinero estaba muy escaso y las cosas eran muy baratas. Cuando vine para La Habana mi hermana aún no tenía plaza fija.

Después de muerta mi mamá, y durante todo el tiempo en que mi hermana María Remigia estuvo estudiando en la Normal, tuve que asumir el papel de ama de casa. Aunque fuera de los dientes para afuera, tenía que estar de acuerdo con que el vestidito más presentable y los zapatos nuevos fueran para ella. Cada día hubo menos posibilidades para mí y cada día yo significaba menos en mi casa.

Todo eso me convirtió en una muchacha, además de tímida, con vergüenza y miedo por todo; en una persona llena de roña y de impotencia. Pero en aquel medio no me podía rebelar. Mi gran sueño era irme para La Habana. Yo la conocía, mi papá me había llevado como premio cuando me gradué en la Escuela Primaria Superior.

Ese encierro me hizo pensar que mi mundo no podía ser aquel. Se me metió en la cabeza que tenía que morir, porque, ¡imagínate!, no encontraba salida. Ni siquiera intenté suicidarme, ya que pensé que si fallaba me tendría que morir, pero de la vergüenza. Fue una etapa de mi vida muy difícil. A partir de aquel momento comencé a buscar el porqué de las cosas. Empecé a justificar la forma de actuar de la gente.

Todo eso marcó la manera de expresarme. Fue una etapa en que escribí mucho. De ahí surgieron casi todos los poemas que aparecen en mi primer libro.¹¹ Entre ellos uno, que por estar publicado después del triunfo de la Revolución, la crítica consideró que no estaba en concordancia con el tiempo que ya vivíamos. Se llama "Convocatoria" y comienza con los versos siguientes:

*Hermanos de la sombra
Todo es inútil, hay que suicidarse.*

Mi abuelo fue para mí como un rayo de sol. Me contagiaba con su risa, porque siempre se estaba riendo. Se lla-

¹¹ GH. Ediciones El Puente, La Habana, 1963.

maba Narciso Carreras. Era un negro grande, prieto colorado. Mantuvo muy buenas relaciones con todos sus nietos y nietas. Pero él y yo fuimos los amigos más grandes del mundo, aunque nunca logró que me montara en su caballo, pues no quería sentir mis pies separados de la tierra, me daba miedo.

A la hora de contar, mi abuelo era el dueño de la palabra, no se le podía interrumpir, si alguien lo hacía, con un "Sió, calla la boca" lograba un silencio que parecía que no se iba a acabar nunca, y entonces empezaba a hacer cuentos que me mantenían como en el aire y adivinanzas que siempre tenían una intención moralizadora. Cuando yo le hacía muchas preguntas, me decía: "¡Muchacho, tú pregunta mucho!" Recuerdo una adivinanza que dice: En medio de un cuco hay otro cuco y en medio del pueblo chaco, chaco, bulaco. ¡Imagínate tú!, cómo podía adivinar, y cuando le preguntaba qué cosa era, me decía: "¡Tijera mi'ja, tijera!, porque cuando tijera entra en tela hace chaco, chaco, bulaco".

Mi abuelo se incorporó a la Guerra del 95 cuando las tropas de Maceo pasaron por Coliseo. Me contó sobre lo que vio por los pueblos que atravesaron. Reía al recordar el miedo que los españoles le tenían al machete. Una vez me contó, jurando que era cierto, que en una carga al machete un mambí le cortó la cabeza a un español y cuando esta cayó rodando gritaba: "¡Mi cabeza, mi cabeza!"

Hablaba con orgullo del valor de los mambises, y por la suerte que tuvo de que nunca lo hirieran. En ninguna de sus historias hizo referencia al racismo, no lo entendía, no estaba en sus valoraciones, pero a través de sus cuentos, más tarde, me percaté del cierto rechazo que los campesinos de la zona central del país hacían a las tropas de Maceo.

Terminada la guerra, le dieron un pedazo de tierra en Jovellanos. Allí, junto a su mamá, Ma'Delaida, comenzaron una nueva vida. Se dedicaron a sembrar y a criar ani-

males para su subsistencia. Mi abuelo decía que una de las cosas que más le había gustado de su madre era la forma de contar sobre cosas de la vida.

Mi abuelo no fue esclavo. Nunca me habló de su papá. Me imagino que ni lo conoció ni supo quién era, pero decía que era lucumí, y que su deseo era ir para África. Nunca lo vi en funciones religiosas, pero sabía mucho de los orichas, de sus mitos, leyendas, del uso de yerbas y raíces medicinales.

Cocinaba muy rico y le gustaban las vísceras, y yo me acostumbré también a comerlas. Sembraba malanga, a la que allá en Jovellanos le dicen “guagüí”. Yo era la encargada de echarle agua hasta que las hojas se pusieran amarillas para poderlas sacar. Tenía un sembrado muy lindo de jengibre. En invierno encendíamos hogueras con hojas de plátanos en las que hacíamos el cocimiento con esa raíz para combatir el frío. Cuando te lo tomabas parecía que te entraba el diablo en el cuerpo, por lo picante que era.

Mi abuelo fue para mí una persona muy importante, refugiarme en él me fue necesario. Él correspondió a mi cariño, no solo por el lazo familiar, sino por la importancia que yo le daba a todo lo que me contaba. Qué puedo decirte de lo que sentí cuando murió, eso no tiene manera de contarse. Lo que sí te puedo asegurar es que, en aquel momento, ¡me sentí muy sola! El mundo mágico que mi abuelo creó en mí se transformó, creció, se hizo más fuerte; por eso me he conformado con su muerte.

Me queda algo pendiente en la vida, una conversación familiar con mis hermanas María Remigia y Marta —mi hermano ya murió— para saber de sus anhelos, de sus sueños irrealizados, de sus frustraciones. Sé que tengo que hacerlo, pero ellas son mujeres muy difíciles, no han evolucionado de la manera en que fueron construidas y, sobre todo, no están dispuestas a hacer ese largo viaje de retorno.

EL PUEBLO, PARA SIEMPRE¹²

Jovellanos, mi pueblo, es un municipio de la provincia de Matanzas. Hasta algo más de mediados del siglo XIX se llamaba Bemba. Nombre que en el imaginario popular se derivaba de Pemba, lugar de donde se creía procedían las esclavas y los esclavos africanos introducidos en aquella zona del país. Nunca revisé un mapa antiguo de África para confirmar eso, pero sé que si no todos, la mayoría de aquellos hombres y mujeres eran de la etnia musundi, originarios del antiguo Reino del Congo.

Según cuentan los viejos y las viejas de mi pueblo, hacia la parte norte se encontraba una bodega de un negro llamado Miguel Bemba y todas las personas, cuando se dirigían a ella, decían: “Voy a lo de Bemba”, lo que arraigaba más aquel nombre en la mente de la gente. Fue cambiado a solicitud de la importante población asturiana que allí residía, la que en la década de los setenta del siglo XIX —no recuerdo el año exacto—, aprovechando la visita del Capitán General de la Isla al pueblo, le pidió sustituirlo por el de Jovellanos, en honor a un ilustre español con ese apellido. Petición que fue aceptada porque entre los asturianos se encontraban los dueños de la fundición más importante del país, ubicada en aquel lugar.

Jovellanos era un pueblo eminentemente de personas negras, y como jovellanense de ascendencia africana, me enorgullece saber que allá se llevó a cabo la sublevación más grande y organizada que se realizó en toda esa zona, antes de la del Ingenio Triunvirato. Participaron miembros de la dotación de La Luisa, Las Nieves y otros inge-

¹² Título tomado de un poema. El texto se cita en Anexos.

nios. Más de un centenar murió en el intento por romper las cadenas que los ataban no solo al trabajo y a la explotación, sino que trataban de atarles el alma y el espíritu. Mi abuelo me contó algo relacionado con un negro llamado José Dolores,¹³ que tuvo mucho que ver con los sublevados de Bemba.

Al pueblo llegó mucha gente blanca cuando se comenzó a construir la Carretera Central. Eso dio mucha vida a Jovellanos. Mis tías decían que era una distracción ir a ver a la gente trabajar. Como el lugar era muy llano, y el tren pasaba a la salida, hubo que hacer un puente, Los Elevados, como se le llamaba popularmente. Era muy divertido ver a las personas mirar hacia abajo para ver pasar el tren, y aunque lo hacían con miedo, aquello se convirtió en distracción para muchos.

Pero Los Elevados tenían otra cara, y era la de la cantidad de personas que, al no tener hogar, se refugiaban debajo de ellos, porque era un lugar bastante resguardado. Allí vivían familias enteras que fabricaban sus casas de pedacitos de tablas y de cartón, cocinaban en latas, no tenían servicios sanitarios, ni baños. Era la representación de la extrema pobreza. Cuando iba a la huerta de los chinos a comprar verduras, ver aquel panorama me daba mucha tristeza, porque yo era pobre, pero aquellas gentes estaban peor.

Las calles de mi pueblo eran como las de cualquier otro. Yo amaba la Calle Real, pero era en la Alcalá, más ancha que la Real, donde se levantaban las grandes casas con sus ventanales que llegaban al piso. Allí se encontraba El Liceo, asociación solo para gente blanca. Nada de eso restó un ápice a la importancia que la Calle Clemente Gómez tuvo para mí. Había otra calle, Calixto García, en la que, desde la línea del tren hacia abajo [el sur], vivían médicos,

¹³ Comandó un grupo de cimarrones, que se desplazaba constantemente por toda la provincia de Matanzas.

enfermeras, maestras, etcétera. También estaba el Club Maceo, donde podían asistir las personas negras que supieran comportarse y vistieran bien, aunque no fueran socios.

Sin embargo, en Calixto García, de la línea del tren hacía arriba [el norte], el paso era prohibido: las personas decentes, y aquellas que por tal pasaban mientras no se descubriese lo contrario, torcían el rumbo, los labios, todo, nada más que de mencionar aquel tramo. No remedió la culpa el que llevase el nombre de un general de las guerras pasadas. Decir Calixto García en cualquier casa de mi pueblo, venía siendo como mentar el diablo. Aquella era la calle de las mujeres de la vida. He querido describirla con las mismas palabras que utilizo en el poema que le hice, que se encuentra en mi libro *Gustadas sensaciones*.¹⁴

De niña, aquella calle despertaba en mí mucha curiosidad, la que aumentaba en la medida en que oía hablar de las muchachas que “se echaban a perder” e iban a parar a Calixto García. Por eso infinidades de veces ipasé por aquella calle! En esas mujeres percibí algo que las hacía distintas. Siempre sentadas en sus taburetes, como esperando a sus clientes. Las había de todo tipo, edades, color de piel. Vivían bastante mal. Me inspiraron respeto. A pesar de mi corta edad, pensaba que si la vida las había llevado a eso los demás no tenían por qué tratarlas mal. De todas las que vi me llamaron la atención una fondillona y otra blanca de unos cuarenta y cinco años, alta, con el pelo muy negro y largo que se peinaba con unos bucles y siempre andaba con un vestido muy ceñido al cuerpo, pero con mucha tristeza en el rostro.

De Jovellanos, recuerdo, además del central, los Laboratorios Gravi, una fundición, la fábrica de refrescos, la de mosaicos, lo que daba vida al pueblo. Pero también recuerdo la pobreza, que era mucha. Fíjate, en la esquina de mi

¹⁴ *Gustadas sensaciones*. Ediciones Unión, UNEAC, La Habana, 1996.

calle había una casa donde vendían pata y panza, y las colas eran interminables para comprar tres centavos para resolver la comida.

Como en cualquier pueblo, también había personajes típicos que llamaban la atención y lo llenaban de movimiento. Uno de ellos se llamaba Florencio, le decían Pata Coja, por sus limitaciones físicas y porque usaba un bastón, pero a pesar de ello era muy ágil. Era un negro prieto, alto, encorvado. Se vestía con un viejo saco y en la cabeza llevaba un mugriento sombrero. Su figura se prestaba para todo tipo de conjeturas. En mi imaginación, Florencio era como un brujo, sin yo saber siquiera qué significaba esa palabra, pero Pata Coja me daba miedo.

Cuando pasaba por la calle y los muchachones le gritaban: “¡Pata Coja, Pata Coja!”, se formaba un gran revuelo. Los niños y niñas que estaban en la calle corrían a esconderse en sus casas o en la de algún vecino. Muchas madres se aprovecharon de su aspecto para meterles miedo a sus hijos. Cerca de mi casa vivía la familia Terrier. Una ocasión en que la señora estaba regañando a uno de sus hijos pequeños, pasó Florencio y ella le dijo al niño: “Florencio te va a llevar”, e inesperadamente este coge al muchachito, se lo echa al hombro y sale andando con la agilidad que lo caracterizaba. Se formó tremenda gritería, porque ni siquiera ella se esperaba aquello. Después de caminar unos cuantos metros, lo soltó.

Amanda era otro personaje. Mujer de la que se decía que había tenido mucho dinero y nadie sabía por qué había ido a parar a los bajos de Los Elevados. Vivía en una casucha inventada con pedazos de tablas, cartón y zinc. Siempre andaba muy limpia. Se cubría la cabeza con un paño, a manera de pañuelo, nunca supe si tenía o no pelo. Se calzaba con alpargatas y se ponía medias largas. Me preguntaba de dónde sacaba las medias, porque nunca le faltaron.

Amanda se paseaba por el pueblo de punta a punta. Pasaba por mi casa en las mañanas y en las tardes. Nunca

dejó de hacer ese recorrido. Hablaba sola de manera ininterrumpida. Mi curiosidad por saber qué decía era tanta, que en varias ocasiones la seguí bien de cerca para tratar de entender algunas de sus palabras, pero no. Ni siquiera se entendía lo que contestaba cuando, al pasar, los muchachos le gritaban.

Hubo otras como Tomasita. Mujer extremadamente delgada, de ahí que las gentes la apodaron Huesito. Estaba completamente loca. Vivía sola en una pequeña casa. Nunca supe en qué calle. Repetía una y otra vez, a toda voz, historias que inventaba, en las que los personajes siempre eran fantásticos. Era gracioso verla. Se paraba, contaba una historia y se quedaba como esperando que alguien comentara algo. Si no sucedía así, seguía su camino, haciendo un nuevo cuento. En mi imaginación y en mi mundo de fantasía seguía a Tomasita Huesito, hasta que se me perdía de vista.

Amanda y Tomasita eran un enigma para mí, porque no me podía explicar cómo era su mundo, el mundo interior de las locas y los locos. Cómo se deterioraba su mundo real para dar paso a aquel otro.

El Hijo del Abuelo. Así le decían a un joven negro que nadie sabía a qué familia pertenecía, en qué barrio vivía, ni el porqué de su demencia. Se paseaba por todo el pueblo caminando de espaldas y emitiendo sonidos como si fuera un tren. Día tras día, de la mañana a la noche. Para los muchachos era una diversión correr de frente a él, en fila, aparentando una hilera de coches y repitiendo los sonidos que hacía. Aquello parece que le complacía, que lo hacía feliz, por lo menos esa era la impresión que me daba cuando miraba su rostro.

Todos los sábados, a eso del mediodía, llegaba a Jovellanos un negro fuerte de unos cincuenta y tantos años. Era un loco que vendía billetes de la lotería, entre comillas, porque nunca persona alguna se ganó ni un medio con los que le compró. Lo que llamaba la atención de este perso-

naje era su forma de pregonar. Como los muchachos lo esperaban para gritarle su apodo, Burro Macho, él soltaba una andanada de malas palabras, y se perdía por las calles combinando las malas palabras con la numeración de los billetes. Ese personaje me llamó tanto la atención que le hice un poema.

De mis recuerdos no se han borrado los vendedores de mi barrio. De vez en vez vienen a mi mente. Andrés, el caramelero, era uno de ellos. Un hombre mayor, alto y flaco, que llevaba enganchado en un cinturón un palo lleno de huequitos en los que introducía los palitos de los caramelos que vendía, rojos, amarillos, verdes y de los tres colores a la vez. Tenían sabor a menta, a anís y a fresa.

Su pregón era un poco cansón y diría que hasta triste: “¡Caramelos... caramelero... de fresa, menta y anís... caramelos...! ¡Llegó el caramelero de fresa, menta y anís, ven a probar!”

Se paraba en la esquina, a cualquier hora del día. No importaba si el sol estaba muy caliente, o si caía una fina llovizna, él estaba allí con su pregón armonioso, largo, pero cansón. Al oírlo, salían niños, niñas y sus mayores que iban a comprarle para satisfacer sus gustos. No eran pocos los que aparentaban no oírlo, por no poder brindar ese pequeño deleite a sus hijos e hijas.

Todos los días, alrededor de la una y media de la tarde, llegaba Emilio, el heladero. Era un hombre blanco, entrado en años, amable y muy juguetón. Arrastraba un carrito blanco con ribetes rojos y cuando se paraba en la esquina gritaba: “¡Llegaron los matrimonios...vaaamos, que me voy! ¡Matrimonios de mamey y coco... de piña y melón... vaaamos que me voy!”

A esa voz corría todo el mundo. En la calle de tierra estaba parado el carrito de Emilio, lleno de una carga muy exquisita. A él le gustaba que le compraran lo que llamaba “matrimonio”, que era una bola de helado de color rojo y otra blanca o amarilla, o sea, mamey con coco o

piña y/o melón con coco o piña. A la gente les encantaban los matrimonios. Nunca vi comprar dos bolas de un mismo color.

El barquillo costaba tres centavos, pero a pesar de la mucha miseria del barrio, la gente de vez en vez se daba sus gustos. Emilio servía siempre con una sonrisa en los labios y al finalizar gritaba: “¡Se van los matrimonios... vaaamos que voy... me voy!”

Creo haberte dicho que muchas madres y padres se hacían los sordos porque no disponían de dinero para complacer a hijos e hijas con lo que para ellos era una delicia. Mi mamá era una de esas, casi nunca sentía los pregones de los vendedores, pero yo busqué la manera de darme esos pequeños gustos. Hacía mandados a algunas personas que en el barrio tenían un mejor desenvolvimiento económico. Me pagaban cinco centavos por cada mandado. Con eso pude deleitarme con los caramelos de Andrés y sobre todo con los matrimonios de Emilio, especialmente con el de mamey y coco.

Hubo otros muchos vendedores cuyos pregones atraían la atención de las y los pequeños. Recuerdo otros como los Plátanos Burros. Así le decían a una familia de unos blancos pecosos, muy extraños, que vivían a la salida del pueblo. Vendían viandas. Traigo a la memoria una anécdota de un día en que Pura, una vecina mía, les estaba reclamando que unas yucas que les había comprado el día antes no se habían ablandado. Muy molesta les dijo que no les iba a comprar más.

Al día siguiente, desde que la carretilla de los Plátanos Burros asomó por la cuadra, para fastidiar a Pura comenzaron a pregonar: “¡Yucas, yucas, duras como palo y amargas que dan gusto!”

Ella se puso como una fiera, vociferó mucho, pero dentro de su casa: no salió, se quedó con su rabia.

“¡Peescadero, freeescos y baratos... venga a ver!” Ese era el pregón de Mamacita, el vendedor de pescados fres-

cos. Entraba en la cuadra con su carretilla, donde traía los pescados en cajones llenos de hielo para conservarlos. Se paraba en el medio de la calle y comenzaba a pregonar. Vendía pescados muy buenos: sierras, pargos, chernas, etcétera. Los traía de Cárdenas.

“¡Peeescadero, freeescos y baratos... venga a ver!” Al oír su pregón las mujeres salían a comprar y le pedían que se los limpiara. Y el vendedor en su carretilla tenía una tabla y cuchillos bien afilados para complacer a sus clientas. Cuando terminaba gritaba de nuevo: “¡Peeescadero, freeescos y baratos... venga a ver!” Y continuaba empujando su carretilla calle arriba o calle abajo.

Debajo de Los Elevados estaba la huerta de los chinos. Ellos no eran vendedores ambulantes, pero a mí me encantaba que mi mamá me mandara allá a comprar verduras. Para mí ese era un lugar lleno de misterios, por todos los comentarios que se hacían sobre ellos, principalmente por la fama de fumadores de opio. Yo no sabía qué era eso, pero por la forma en que se hablaba me imaginaba que era algo tremendo.

Traspasar el arco que tenían a la entrada de la huerta y verlos sentados en una posición como de meditación, mientras fumaban en aquellas largas cachimbas, era para mí como penetrar en un mundo mágico y misterioso. Además de lo bonito que era mirar aquellos canteros verdecitos, sembrados muy parejos. La huerta de los chinos representaba para mí un mundo raro y complejo, que no me pude explicar en aquella época.

Para los vecinos de Jovellanos, como para los de cualquier otro pueblo, los circos eran el delirio de chicos y grandes. Sin embargo, yo buscaba algo diferente a todo el mundo. Ya a las seis de la mañana andaba un camión con un muchacho tocando una corneta, pregonando que el circo llegaba y repartiendo los programas. La mayoría de los circos daba una función diaria. De los que fueron a mi pueblo recuerdo el Montalvo, el Santos y Artigas, que eran los

más grandes, y otros como el Pubillones y algunos que no tenían ni nombre.

Cuando sonaba aquella corneta y el redoble del tambor anunciando: “Esta tarde el gran circo...”, todo el mundo corría hacia el camión desde donde se anunciaba. Sin embargo, yo iba para el ferrocarril. Me encantaba ver las caras de aquellas mujeres y de aquellos hombres asomados por las ventanillas del tren. También me gustaba ver la facilidad que tenían los “tarugos” para enterrar aquellos clavos inmensos y manipular las sogas para montar las carpas.

Algunos muchachones del pueblo se beneficiaban, pues les pagaban unos quilos para que cargaran el agua que necesitaba el circo y sobre todo para bañarse los artistas. Por la tarde hacían una demostración con un payaso, sacaban al león menos llamativo y otras pequeñas atracciones. Nunca fui a una función del circo. Mi papá no nos dejaba salir y a nosotros nunca se nos ocurrió pedirle permiso, ni dinero para las entradas.

Desde mi casa sentíamos la música del circo. Yo no sufría por no poder ir; me hubiese gustado verlo, pero nada más. Soy una gente muy especial, aquello no me produjo ningún desgarramiento. Me gustaba ir al lugar donde había estado el circo después que se iba. Solo quedaban papeles de colores, cajetillas de cigarros y sobre todo el silencio que acompañaba la vuelta a la cotidianidad. Cuando tuve hijos quise que vieran el circo, aunque a mí no me gusta por el riesgo constante que corre la gente que allí trabaja.

En Jovellanos los carnavales no eran tradición. Allá salían las llamadas máscaras. Recuerdo que cuando era chiquita mi mamá decía: “Vamos a cerrar la puerta porque ahorita empiezan a salir las mascaritas”. Ahora no me explico por qué había que cerrar la puerta, pues eran simplemente personas que se ponían unas caretas de cartulina pintarrajeadas. Llenaban las calles de mucho movimiento y hacían muchas maldades. Tocaban a las puertas de las

casas y, sin esperar que abrieran, salían corriendo. Nada de qué preocuparse; pero les tenía un poco de miedo, me sobresaltaba cuando las veía. Salían en el mes de febrero. Las mascaritas no tenían nada que ver con las fiestas de carnaval, estas se comenzaron a celebrar muchos años después.

En agosto se hacía la Fiesta de Nuestra Señora de la Asunción, patrona del pueblo. Era una fiesta de origen hispano que con el decursar del tiempo y la introducción de elementos laicos fue perdiendo su carácter original. Temprano en la mañana se oficiaba una misa católica y luego se sacaba la procesión de la virgen. Casi todo el pueblo participaba. Las personas acudían temprano a esperarla e incorporarse a la procesión.

En una ocasión coincidió con la Misión Pastoral, que eran unas celebraciones que hacían curas de La Habana que iban a Jovellanos. Oficiaban misas, rezaban, cantaban y hacían reuniones en diferentes lugares del pueblo. El objetivo era “ganar más almas para el señor”. Una vez, durante la Misión Pastoral, se produjo un aguacero con tormenta eléctrica, y los curas se fueron en dos carros que andaban por ahí y dejaron embarcadas a las personas que se habían congregado. Aquella gente empezó a maldecir a la madre de los curas, y hasta la de Dios cogió lo suyo. Eso no se me olvida, porque tengo un poema hecho sobre aquellas misiones. Entonces tenía unos dieciséis o diecisiete años.

Siempre estuve detrás de todo lo que pasaba por el pueblo. Cuando la llamada Estigmatizada pasó por Jovellanos, aquello fue una sensación. Se hospedó en el Hotel Ritz. Su caminata era muy curiosa: caminaba hasta un punto y después regresaba en carro para el hotel; al otro día volvía en carro al punto hasta donde había llegado el día antes, y seguía su caminata hasta el pueblo más cercano.

Fui a verla cuando llegó al hotel, y el día en que salió me fui detrás de ella, junto con muchas personas. En el

momento que decidí regresar, me di cuenta de la tremenda caminata que había hecho; pero tuve suerte, una hija de Pura, mi vecina, que trabajaba como maestra en uno de los pueblecitos cercanos, venía en un carro, me vio y pude regresar con ella. A mí me encantaba seguir a la gente para ver hasta dónde llegaban.

Las fiestas populares eran Las Verbenas, que estaban apadrinadas por los patronatos con el fin de recaudar fondos destinados fundamentalmente a asfaltar las calles del pueblo. Se hacían una vez al año y duraban tres días. Siempre fin de semana. El pueblo se animaba mucho en esos días. Por lo general, su organización estaba en manos del alcalde o de los comerciantes, los que se aprovechaban para sacar buenas ganancias.

Durante Las Verbenas se engalanaban las calles principales, especialmente las cercanas al parque que estaba frente al ayuntamiento, con pencas de coco, cadenas hechas de papelitos de colores, algunas banderas y luces. Se montaban kioscos para la venta de comidas y bebidas, y por la noche se celebraban bailes. Nunca las disfruté, porque ya te he dicho que mi papá no nos dejaba salir a esos lugares.

Las fiestas de las religiones de origen africano también alegraban mucho el barrio donde se celebraban, y como se podía participar aunque no se fuera iniciado, tenían gran concurrencia. Los tambores más famosos de Jovellanos se dieron en las casas de Berrier y de Joaquina.

Eran fiestas de gran connotación entre la gente que practicaba la santería. Con ellas les rendían tributo a los y las orichas. Duraban cuatro o cinco horas. El toque se hacía con tambores batá sacramentados y a cada deidad se le hacía su toque específico. Los cantos eran muy ricos en cuanto al ritmo, aunque no entendía las letras. Se cantaba en voz muy alta. Entre el canto, el ritmo y el balie se provocaba la “bajada” del santo o santa para que “hablara” y diera consejos a hijos, hijas y a todos los allí reunidos. Berrier “montaba” un Ogún impresionante.

Algo que nunca olvidaré de mi pueblo fue ver a la gente pobre bucear en los escombros del fuego que consumió la Ferretería Arango y salir completamente tiznados, exhibiendo, como si fueran trofeos de guerra, espumaderas, cubiertos, objetos de metal que sacaban de allí. Durante días y días la gente estuvo en eso, no les importó cortarse, llenarse de tizne hasta los ojos; con lo que sacaban cubrían alguna de sus necesidades, pues lo utilizaban o lo vendían.

La Arango era una de las dos ferreterías que había en Jovellanos. Estaban una frente a la otra. Cada vez que pasaba por allí, entraba. Me encantaba ver los cubiertos, la cristalería, las vajillas. Pensaba que nunca en la vida podría comprar nada de lo que miraba.

Fueron tiempos muy difíciles. Recuerdo también los estragos que hizo un ciclón a su paso por Jovellanos. Los más humildes fueron los más perjudicados. El Gobierno manifestó su solidaridad y envió comida y ropas para los damnificados. ¡Imagínate cómo resultó aquello! Los funcionarios de la alcaldía se quedaron con una parte y los bandidos de la Guardia Rural se quedaron con la otra, porque la repartición se hizo en el cuartel.

Aquello no tuvo nombre, fue horrible. Lo poco que repartieron lo hicieron sin orden. La gente estiraba la mano y les daban cualquiera cosa. Así no se sabía qué, ni quién cogía algo. El desorden fue propiciado por ellos. Era la forma de enmascarar lo que se iban a robar, sin importarles las necesidades de los damnificados. A escondidas de mi familia fui al cuartel, quería ver aquello con mis ojos y, de paso, si “se me pegaba algo”, mejor. También se formó una algarabía porque una mujer llamada Basilia decía que un guardia le había propuesto que se acostara con él a cambio de entregarle alguna ropa y comida. Todos aquellos maltratos azotaron más e hicieron más daño a Jovellanos que los ciclones.

Son muchas las cosas que te podría contar sobre mi pueblo, pero solamente quiero agregar, para terminar, los últimos versos de un poema que escribí después que me fui de él.

*Atrás quedaron: también el puente,
el cuartel de la rural,
el cementerio, los
naranjales de Rufino. Todo
tan rápido
que no hubo tiempo
para sacarlo de la memoria.¹⁵*

¹⁵ “El pueblo, para siempre”, *Gustadas sensaciones*, p. 37.

OTROS RECUERDOS DE MI PUEBLO, SOPORTE PRINCIPAL DE MI MEMORIA

Te dije que no iba a hablar más de mi pueblo, pero el pueblo me tiende trampas. En fin de cuentas son gratas. En un homenaje que me hicieron me entregaron las llaves de la ciudad y yo respondí con un poema en el que preguntaba qué puertas abrir con la llave de un sitio del que nunca se ha salido, a pesar de tanto tiempo y de tanta distancia. Mi pueblo es el soporte principal de mi memoria, tal vez porque los veinte primeros años de mi vida transcurrieron sin salir de allí, de la eterna Clemente Gómez No. 98. Las cosas que sucedieron quizás no sean importantes para nadie más; pero para mí son imprescindibles... a pesar de todo.

Vivir en Jovellanos era como estar aislada, aunque no por aquello de vivir en una isla. Eso hubiera sido lindo. Una isla del tamaño de un pueblo, pararme en su centro y poder ver su principio y su fin. No, no era eso. Era como estar apartada, sola, sin entrada ni salida, cercada, acorralada. No sé qué pensaban los demás, pero alguna rara sensación debió sacudir a mucha gente. Tenían que buscar la sobrevivencia, esa que va más allá de la ración diaria de alimento.

Yo me escapaba para ver los trenes, llenarme de su estrépito, deslumbrarme ante la aceitada mole de hierro en movimiento. A veces pasaba un avión muy alto, parecía un pajarillo, y su ruido un quejido leve. No podía explicarme qué hacía allá arriba, ni cuáles eran sus mecanismos para ascender o aterrizar, pero entonces me bastaba con mis ojos y mis oídos siguiéndolo, hasta perderse en la lejanía. Y estaban también los ómnibus lujosos, imponentes, que pasaban por la Carretera Central, y yo corría para asomarme al portal y verlos dirigirse, dos calles más arriba, hacia

La Habana, que aún no era la meta que había que alcanzar para cumplir todos mis sueños. Pero la otra gente no tenía eso. Así que se inventaron un fantasma.

En la calle principal, hacia la salida, vivía un mestizo muy bien plantado. Mario se llamaba. Una mañana, de pronto, todos los comentarios se volcaron hacia la aparición del fantasma. Lo habían visto, envuelto en trapos blancos; nadie tuvo valor para enfrentarlo, así que la supuesta aparición entraba y salía a su albedrío de algún sitio muy especial. Por esos tiempos estaba de moda un cantante suramericano, Leo Marini, dueño de una voz preciosa, y la empleaba en una canción llamada *Maringá*. Los comentarios seguían, calentando o refrescando —quién sabe— los amaneceres de alguna infeliz frustrada. Así que un día se dijo que el fantasma se llamaba *Maringá*. Y venga *Maringá* para arriba y para abajo del pueblo, hasta que estalló el asunto.

—No puede ser, ¿dicen que Mario?

—Como lo oyes, Mario, el barbero, es el fantasma.

Mario no se dio por enterado, nadie tuvo el coraje de enfrentarlo, y con el pasar de los días, la historia del fantasma, con su nombre de canción suramericana, al parecer sacó boleto junto con el cantante y se fue del pueblo, de la capital, de Cuba.

Fue un episodio breve y de consumo interno. Parecía que la gente iba a perecer si no aparecía otra cosa. La casualidad puso su mano y llegó al pueblo un hombre que vendía décimas en las que se contaba cuanto ocurría en el país. Por dos centavos entregaba un papel blanco impreso en tinta muy negra con seis u ocho décimas en las que se narraban asuntos muy diversos. ¡Y vaya que vendía! Unas veces más que otras, como en las que se narraba el robo del brillante del Capitolio. “Yo sabía, y sabía que Grau San Martín y su camarilla no iban a creer en la madre que los parió”.

Grau era el presidente de turno, en cuyo mandato pasaron cosas como el mencionado robo. Su camarilla la componían sus más allegados colaboradores. El brillan-

te, silenciosamente, un día reapareció y, al cabo de un tiempo, también reapareció el hombre de las décimas, contando en detalles los desastres del ciclón del 44. Alguien me había encargado unos mandados por lo que me pagó dos centavos, y en vez de gastarlos en chucherías como en otras ocasiones, compré las décimas y me las leí y releí de tal manera que aún hoy, al cabo de más de medio siglo, no las he olvidado. Y así, sin salir del pueblo, se iba sabiendo todo lo que pasaba en la capital u otras partes del país.

Un día, por la punta del pueblo asomó la voz del hombre anunciando sus décimas; la gente se estremeció calladamente. Pregonaba una historia que trascendía los límites del país. A voz en cuello gritaba: "Lina Medina, la niña de cinco años que dio a luz un varoncito". "Es una niña peruana, cubana no", aclaraba el vendedor en medio del silencioso arrebató de tantas manos queriendo saber cómo había sido aquello.

Años después, rompiendo el silencio sobrecogedor que se hizo alrededor de esa historia, leía un número de la revista *Bohemia* que, en dos páginas, hablaba de Lina Medina, la niña madre del Perú. Había fotos. En una aparecía una adolescente de catorce años, casi india, con cara muy seria y ojos asombrados y tristes. Junto a ella un niño de nueve años llamado Gerardo, el que "ella cree que es su hermano".

El hombre de las décimas y su pregonar salió de donde ya se me hacía costumbre guardar algunas cosas: la memoria, y me golpeó la cara. Sin entenderla del todo, leí cuidadosamente aquella historia, y por supuesto, sin hacer preguntas. Hasta la ciencia había analizado el caso de la criatura y sentenciado que lo sobrenatural no era la causa de lo ocurrido, y dejaba entrever "un feo escándalo", según palabras textuales. La ciencia servía para desenterrar una historia triste y acusar de escandalosa a la indita violentada.

Hacía años que el hombre de las décimas no venía al pueblo, como si ya no sucedieran cosas tremendas o a él mismo le hubiese sucedido lo más tremendo: dejar de ser. Pero una última historia se me atraviesa, me pide insistentemente que la cuente, a pesar de que siguió pasando el tiempo y siguieron pasando cosas, por ejemplo, “los bueyes”. Así decíamos cuando a media mañana sentíamos el tronar de los caballos, su galopar casi insolente, y sobre ellos los ganaderos, que más bien parecía que iban para un rodeo o algo por el estilo. Ropa de montar brillante, igual que las lustrosas botas, rollos de soga dando vueltas en las manos.

—Maní... Sotolongo... ¿van a traer bueyes?

—Sí.

La respuesta breve se la tragó la distancia que se agrandaba, y entonces a prepararnos, porque a las pocas horas ganado y jinetes reaparecerían. Ordenaban cerrar las puertas y había que obedecer, porque de la masa compacta de ganado, lista para el matadero, había que prestar atención a una o dos cabezas. Era como si entrando al pueblo olfatearan una antigua sangre suya derramada. Una sola res viraba en redondo y, aunque era esperado lo que sucedía, siempre producía algo de sorpresa. Los más expertos trataban de enlazarla y lo conseguían, pero ahí estaba la res, plantada, mereciéndose el derecho a vivir. Las demás, cabizbajas, alguna que otra mirando de reojo, seguían hacia delante. La res plantada, revolcada, negada a entregar su vida, lo pagaba caro. Siempre aparecía una fuerza mayor que la suya, y en ocasiones era llevada a rastras. Para mí, con diez años, esta escena me producía un poco de diversión. Ahora, casi con setenta, me recuerda al ser vivo que hace por perdurar, por suerte para el mundo.

LA VOZ

Varias veces al año oíamos una voz, viniendo de la parte más occidental, o del oriente. No importaba. El caso es que, como otros asuntos, era una voz rompiendo la monotonía. Siempre a media mañana, y nos ponía en movimiento, alegrándonos.

La Voz:

—¡Compro hierro y huesos...!

El pregón nos sonaba a música y el corazón nos latía de gozo. Hembras y varones corríamos hacia el rincón del patio donde se nos había permitido almacenar esos desechos. Cuando se hacía una sopa, un potaje, a vigilar los huesos y disputármolos. Cada cual tenía su pequeño almacén de huesos, y el de los hierros: ruedas, pedazos de antiguas camas, trozos de rejas.

Alguna que otra vez tratamos de introducir simples latas oxidadas, pero el comprador, impasible, sin mirarnos, con la punta de sus dedos las separaba. Entonces venía el pago. Nunca hubo regateo, alargábamos la mano en aceptación de lo que se nos diera. No había que compartir lo recibido, así que, derecho a las bodegas, a satisfacer los baratos caprichos, que sin la aparición de aquella voz y de aquella presencia hubieran sido imposibles.

La variedad de refrescos bien fríos, a solo cinco centavos, nos llenaba los ojos antes que el estómago. La Coca Cola era una tentación, y la Piñita Lanio, o el Ironbeer, o la achatada botella del Green Sport. Al final nos íbamos por la Gaseosa Salutaris o la Materva que, según el anuncio, sabía a sidra. Era inmensa, burbujeante, y con ella empujábamos hacia adentro la combinación de galleta con

mortadella o de pan con trozos de chocolate o cualquier otra chuchería.

Cada quien regresaba a su casa como quien vuelve de la guerra y ha derrotado antes al enemigo. Había que dejar bien limpia la esquina del patio, para empezar, al cabo de unos días, la misma tarea de guardar los huesos y los hierros viejos. Al atardecer ya no quedaba nada, ni los centavos reluciendo entre los dedos ni el eco de la voz, perdida, nunca supimos si yendo para vueltarriba o vueltabajo.

LA TRISTEZA NO CEDE SU LUGAR¹⁶

Yo tenía de La Habana una imagen irreal, que me gustaba, y mi gran sueño era irme para La Habana! Ya conocía algo sobre ella cuando me llevaron al terminar la Escuela Primaria Superior. Ese algo se me había quedado muy grabado en mis recuerdos. Fíjate si es así que no se me ha olvidado que cuando la guagua pasó por el Capitolio, en un cine que estaba por los alrededores, que debe de ser el Payret, anunciaban la película *Un tranvía llamado deseo*.

Aquel anuncio, comparado con los que ponían en Jovellanos, me deslumbró, era como descubrir otro mundo. Todo era de cemento, de asfalto, las luces iluminaban de manera diferente. Conocí el Paseo del Prado, fui al Malecón y vi el mar. ¡Uh! Ver el mar era como ver el mundo. ¡Yo nunca había visto el mar! No te imaginas lo que es, con la edad que yo tenía cuando aquello, ver esa cosa maravillosa y enfrentarte a ella.

Tenía además otra imagen de La Habana, la que me había creado al observar las muchachas negras de Jovellanos que trabajaban allá como domésticas. Cuando volvían al pueblo se veían llenas de alegría, no se quejaban de nada. Iban vestidas muy bonitas, aunque con telas baratas, pero muy bonitas, calzaban zapatos nuevos o en muy buen estado. Al verlas pasar por mi casa, me daba cierta envidia, porque yo también era jovencita y tenía deseos de salir, de pasear, de divertirme.

Las pocas veces que pude hablar con algunas de aquellas muchachas, les preguntaba muchas cosas sobre La Habana, sobre todo cómo era ser criada en La Habana. Para

¹⁶ Título tomado de un poema. El texto se cita en Anexos.

ellas ese trabajo era lo mejor, porque les parecía que era lo que les correspondía, como gente pobre, sin nivel educacional ni cultural, sin otras aspiraciones que no fuera ganar dinero para su sustento y ayudar a sus familiares. Algunas me decían que trabajaban medio día, otras que se quedaban a dormir. Pero en sentido general se sentían bien, aunque algunas se quejaban de que las relaciones con las patronas no eran del todo buenas, debido a la discriminación que sufrían por ser negras y sirvientas.

Yo entendía el cambio de otra manera. Lo condicionaba a que yo escribía, tenía relaciones con el bibliotecario, con las personas que pasaban por la casa y me preguntaban qué estaba escribiendo, que hablaban conmigo de cosas bonitas, de reflexiones que a veces hasta eran muy fuertes para mi edad, y sobre todo, a que ya me habían publicado poemas en un periódico de La Habana. ¿Te das cuenta?

Como tenía familia en La Habana, siempre me sentí exenta de los riesgos que corrían muchas de las jóvenes que salieron de sus pueblos para ir a trabajar como domésticas a la capital, y algunas de las cuales terminaron en prostíbulos engañadas por los chulos. Otras engañadas por hombres que fingían estar enamorados y que después de usarlas las dejaban. Si de aquel "romance" quedaban embarazadas, la falta de respaldo del hombre que las engañó, no les dejaba otra alternativa que la interrupción del embarazo, sin ningún tipo de garantía por parte de médicos y comadronas que, sin escrúpulos ni respeto hacia la vida ajena, se dedicaban a aquellas prácticas. Dos de las muchachas de Jovellanos murieron por esa razón.

Mientras pensaba en todo eso compartiendo mis sueños con mi realidad, mi realidad de muchacha triste, me enamoré en serio. Tenía dieciséis años. Me enamoré de la persona menos indicada. Era un hombre muy raro, muy complicado. Mucho mayor que yo, tenía treinta y siete años; dueño de una fábrica y blanco. Te imaginas lo que eso significaba en una sociedad donde los prejuicios raciales es-

taban tan arraigados; pero no me importaba, yo estaba tremendamente enamorada.

Entre él y yo no hubo nada, pero solo de verlo pasar o de acercarse adonde yo estaba, se me llenaba la vida, me daba una tremenda carga energética, que no quisieras saber. Entonces escribía mucho sobre el amor, sobre mi idea del amor.

Aquel hombre era muy humano y agradable. Era de esas personas que están muy arriba para ser de pueblo pequeño. Tenía un carro muy bonito, razón por la cual lo tildaban de mujeriego. En aquella época se consideraba que el hombre que tuviera un carro disponía de muchas más posibilidades y aceptación entre las mujeres que el que no lo tenía.

Le gustaba como yo escribía. En medio de mis ilusiones, un día le leí un poema, sin darme cuenta de que en él había implícita una declaración de amor. Entonces me dijo:

—Quiero que me respondas una cosa, ¿ese poema tú lo has hecho para mí?

—Sí, para ti expresamente.

Aún no sé cómo pude actuar así, porque en esa época le tenía terror a los hombres. En eso mi papá desempeñó un papel decisivo. Mi enamoramiento duró varios años. Recuerdo un día, cuando tenía como diecisiete o dieciocho años, que me dio un beso en la mejilla, y aquello fue para mí como ir a otro planeta. Tengo tantos recuerdos de aquel hombre... te los contaré más adelante.

En la casa, mi hermana más chiquita y yo compartíamos los quehaceres domésticos. A veces mi papá, cuando salía del trabajo, se ocupaba de algo, por ejemplo, ablandaba unos frijoles para hacer potaje. Pero yo tenía el mayor peso de las labores domésticas, lavaba, planchaba, cocinaba, fregaba, peinaba a Marta; en fin, que muy temprano me tocó desempeñar el papel de ama de casa, con todo lo que eso significaba; pero como no asumí lo de la subordinación total al hombre de la casa, sufrí mucho. En eso también fui una transgresora y tuve que pagar un precio.

Un poco más abajo de mi casa estaba la de un santero, bastante mayor, muy severo. Su mujer se llamaba Luisa y tenía una cantidad tremenda de hijos e hijas. Un 24 de junio, en una fiesta a Ogún, lo vi montar a ese oricha y me impresionó grandemente. Era el abuelo de Jorge Luis Valdés, pitcher del equipo de pelota de Matanzas y una de las glorias en el pitcheo del equipo Cuba, y el padre de Israel, percusionista y cantante, fundador del conjunto folklórico Los Muñequitos de Matanzas. Israel y yo, cuando éramos chiquitos, muchas veces nos dimos tremenda entrada a pedradas. Lo evocamos con alegría un día en que nos encontramos en un homenaje que nos hicieron a los dos allá en Jovellanos.

Pero los tambores a Ogún más famosos que se dieron en Jovellanos fueron en casa de una señora que se llamaba Joaquina. Duraban tres días: 23, 24 y 25 de julio. Celebraban esas fiestas en una nave grande con techo de guano, que alumbraban con lámparas de carburo. Para la fecha venían todas las muchachas de esa familia, que trabajaban como domésticas en La Habana.

En esa misma calle vivía otra familia, a la que le decían Los Conguitos, cuyo toque de santo era muy impresionante. Estaba también la casa donde se daban las fiestas de los arará. Estas eran un deleite para toda la gente del pueblo. Ellos tocaban por cualquier cosa. En muchas de esas celebraciones coincidían en el pueblo algunas de las muchachas de esas familias que trabajaban de domésticas en La Habana. Cada vez que pude me les acerqué para hacer las mismas preguntas relacionadas con su trabajo y con La Habana. En mí era una obsesión saberlo todo sobre eso, en fin de cuentas sería mi destino inmediato cuando al fin yo decidiera escoger, por mí misma, mi camino.

Así fue transcurriendo el tiempo después de la muerte de mi mamá. Continuaba escribiendo sobre todo lo que me rodeaba y sobre lo que me imaginaba. De vez en vez iba

a la biblioteca a buscar algún libro, pues leer era una de las cosas que hacía en mi tiempo libre.

En una de las ocasiones en que regresaba de la biblioteca, me encontré que mi papá estaba ya en la casa. Como no le gustaba que saliera, discutimos mucho. Ese día nos acaloramos bastante y me dio una bofetada. Situación que se agravó porque una santera le había dicho que una de sus hijas tenía un enamorado que no se iba a casar con ella. ¡Imagínate! Aunque no le dijeron cuál de sus hijas sería la del asunto, lógicamente pensó en mí, porque las otras dos no podían ser. Mi papá apostaba por ellas con los ojos cerrados. A partir de entonces yo no podía poner un pie en la calle.

De lo que dijo la santera me enteré mucho tiempo después —ya te dije que mi papá no daba explicaciones de ningún tipo—; tenía que asimilar que él no quisiera que yo saliera a la calle aunque no supiera el porqué de esa medida. Motivo por el cual discutíamos a menudo. En uno de aquellos días, después de un fuerte altercado con mi padre, recogí lo poco que tenía en una cajita y me fui de la casa. Mis hermanas formaron tremenda lloradera. Fue un momento muy terrible, muy terrible. Realmente ya no cabía en mi casa. Mi familia era la gente más tranquila y pausada del mundo. Yo no tenía esa manera de ser. Mis hermanas, mi hermano y yo nos queríamos mucho y éramos muy unidos, a pesar de los privilegios que tuvieron, pero yo era diferente. Por eso me tenía que separar. Distancia física que entre nosotros fue y es muy ligera, sin importancia. Creo que ese distanciamiento nos hizo querernos más.

El día de la partida había apostado a unos números en un tipo de juego de bolita que se jugaba allá, y que se tiraba con la pelota. Se calculaba cuántas carreras y hits podía hacer un equipo, y quien acertara ganaba. Como yo era y sigo siendo fanática a ese deporte, no me fue difícil calcular, a partir de la calidad de los equipos contendien-

tes. Me gané dos pesos y unos centavos. Con eso, más dos pesos que le había pedido prestado a una amiga, tuve suficiente para irme.

Fui para el pueblo a esperar el ómnibus, que en aquellos momentos se convirtió para mí en un personaje, aunque de pasada, pero importante. Cuando llegué a la estación me dijeron que tenía diez minutos de retraso, los que me resultaron una eternidad, además de que sentía terror de ver llegar de un momento a otro a mi papá y me obligara a regresar. Al fin llegó, era la guagua de Matanzas. No lo pensé dos veces, me monté. Me juré no regresar, pasara lo que pasara en La Habana. Junto con el rugido del motor sentí el estremecimiento de la partida. De una manera muy rápida todo fue quedando atrás. Yo tenía cuando eso veinte años.

¿Sabes que nunca me he arrepentido de ese paso? Y eso que fue fuerte. Han pasado más de cincuenta años y no lamento no haberlo hecho antes porque todo tiene su momento, su día. Fue el 20 de octubre, Día de la Cultura Cubana, cuando quemé mis ataduras y fui libre. En ningún momento quise llegar a La Habana como conquistadora o descubridora, simplemente la necesitaba, iba a utilizarla y estaba dispuesta a servirla, amarla y respetarla, y así ha sido. En mis viajes he estado en ciudades que me han gustado, pero ya en ellas y pasándola muy bien se me ha llenado el pecho con las ganas de regresar. ¡La Habana!, esta es la ciudad que yo quiero para vivir.

ORIKI PARA LAS NEGRAS VIEJAS¹⁷

*Las negras viejas, picos
de misteriosos pájaros,
contando,
como en cantos, lo que antes
había llegado a sus oídos.*

Ese es un fragmento de un poema que dediqué a las negras viejas de la familia y de mi barrio de Jovellanos. Aquellas mujeres tuvieron mucha influencia en mí desde que yo era niña. Mi primer cuento lo escribí cuando aún estaba en la escuela primaria, a partir de los relatos que ellas hacían y que siempre escuché con mucha atención.

Todas esas mujeres, descendientes de africanas y africanos, y la mayoría de antigua condición esclava, cumplieron con los roles que la vida les impuso: trabajar, trabajar, siempre trabajar, parir, pero también muchas se rebelaron, se “cimarronearon”, y cogieron el monte cuando las luchas por la independencia. Después de la “libertad”, además de los papeles que les correspondieron, se dedicaron a contar, ¡a contarlo todo! Porque esa también era una de las misiones de las negras viejas de antes.

Como mi abuelo, machista hasta la médula de los huesos, era el dueño de la palabra en mi casa, con su muerte, ellas la tomaron y contaron de cómo su madre o su padre, o ambos, cruzaron el mar desde el continente africano hasta Cuba, sin percibir sus ruidos y su olor, porque los lamen-

¹⁷ Título tomado de un poema. El texto se cita en Anexos. Oriki es un término yoruba, que significa plegaria, rezo, alabanza.

tos, latigazos y pestes infernales era lo que penetraba por sus sentidos. Pero contaron también lo que dejaron atrás y que resistió en su memoria la brutal travesía, para volcarse después en los hijos de los amos, porque en los suyos, en infinidades de casos, el sistema se los impidió porque las separaban de ellos como consecuencia de las operaciones de venta de esclavos.

Narraron historias, no solo de las amenazas que recibían si cristales y cubiertos no relucían como soles, los días de las suntuosas fiestas en las casas de los amos, sino de muchas, muchas otras cosas más que contaban en la cocina de sus casas, o por las noches, sentadas en un sillón o en un taburete, junto a una cuna o una hamaca o tal vez a un simple jergón de paja. Muchas de aquellas narraciones eran las mismas que el abuelo había contado, pero las de ellas no solamente me suspendían, sino que me trasladaban que sé yo adónde, e iba y venía en medio de lo que escuchaba, dándome un gusto que aún hoy me llena la memoria y el corazón, porque ellas tenían otra manera de decir y con mucha más variedad y una riqueza sin límites.

Mi tía abuela Sabina gustaba de contar — y cuando lo hacía daba vueltas alrededor de su hermana Victoria—, de cómo se cimarroneaba y eran necesarios varios hombres para reducirla a la obediencia, entreteniéndola algunos, cosa que no era fácil, porque ella, machete en mano, semiagachada y con las piernas abiertas, miraba hacia todos los lados. Sobre Victoria hice un poema donde hago referencia a la resistencia de la mujer negra, africana o criolla. Es el siguiente:

*Qué bisabuela mía esa Victoria
Cimarroneándose y en bocabajos
se pasó la vida.
Dicen
que me parezco a ella.*

Y me llenaba de orgullo ser como una gente que se distinguía entre todas las demás.

Este poema, "Retrato oral de Victoria",¹⁸ se debe también a que quería hacer una serie de poemas que reflejaran a mi familia. Porque, ¡mira hasta qué grado llegó la pobreza en mi casa!, que no hay retratos de nadie. No hay retratos de cuando yo era adolescente, ni de mis hermanas ni de mi hermano. No tengo ningún retrato de mi mamá, y entonces escribí un poema que además de eso refleja mi condición humilde:

*Pobrecitos que éramos en casa.
Tanto
que nunca hubo para los retratos;
los rostros y sucesos familiares
se perpetuaron en conversaciones.*¹⁹

Otro de los cuentos que hacía Sabina era sobre cómo Owení fue cazado como un leopardo, apaleado sin necesidad y conducido hasta aquí, hasta Cuba, en la bodega de un barco negrero, bien debajo de los demás esclavos para que se estuviese quieto; pero Owení, apenas fue comprado y llevado a una finca, se cimarroneó. Esa historia me parece que retrata plenamente la opresión de que fueron víctimas los hombres y mujeres introducidos en condición de esclavos en nuestro país y otros lugares de América y el Caribe. Eran historias muy desgarradoras, pero que nos recuerdan quiénes somos, de dónde venimos, y son también un alerta para que nadie se quiera equivocar tratando de someternos otra vez.

También contaban historias que mucho tenían que ver con lo que hoy llamamos ciencia ficción. Eran las que contaba Ma'Leoncia. Mujer de baja estatura, muy delgadita,

¹⁸ En *Gustadas sensaciones*, p. 22.

¹⁹ "La pobreza ancestral", *Grande es el tiempo*, p. 21.

lenta por sus muchos años y por ciertos defectos que tenía en los pies. Era partera. Fue la que hizo los partos a mi mamá. Siempre andaba por el barrio y todo el mundo la quería mucho y le tenía gran respeto. Vivía en la parte de atrás del pueblo, en una casita muy humilde con el piso de tierra. En el patio tenía una mata de rosas y otra de cerezo. Cada vez que podía escaparme, me iba para allá. Allí pasaba un día distinto.

Ma'Leoncia contaba que cuando era niña vio cómo a los muertos le conectaban electricidad para que fueran solos de la casa donde los estaban velando hasta el cementerio. Para dar fe, se volvía ligera, cabeza, brazos y pies yendo y viniendo hacia adelante y hacia atrás. Era como el cuento de la Caperucita, del que todo el mundo conocía lo que iba a pasar pero quería oír el final, y le decíamos: "Pero Ma'Leoncia, ¿cómo caminan los muertos con electricidad?" Y nos reíamos viendo a aquella viejecita darle la vuelta a la mesa del comedor, caminando como los muertos aquellos. Hoy día sigo prendida de la magia de sus gestos y palabras. Me parece verla y, además, la creo.

Cuando cualquier otra de aquellas negras viejas hablaba sobre el Viernes Santo, fuera Ma'Coco, Juliana o Ma'Luisa, siempre salía una historia que, según ellas, había ocurrido cerca de Jovellanos:

El dueño del ingenio Montalvo era una persona muy mala. No era cristiana y por lo tanto no creía en Viernes Santo. Día en que no se podía barrer porque la casa se llenaba de hormigas. Tampoco se trabajaba. Ese señor mandó al mayoral a que un día como ese pusiera a los esclavos a hacer la miel, y estando negros y bueyes dándole la vuelta a la rueda para sacar el guarapo y hacer la melaza, uno de los bueyes dijo:

—Hoy es Viernes Santo y no se trabaja.

Los negros se quedaron petrificados, pero vino el mayoral y les cayó a latigazos. Entonces se oyó nuevamente la voz del buey que decía:

—Yo dije que hoy es Viernes Santo y no se trabaja. Los negros, llenos de miedo, volvieron a dejar de trabajar. El mayoral volvió a darles latigazos. Comenzaron de nuevo, pero el buey se paró firme y dijo:

—Yo dije que hoy es Viernes Santo y no se trabaja. Y cuando el mayoral quiso comenzar a pegarles nuevamente a los negros, se viró la paila de la miel y se desparramó y el ingenio se vino abajo con toda la familia dentro.

Esa historia se contaba como un cuento de misterio y la llamaban “El día que el buey habló”. Cuando la oía sentía como un estrépito tremendo, como si la tierra se estuviese abriendo de verdad y se tragara a todo el que no respetó el día que el hijo de Dios había muerto. Hoy pienso que aquello no era otra cosa que realismo mágico.

Igual ocurre con la dramaturgia implícita en otro de los cuentos que alguna de ellas hacía:

A la esclava Isabel le estaba prohibido amamantar a su hijo, porque el hijo de uno de los amos, goloso, disfrutaba él solo el alimento de los pechos prodigiosos.

Un día Isabel sintió que su hijo lloraba por hambre. Lloraba siempre, pero ese día lo sintió, tal vez en la sangre, y lo pegó al alimento que le pertenecía, y otro, y otro, sin que al parecer le importara lo que podía sucederle si era descubierta.

Pero un día el ama blanca, afligida por la falta de la esclava, le hizo ver al amo cómo los labios oscuros del hijito de Isabel disfrutaban del alimento reservado a los labios rosados del niño blanco.

Con el cuero separó el hombre la boquita ávida del pezón de su madre. Fueron tres los cuerpos sacudidos, pero pareció un solo estremecimiento. Isabel lanzó un alarido de loca y como loca corrió sin que pudieran darle alcance, con un niño en cada brazo, lanzándose a un precipicio distante de la casa-vivienda.

El cuento quedaba ahí, y ahí también, sintiendo una rara estrechez en la garganta, quienes lo habíamos escuchado, sin decir palabra alguna, pero pensando en muchas cosas. El cuento se contó muchas veces, y en cada ocasión se le incrementaban los hechos y se enfatizaban, logrando versiones cada vez más dramáticas.

Casi siempre, después que terminaba ese cuento, Ma' Encarnación, que había estado sabiamente esperando el momento preciso, con una sonrisa pícaro, nos trasladaba al bohío de una pareja de congos, Benito y Matilde, para que nos enteráramos de los enredos amorosos de la mujer:

La sonsera de Benito hizo a Matilde buscarse un querido, pues ya su marido no la satisfacía.

Ella tenía una contraseña por medio de la cual avisaba que Benito estaba en casa. Para que el otro supiera que no tenía el camino libre, ella colgaba un hueso en la ventana de su casa.

Una vez Benito se fue a trabajar, pero tomó mucho malafo.²⁰ Como no se sentía bien regresó temprano a la casa, y a Matilde, como estaba muy contrariada, se le olvidó colgar el hueso.

El querido de Matilde, como de costumbre, se acercó a la casa y al ver que tenía el camino libre llegó hasta la puerta, la que encontró cerrada. Extrañado comenzó a silbar y a silbar a Matilde, que no contestaba.

Benito, que aún se encontraba bajo los efectos del malafo, se asustó y dijo a su mujer:

—Matilde, ¿tú tá cuchá algo así como su'piro de un alma en pena?

Matilde que se encontraba más asustada que su marido le dijo:

—Sí, Benito, pero yo rezo a esa ánima. Tú verá.

Matilde se fue hasta la ventana en que debía colgar el hueso del aviso y proyectó su voz hacia las malezas en que el otro esperaba y gritó:

²⁰ Aguardiente de caña.

—Ánima que tá penando, por si acaso algún suceso, mi mari'ó tá en la casa, me olvidé colgar el hueso. Rápido entre los árboles vio Matilde perderse a su querido como alma que lleva al diablo. Benito suspiró aliviado y, con más alivio, lo hizo Matilde, a la que nunca más se le olvidó colgar el hueso de la contraseña.

En aquellas tertulias de las negras viejas no faltaba nunca el cuento de terror y misterio. Hubo uno, cuya moraleja se grabó tanto en mí, que aún hoy no me gusta estar en la calle después de las doce de la noche. Aquel cuento decía:

Había una muchacha desobediente, curiosa y trasnochadora a la que le gustaba asomarse a la ventana de su casa después de las doce de la noche. Aunque su mamá siempre la regañaba y le recordaba que esas eran las horas en que los muertos andaban por las calles, ella siempre lo hacía.

Un día se le acercó un hombre muy bien vestido, muy correcto y con todos los dientes de oro, que traía una vela en la mano. Dirigiéndose a ella, le dijo:

—Usted podría guardarme esta vela un par de días.

—Sí, cómo no, con mucho gusto —contestó ella, cogiendo la vela, la que al desaparecer el hombre se convirtió en un fémur.

A los gritos de la muchacha toda la familia se levantó y al ver aquello formaron tremenda algarabía. No sabían qué hacer. Tampoco se atrevían a botarlo. Alguien recomendó buscar al otro día a un brujo.

Cuando el brujo llegó e hizo todas las cosas pertinentes al caso, recomendó que buscaran un niño para que lo tuvieran en la ventana y lo pellizcaran antes de entregar el hueso al hombre.

Como en la casa no había niños, comenzaron a pedirlo prestado a familiares y amigos, los cuales no querían

someter a su hijo a un posible peligro. Al fin apareció una parienta que por lástima accedió.

Cuando el hombre llegó a la ventana pidiendo su vela, se encontró a la muchacha con el niño cargado.

—Buenas noches, ¿me puede devolver mi vela?

—Sí, cómo no, aquí la tiene —pero antes de entregarle el hueso, pellizcó al niño, que dio un grito en el momento mismo en que la muchacha entregaba el hueso, que al instante se convirtió nuevamente en una vela.

Entonces el hombre le dijo:

—Mire, usted se ha salvado por el don del llanto de ese niño, pero usted no debe estar asomada a la ventana a estas horas, pues este es el tiempo en que nosotros estamos en la calle.

La muchacha nunca más se asomó a la ventana después de las doce de la noche.

Las negras viejas y yo teníamos mucha afinidad y empatía; cuando pasaban por mi lado me ponían la mano en la cabeza y me decían: “Tú son lucumisa”. Aquello era como una distinción. Me lo decían a mí nada más, pero solo después de mucho tiempo pude entender su significación.

Recuerdo que un día que estaba en casa del etnólogo Rogelio Martínez Furé, miré una máscara africana de las que él tiene y me pareció que era mi doble. Miré otras y comencé a encontrar parecido con otras personas negras conocidas. Ese fue el día en que me hice consciente plenamente de mi identidad racial. Sentí y disfruté un tremendo orgullo por mis antepasados, que ya sentía de antes, y no por gusto el ser negra ha marcado mucho mi poesía, pero en aquel momento ese orgullo se arraigó mucho más en mí. De aquella experiencia surgió mi poema “Primera vez ante el espejo”,²¹ que me gustaría que lo oyeras completo.

*¿Dice alguien que no es
mi rostro este que veo,
que no soy yo ante el espejo*

²¹ Incluido en el poemario inédito “Gatos y liebres o Libro de las conciliaciones”.

más limpio reconociéndome?
o... es que vuelvo a nacer.
Esta que miro
soy yo, mil años antes o más;
reclamo ese derecho.
Mi mano va
desde ese rostro al mío
que es uno solo y de las dos,
asciende, palpa
el mentón, purísimo y
la espaciosa boca. Sí,
con mucho espacio, así que un solo beso
de ella basta
para pedir la bendición al viento,
la tierra, el fuego y la llovizna.
Ahora tocan mis manos la nariz.
De un lado a otro va sobre ese rostro de las dos.
Esa nariz... mi dios; en la pradera
para mí sola, esa que llaman universo,
en la que ando a mi albedrío
atrapa olores.
Olor a fuego, a tempestad,
a tierra y agua juntos,
olor de amor, de vida inacabable
entra por ella; es
el total alimento de mi sangre.
Mi mano, al fin, a lo más alto
de ambos rostros llega:
los pómulos, la frente, baja
un poco nada más hasta los ojos
que yo miro y me ven.
Ojos tremendos
en los que apaga y aviva su fuego la tristeza.
Soy yo. Espejo o renacida.
Soy.

Con las negras viejas de la familia y el barrio aprendí a cocinar muchos platos de comida africana. Macoco era especialista en hacer dulces. Vivía al lado de mi casa. Era una negra prieta de mediana estatura. Siempre vestida de blanco. Con unos dientes blanquitos y parejitos. Decía que de tanta caña que comió para matarse el hambre, los dientes se le pusieron fuertes y blancos. Blanco también tenía el pelo, no muy largo, que se recogía en pequeño moño en la nuca.

Con Macoco aprendí a amar la cocina. Me enseñó a hacer amalá²² con plátano seco y rayado. Oye, ¡eso es riquísimo! Se hacía con harina de plátanos verdes cocinada con carne de puerco o con camarones.

Esos son recuerdos imborrables de las negras viejas de la familia y de lo que influyeron en mí, y con quienes tengo un compromiso muy grande, porque aunque están en mis poemas, ya es hora de sacar todas las historias que me contaron hace ya mucho tiempo, pues a partir de mi toma de conciencia con plenitud y gozo de mis raíces africanas, siento la necesidad de difundir todo lo que ellas me narraron.

²² Comida a base de harina de maíz y carne de carnero.

TANTEANDO LA CIUDAD

Mi entrada a La Habana en 1956 no fue alegre, ni llena de curiosidad como la primera vez. Estaba llena de tristeza, de expectativas, y de muchas expectativas! Era joven, veinte años nada más, que, en aquella época, y procedente de un pueblo del interior del país, no se puede comparar con una muchacha de esa edad hoy día, de cualquier lugar de Cuba.

Mi llegada a La Habana estuvo matizada por la preocupación de un futuro inseguro y de no querer tener problemas con nadie. Con esa incertidumbre me trasladé para la casa de una de mis tías que vivía en La Víbora, y donde me recibieron con mucho cariño.

No dije que me había ido de Jovellanos disgustada con mi papá, por eso a los cuatro días cuando llegó una carta de él, eso fue como una bomba. No la leí, como es lógico, pero me imaginaba lo que decía, y sobre todo estaba segura de que él había relacionado mi salida del pueblo con lo que le dijo la santera.

Fueron muchos días oyendo a mi tía tratando de convencerme de que debía regresar. A veces utilizaba el siguiente argumento: "Aquí en La Habana, una muchacha negra y joven, ¡no sabes lo que te espera!" Pero decidí quedarme, aunque tuviera que trabajar como criada. Mis referencias sobre ese empleo venían de las muchachas de Jovellanos que trabajaban aquí; además, mis tías habían sido domésticas y conocían bien ese mundo, me podían orientar. Lo que tendría que hacer era buscar dónde.

Esas tías mías eran hermanas de mi mamá. Una vivía en un solar en la Calle San Lázaro, en La Víbora, que era donde me pasaba todo el día. Como ahí vivían tres personas y era un lugar muy chiquito, no me podía quedar a dormir. El

barrio era muy familiar y tranquilo. Por el tipo de relaciones que mantenían las personas, era muy parecido a cualquier pueblo del interior. Mi otra tía, donde yo dormía, también vivía en un cuartico en otro solar. Era sola y trabajaba como doméstica en una casa donde se pasaba todo el día, por eso cuando me levantaba me tenía que ir para la otra casa, ya que ella no regresaba hasta por la noche.

En la cuadra de mi tía solamente había dos casas grandes, el resto era solares. Las casas las ocupaban blancos. Los solares, negros; como excepción había una familia blanca. Una española, muy fina y muy pobre. Una cosa que llamó mucho mi atención fue la cantidad de solares que había en la barriada de 10 de Octubre. Después me di cuenta de que La Habana estaba llena de ellos, donde vivían personas jóvenes sin destino, sin esperanzas, apenas sin futuro y, en su gran mayoría, negros y mulatos.

En La Víbora había dos solares famosos. Uno de ellos se llamaba ¡Hotel Nacional! Por su nombre te puedes imaginar cómo era aquello. Estaba en San Lázaro y Santa Catalina. Tenía tres plantas de madera, y cuando te enfrentabas a él, lo primero que te recibía eran los malos olores de las aguas albañales. Allí vivía una tremenda cantidad de personas y siempre había bulla y fajazones. Muchas terminaban en tragedias.

Más abajo se encontraba El Gurugú. Nombre al parecer africano. Era como una caverna. Había que entrar por un pasillo estrecho y bajito, para después salir al patio alrededor del cual se encontraban los cuartos. En ese lugar había mucho hacinamiento. Solamente entré en aquel solar una vez buscando a una persona. Ese día había un toque con cajones, muy fuerte e impresionante. No sé a quién tocaban, ni a qué religión pertenecía. Sí era un toque a algún oricha o a los muertos. No me pareció igual a los que había oído en mi pueblo. Me impresionó bastante, pero las personas se veían muy complacidas mientras bailaban y cantaban.

Independientemente del problema religioso, aquellas ceremonias eran también una de las formas que tenían de divertirse, además de los bailes populares, porque en eso también funcionaba la política de “divide y vencerás”. Esos negros y mulatos no podían ir, por ejemplo, al Club Atenas y al Unión Fraternal, aunque de diferente categoría, ambos reservados para los de igual color que habían podido acceder a estudios y a algunos puestos importantes, y quienes en su intento de acercamiento al blanco, también discriminaron a los pobres, a los analfabetos, hasta con el nombre de su sociedad.

La situación de aquellas personas que vivían en los solares no era más que el resultado de las históricas condiciones de vida degradante de negros, negras, mulatos y mulatas, que desde la etapa colonial se vieron sometidos a la explotación más despiadada y a la discriminación racial, mantenida por los diferentes Gobiernos de la República neocolonial, y que seguían siendo la mayoría de los desempleados, de los que ganaban un salario de miseria y de los residentes en lugares como el Hotel Nacional y El Gurugú.

Actualmente los solares donde vivían mis tías han cambiado considerablemente. Algunas de aquellas personas se incorporaron a las Microbrigadas y se ganaron su casa a fuerza de trabajo. Otras se fueron del país. Las que allí quedaron se ampliaron hacia los cuartos que fueron quedando vacíos, los remodelaron, les hicieron barbacoas, y hoy tienen un apartamento, aunque no muy grande, pero confortable.

La tía con quien vivía tenía una sola hija, con la que me llevé siempre muy bien. Desde el primer momento hicimos magníficas relaciones. Ella se brindó para ayudarme a conocer La Habana y nunca reparó en que me vistiera y calzara con su ropa y zapatos hasta que yo comenzara a trabajar y pudiera adquirir lo que me hiciera falta. En eso influyó mucho, además del amor familiar, mi comportamiento tranquilo y educado.

En una de las dos casas que había en la cuadra vivía una señora blanca que, al divorciarse, su única hija se había ido con el padre. Carmelina, que así se llamaba, trabajaba en Bellas Artes. Persona muy arriba, socialmente muy comunicativa y en la que nunca vi un solo gesto discriminatorio hacia otra persona. Ella conversaba mucho conmigo y en una de aquellas conversaciones se enteró que yo no estaba bautizada por la iglesia católica. Se brindó para ser mi madrina y bautizarme, y acepté, no porque me interesara recibir uno de los sacramentos de esa religión, sino porque me daba pena con ella, que era tan cariñosa conmigo y que, a su vez, estaba tan necesitada de afecto.

En aquella época se usaba que las personas que tenían trabajos fijos en tiendas de ropa, fábricas y otros lugares, aunque no ganaban mucho dinero, pagaban para que les hicieran las cosas elementales de la casa, como lavar y cocinar. Las que ganaban un poco más, pagaban también por la limpieza.

Tía conocía a una señora que necesitaba una empleada, ella no trabajaba en la calle, pero tenía una casa grandísima y alquilaba habitaciones, era como una casa de huéspedes. También tenía un negocio de comida a domicilio. Después de dejarme pasar unos días de descanso y distracción, me llevó a aquella casa. La dueña se llamaba Irene. Tenía una sola hija, que se encontraba estudiando. Me pagaba veinte pesos mensuales por limpiar dos veces a la semana, lavar un día y planchar otro. También tenía que cocinar diariamente, tarea en la que ella ayudaba. Me daba derecho al desayuno y al almuerzo y muchas veces, de lo que quedaba, me dejaba llevar algo para la casa.

Cuando comencé a trabajar me sentí rica. ¡Imagínate, veinte pesos para mí sola! Para hacer lo que yo quisiera, porque no tenía que mandar nada para Jovellanos, ni tampoco dar nada a las tías con quienes vivía. Al final del primer mes, cuando vi todo, sí, todo, porque nunca había visto

en mis manos más de los cuatro pesos con que vine para La Habana, ¡cómo no me iba a sentir como si fuera rica!

Al terminar sus estudios, la hija de Irene se casó y comenzó a trabajar en la tienda de ropa Los Precios Fijos. Irene dejó el negocio de las cantinas y el trabajo se redujo bastante. Allí tuve otra ventaja: Cuando hacían liquidación donde trabajaba la hija de Irene, ella se compraba mucha ropa, entonces me regalaba la que ya no usaba. Eso me permitía dedicar mucho de mi sueldo para otra cosa y para hacer mis ahorros.

Al poco tiempo de estar en La Habana ya tenía algunas amigas, entre ellas unas muchachas que vivían en el solar, en un cuarto frente al de mi tía. Trabajaban medio día como domésticas y por la noche estudiaban. Me hablaron de la escuela a la que iban. Me entusiasmé y al poco tiempo de estar trabajando matriculé Secretariado. Era una escuela pública, nocturna, para ambos sexos. Impartían Mecanografía, Taquigrafía, Español, Redacción e Inglés. El curso era de tres años.

La Taquigrafía no me dio mucho trabajo en los primeros momentos. Recuerdo un ejercicio que hacíamos para coger soltura en el dictado que decía: “Abdalá, jefe árabe, llegó de la India en un barco de guerra”. Pasada la lección doce comenzaron mis problemas, me daba mucho trabajo. Innegablemente no iba a ser una buena taquígrafa.

En aquella escuela había alumnos y alumnas de todos los colores. Más y menos jóvenes, pero mucho más hembras que varones, la mayoría trabajadoras domésticas. Me gustaba sentarme delante. Cuando miraba para atrás, veía muchas máquinas de escribir vacías, lo que indicaba que no todo el o la que quería estudiar podía, debido al sistema imperante en el país, y quien lo hacía era sobre la base de tremendos sacrificios.

La profesora siempre me decía que no sabía qué hacía yo allí, que debía estar estudiando Periodismo. Pero no me resultó fácil. Intenté matricular en un preuniversitario

nocturno, pero con el certificado de la Escuela Primaria Superior no pude. Nunca supe que era provisional, porque cuando se terminó aquel curso en Jovellanos, la Superintendencia de Educación en Matanzas no firmó a tiempo los certificados y el que nos dieron no era válido en otra provincia.

De todas maneras, de haberlo sabido a tiempo, tampoco hubiese podido matricularlo en mi pueblo, pues había que pagar matrícula, comprar uniformes y libros. En mi casa, con el sacrificio que se hacía para que María Remigia estudiara Magisterio, era suficiente. Mi papá nunca hubiese podido tener dos hijas estudiando a la vez. Ese era un lujo que las familias pobres no se podían dar en aquella época, y mucho menos si eran de negros y negras.

Antes de matricular en la escuela, mi distracción favorita era ir al cine. Cuando llegaba del trabajo, descansaba un poco y me iba con mi prima Cary. Mi tía nos dejaba ir con la condición de salir y regresar juntas. Pero a Cary le gustaban mucho las películas norteamericanas. Esas casi siempre las ponían en el Cine San Francisco. A mí, quizás por mi tendencia a escribir, me gustaban los dramas argentinos, mejicanos, españoles, y esos eran casi fijos en el Victoria. Para resolver el problema, cuando se daba el caso, nos poníamos de acuerdo, cada una se iba por su lado y después nos esperábamos en un punto para regresar juntas. Eran formas muy sutiles de burlar la autoridad de los mayores, salirnos con la nuestra y no discutir con ellos.

Cary me daba pena. Quería estudiar piano, pero mi tío decía que eso era perder el tiempo; además, había que hacer un sacrificio, casi imposible, para comprar un piano. Por eso no estudió nada hasta después del triunfo de la Revolución. Nunca pudo convencer a su papá con nada de lo que le gustaba. Era muy machista y como todos los padres su voluntad era la que se imponía en la casa.

Durante todo aquel tiempo seguí escribiendo poemas. La hija de Irene me prestó una máquina de escribir para

que me la llevara a la casa. Eso fue como una bendición. En ese tiempo me salió una hernia y me fui a operar a Jovellanos para complacer a mi hermano y a mi papá, a quien ya se le había pasado la rabieta conmigo.

Cuando volví a La Habana, ya Irene tenía otra muchacha. Conseguí un nuevo empleo en el que solo duré una semana. Tenía que cocinar y limpiar. Me pagaban veinticinco pesos mensuales. La limpieza era diaria y tenía que rodar unos muebles extremadamente pesados para mí, que en aquella época pesaba solo noventa libras. Me fui de allí.

Logré otro trabajo en una casa del Reparto Aldabó. Pagaban treinta y cinco pesos mensuales. Tenía que cocinar y limpiar, pero había que dormir allí. En esa casa también trabajaba una muchacha de Camagüey. Se llamaba Esperanza y tenía que enviar dinero para la manutención de su mamá y su papá. Compartíamos un cuarto en la parte trasera de la casa. Era bonito y tenía un baño para las dos.

En la alacena de aquella casa había mucha comida, pero la señora sacaba diariamente solo lo que se iba a cocinar. A Esperanza y a mí nos daba poquita comida y una lata de leche condensada cada dos días para las dos. Como yo era la que cocinaba, separaba la leche del niño, me tomaba un vaso, le daba otro a Esperanza y los reponía con agua. También hacía natillas y helados para ella y para mí. Como lo hacía a escondidas, Esperanza se moría de miedo. Era lógico, su situación no era la mía. No podía darse el lujo de perder el empleo con el que, además de mantenerse, resolvía el problema de su familia.

El lugar no me gustó y decidí irme. Esperanza se mostró muy preocupada con mi decisión, porque en la casa de enfrente una criada se había ido sin que la señora quisiera, y en venganza la acusó de robo y la pobre muchacha se buscó tremendo problema. Entonces fingí estar enferma y como la señora no iba a mantener a una sirvienta enferma, me liquidaron y me fui. Como estábamos a algo más de mediados de diciembre, con mis treinta y dos pesos decidí

pasar las Navidades en Jovellanos. Las relaciones sirvientas-señoras no fueron nada fáciles.

Una buena cantidad de las mujeres que trabajaban como domésticas en La Habana no eran de esta ciudad. La mayoría tenía que dormir en las casas donde estaban colocadas. Muchas señoras se aprovechaban de esa situación para explotar y abusar de sus sirvientas. Estas respondían de alguna forma, creando una relación entre ellas de “tú me haces y yo te hago”, aunque sería injusto ser absoluta y no reconocer que hubo señoras que trataron bien a sus sirvientas y algunas, las menos, mantuvieron con ellas una relación casi familiar.

Conocí a una doméstica que se llamaba Petra. Me reía mucho con sus cuentos. Ella decía: “A mí me tienen que recomendar y a las señoras, ¿quién nos las recomienda?” En una ocasión me hizo esta historia:

El primer día que fui a trabajar a una casa en La Víbora, le digo a la señora: :

—Bueno, dígame qué se va a cocinar hoy.

A lo que me respondió:

—Le fríes un bistec al caballero, a mí me fríes un huevo, arroz y ensaladita.

No pregunté cuál era mi comida, porque parece que yo no entraba en ese juego. Cociné el arroz, hice la ensaladita, freí el bistec y el huevo, me serví todo aquello, me lo comí, y coloqué las vasijas en el fregadero. Dejé la llave con una vecina y me fui.

Mi tía también me contó muchas historias que le pasaban donde trabajaba. En esa casa racionaban mucho la comida. Recuerdo una ocasión en que tuvo que ausentarse un día del trabajo y me pidió que fuera a cocinar por ella. Hice, por orden de la señora, un arroz con camarones, ensalada y plátanos maduros fritos. La señora repartió la comida y me dejó un poquitico.

Algunas muchachas que tenían que dormir en las colocaciones me contaron que el abuso en algunos casos llegaba a extremos. Una me dijo que la señora en muchas ocasiones la llamaba, a media noche, para que le llevara un té o un poco de leche caliente. Como dormían en la misma casa tenían que estar dispuestas para cumplir con su trabajo a cualquier hora.

Casi finalizando el año 1958, ya había terminado mis estudios de Secretariado, razón por la que comencé a solicitar trabajo a través de los anuncios clasificados de los periódicos: "Muchacha negra, mecanógrafa, con conocimientos de taquigrafía, se ofrece para atender un teléfono o para atender una oficina". Parece que lo de "muchacha negra" desempeñó su papel, porque jamás me contestaron. Ese era otro de los reflejos de cómo operaba la discriminación racial en aquellos tiempos.

A pesar de que utilizaba la vía del periódico para solicitar trabajo, mi tía, muy preocupada por mí, siempre me estaba alertando: "Ve a ver, que los hombres siempre tratan de aprovecharse de las muchachas jóvenes". Efectivamente, no faltó alguno que me hiciera proposiciones deshonestas.

Mi último trabajo como doméstica lo realicé en 1960, hacía un año que había triunfado la Revolución. Era la casa de mayores recursos económicos en la que había trabajado. Aquella familia tenía negocios, no de grandes vuelos, pero sí le permitían una buena y estable economía. En la medida en que el Gobierno revolucionario adoptaba medidas a favor de la población y en contra de los poderosos, de los explotadores, aquella mujer se atormentaba más y se ponía muy frenética. Cuando me di cuenta de que eran abiertos contrarrevolucionarios, me fui, aunque aquello significara que me quedaba sin ganarme el sustento de cada día.

Aunque mi trabajo cotidiano nada tenía que ver con la poesía, seguía escribiendo. A poco de llegar a La Habana, fui al periódico *Excelsior*, donde me habían publicado los poemas que mandé desde Jovellanos. La jefa de redacción

se llamaba María del Carmen. Fui a verla y me presenté. Le dije que ya vivía en La Habana y le entregué nuevos poemas. A los pocos días empezaron a salir publicados. No me pagaban nada por ellos, pero a la vez que me daban a conocer, me posibilitaban hacer contactos con otro tipo de personas.

Había un semanario que publicaba décimas de calidad, para el que escribía un compañero de apellido Riverón, quien se hizo muy amigo mío. A través de él conocí a otros escritores. Ellos trataban de ayudarme a conseguir un trabajo diferente al de doméstica. En 1960 Riverón me presentó a unos compañeros de Camagüey que escribían para la *Página Dos de Prensa Libre*. Leyeron mis poemas y les encantaron. Comenzaron a publicarme y me aceptaron como colaboradora. Viajé con ellos por otras ciudades y provincias. Me llevaban a eventos culturales y a fiestas. Conocí a otras muchas personas. Ese cambio le hizo dar a mi vida un giro de ciento ochenta grados.

También conocí a los que trabajaban en el suplemento *Lunes de Revolución*, aunque nunca tuve contactos frecuentes con ellos, porque eran una especie de élite, no se reunían con todo el mundo, constituían un coto bien cerrado, pero indiscutiblemente tenían más posibilidades y eran más fuertes que los escritores de *Página Dos*.

Joaquín González Santana me presentó a un dramaturgo argentino, Samuel Fedman, quien quiso formar un alboroto al conocer que una negra cubana que tenía esa cantidad de poemas escritos, que no se parecían a los que la gente llevaba por primera vez a ese lugar, todavía trabajara como doméstica. Trató de abrirme camino y me dijo que me iba a llevar a conocer a un importantísimo escritor, ensayista, profesor universitario. El día señalado, cuando llegamos a la Universidad, aquella persona, cuyo nombre no quiero mencionar, se encontraba en lo alto de la escalinata junto a su esposa, y cuando Samy, que así apodaban a Samuel, me presentó, me miraron de arriba abajo, con una

clase de cara, y me dije: “¿Qué se habrán creído el par de comemierdas estos, tan comunistas que se hacen?” Fredman se fue muy indignado, pues pensó que ellos, por lo menos, me recibirían de otro modo. Pero no, yo era y soy muy orgullosa y aquello no funcionó conmigo. De ahí me llevó a conocer a la gente de la Editorial El Puente.²³

Los que trabajaban en esa Editorial se interesaron en mí. Me enseñaron muchas cosas. Me decían que mi poesía era muy buena, pero que había que trabajarla, porque la poesía no era solo inspiración. Ana María Simo, una de las que trabaja en El Puente, me llevó a su casa. Su abuelita se portó muy bien conmigo. Me ayudaron mucho. Me dijeron: “Te vamos a publicar un libro”, y así salió mi primer libro, *GH*. Mientras otros y otras pagaban para que les publicaran, mi libro salió así. Ni siquiera lo titulé, pues solo faltaba la cubierta y yo no me decidía, y entonces me dijeron: “Le vamos a poner las iniciales de tu nombre, porque no podemos esperar más”.

Ana María, José Mario y Reinaldo Felipe eran los que trabajaban en El Puente. Jóvenes que estudiaban la carrera de Letras en la Universidad. Ella escribía cuentos. Grandes escritores de hoy, Miguel Barnet, Nancy Morejón, Rogelio Martínez Furé, publicaron en aquella Editorial.

El año pasado José Mario murió en España. Aquí se le hizo un homenaje de recordación. Todas las personas que publicamos en El Puente estuvimos de acuerdo con que se le hiciera. Sobre ese homenaje Lina de Feria escribió un artículo precioso que fue publicado en *La Gaceta de Cuba*.

Volviendo atrás, cuando en 1961 se me cierra la posibilidad de seguir colaborando con los compañeros de Página Dos, uno de ellos, Joaquín González Santana entra en la radio. Fue cuando la intervención. Él era amigo del que entonces pusieron de director, Ramiro Puertas, ya falleci-

²³ Proyecto editorial conformado por autores jóvenes. Entre 1961 y 1965 publicaron algo más de cuarenta títulos.

do. En aquel entonces militante del Partido, persona que se buscó muchos problemas con aquello de la microfracción. Era la época en que se hablaba de Cuba en todas las emisoras de radio del mundo, y Joaquín González Santana consiguió que me ubicaran en el Puesto de Observación Internacional. Era un trabajo muy raro, tenía que oír todo lo que se decía sobre Cuba en las emisoras extranjeras, tomar notas, redactarlo y llevarlo a las oficinas de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Se trabajaba las veinticuatro horas del día, en equipos que se relevaban cada ocho. Las noticias no las evaluábamos nosotros, las redactábamos y las mandábamos para las ORI; solo teníamos una idea cabal de su importancia, eso lo percibíamos cuando se nos orientaba insistir en el seguimiento de alguna noticia.

Sin pena al decirlo, yo era la que mejor redactaba, la que mejor informaba, cogía las noticias al vuelo, en taquígrafía. En ese trabajo me sirvieron de mucho los estudios de Secretariado que había realizado mientras trabajaba como doméstica. No me resultó molesto ese trabajo, a mí me gustaba la radio, yo había crecido oyendo radio. Estuve ocupando ese puesto hasta el año 1963, en que comencé a trabajar en el edificio central de la Radiodifusión. Allí no tenía trabajo fijo. Fungía como secretaria, recomendada por mi redacción. Trabajé con el director, y con uno de los jefes de departamentos. La radio en aquel entonces era muy elitista.

Ramiro Puertas siempre se manifestó encantado con mi trabajo; me propuso trabajar para las ORI, pero no quise porque aquello implicaba mucha responsabilidad. Entonces me dijo que el único trabajo fijo que había era una plaza de copista en Radio Progreso. Me lo dijo como si aquello fuera lo peor, pero para mí era entrar a un mundo mágico, a un mundo de misterio, a un mundo donde siempre estaría en comunicación con alguien, a un mundo donde se podía crear, y ¡yo había nacido para crear!

LA RADIO ES MI VIDA

“Sonido para ver” es un lema de la radio cubana. Quiere significar que la radio conforma imágenes a través de la palabra. Esa era la idea que yo tenía como radioescucha, cuando ni siquiera me podía imaginar que algún día trabajaría en una emisora de radio. Y fue en Radio Progreso donde me ubicaron como copista, cuando dejé de trabajar en el Puesto de Observación Internacional. Algunas personas me han dicho que entré en la radio por la puerta estrecha, y creo que lo hice por donde debía, por el departamento de copias. Fue allí donde empezó para mí lo que me había parecido imposible.

Cuando me ubican en esa plaza, ni siquiera sabía lo que era una copista. Pero para mí era lo más importante del mundo, pues representaba tener un trabajo fijo. Mi llegada fue inolvidable: 7 de mayo de 1963. Me parecía imposible estar en aquel lugar, que hasta el momento había sido par mí como un mundo mágico.

Pero era una realidad, era una copista de Radio Progreso. Mi trabajo consistía en copiar en papel *ditto* los libretos que escritores y escritoras entregaban a ese departamento. Eso me permitió, además de conocer cómo se hacía un libreto radial, enterarme, antes que muchas personas, de la trama de los dramatizados que se radiaban por la emisora. Inconveniente de ser copista: la tinta de aquellos papeles te manchaba hasta el alma.

También pude conocer todo lo relacionado con los efectos y sonidos. Nunca me hubiese imaginado todo lo que había que hacer para que verdaderamente funcionara aquello de “Sonido para ver”. Imagínate si estaban faltos de recursos que, por ejemplo, con un poco de arena y un cas-

carón de coco hacían el efecto de cabalgar un caballo. Aquellos compañeros hacían maravillas con nada.

El sonidista, por su parte, era un artista. Debía definir qué música poner en una transición o de fondo, qué voz en *fade off*, o sea, cuando se cruzaban dos voces, yendo o viniendo, por requerimiento del libreto. En fin, debía conocer bastante de música. Innegablemente, la radio es un mundo fascinante.

1963 fue un año muy difícil para la emisora. Fue una etapa de mucha efervescencia revolucionaria a favor y en contra de la Revolución. Hubo conflictos muy serios, sobre todo con las personas que se querían ir del país, entre las cuales se contaban actores, actrices, dirigentes administrativos que, aunque muchos amaban la radio por esa magia que tiene, no estaban a favor de la Revolución. No te voy a negar que fue desgarrante, de parte y parte, cuando llegaban a entregar el trabajo porque habían presentado la salida del país, lo que de hecho, en aquellos momentos, los convertía en nuestros enemigos.

Se dieron casos como el de Inés Rodena, escritora que tenía una novela en el aire, en uno de los espacios de más audiencia, y que no sé cómo se las arregló para preparar su salida sin que nadie se enterara. Una mañana, cuando estábamos esperando su libreto que tenía que grabarse, lo que llegó fue la noticia de que se había ido el día anterior. Lo que se formó fue una locura. El productor —especie de asesor—, que se sabía la trama de la novela, tuvo que asumir la responsabilidad de escribir los libretos que faltaban para terminarla.

Otro caso fue el de Fernando Vian, actor vinculado al engranaje administrativo de la emisora, muy querido y respetado. De pronto se supo que no estaba de acuerdo con la Revolución. Como nunca lo expresó abierta y públicamente, se le trasladó de puesto de trabajo y, para no afectarle el salario, se le asignó escribir para un pequeño programa humorístico. Vian no era ni escritor ni cómico. Un día

llegó al departamento, nos besó a todas y sin hablar se retiró. Había presentado sus papeles para la salida del país. A partir de ahí fue como si se hubiese muerto. Nunca más supe de él.

Durante el denominado proceso de depuración, muchas personas fueron despedidas. Tal fue el caso de la actriz Carmelina Banderas y su esposo; el actor Pepe Noval. Los problemas no fueron solamente con trabajadores, los hubo, y serios, con algunos dirigentes. La actividad revolucionaria era muy fuerte, pero no podemos negar que el extremismo también hizo sus estragos.

En aquellos primeros años de la Revolución, no solo en Radio Progreso, sino en toda la Radiodifusión, la discriminación racial existía, pero muy solapada. No se podía escribir ningún tipo de dramatizado, novela, teatro o cuento en los que sus protagonistas fueran personas negras, porque no te lo aprobaban, alegando: "Este no es el momento".

Hay ejemplos que retratan el racismo, era como "miedo al negro". Mira, una vez, para el programa Grandes Momentos de la Historia, hice un libreto sobre la vida de un importante escritor caribeño, Aimé Césaire. El caso es que yo, la escritora, era negra. Moraima, la asesora, era negra. Erick Romay, el director, negro, y Pastor Felipe, con esa voz preciosa y potente haciendo de Césaire, negro también. ¡Lo que se armó no tuvo nombre! Nos citaron a una reunión urgente, un domingo por la tarde. Antonio Recillez, que era entonces el director de la emisora, dirigió aquella bufonada; el pobre, a él le tocó poner la cara para enfrentar aquello que quedó en la nada, en pedimos disculpas y no recuerdo qué más. Parece que se nos acusaba de estar conspirando o algo así, porque un grupo de negros y negras no puede reunirse para hacer arte y exaltar una figura negra, pero los blancos sí. Todavía quisiera saber a quién se le ocurrió aquello y si todavía está en Cuba.

A mí me gustaba lo que hacía, a pesar de que hasta mi ropa interior estaba manchada de tinta de ditto. Aquella

fue la base de mi trabajo futuro, pues aunque muchas personas me consideraban escritora porque tenía un libro publicado y varios cuentos escritos, yo sabía que ser escritora radial era otra cosa. De eso estaba segura, y más cuando oía a los que ya estaban consagrados hablar de dramaturgia, conflictos, trama, etcétera, sin saber a ciencia cierta a qué se estaban refiriendo. Por eso cuando comenzaron los cursos de escritores radiales no desaproveché la oportunidad y me inscribí.

Asignaturas como Historia del Arte, Elementos de Filosofía, Literatura Cubana y Latinoamericana iban aumentando mi formación, pero muy interesante resultó la convivencia con trabajadores y trabajadoras de las fábricas, con el fin de recoger información para poder escribir sobre sus vidas. A mí me tocó la Antillana de Acero.

Aquel resultó ser un mundo desconocido para mí. Hierros por doquier, cabillas encendidas que cuando en el proceso a que se sometían se trababan, salían de su lugar y parecía que venían para arriba de una. Reuniones muy fuertes, donde se hablaba sin ambages, porque los obreros no tenían pelos en la lengua. Conatos de huelgas porque al parecer los jefes de aquella fábrica no se habían enterado de que en Cuba había triunfado una Revolución, y hasta las fiestas que daban me resultaban distintas. En Antillana de Acero hubo romances y todo.

Con la experiencia allí vivida, más las entrevistas que hice, escribí *Yo no opino, expongo*. Trabajo que gustó mucho. Salí muy fortalecida en mi empeño de ser una escritora radial que investigaba, que luchaba y sufría junto con las personas que tenían una situación digna de ser dramatizada. Aquella fue como mi verdadera graduación. A partir de aquel momento comencé a escribir novelas para la radio. Pero como todo no era color de rosa, a la única persona graduada de aquel curso que el entonces director de Radio Progreso no ubicó como escritora fue a mí. Me dejó como copista.

La actitud de aquel hombre al ser ascendido a ese cargo me sorprendió. Había sido su secretaria durante un mes cuando fue jefe de un departamento en las oficinas centrales del organismo —cuando aquello Radiodifusión. Pero en Radio Progreso, Antonio Hernández, que así se llamaba, se convirtió en otra persona, prejuicioso, amargado, amante del halago, cosa que nunca practiqué, de ahí mis problemas con él.

Antonio había sido uno de los actores principales de los programas dramatizados de la antigua emisora CMQ y le gustaba, sin que viniera al caso, hablar mal de los Mestre y de los Crusellas,²⁴ actitud con la cual trataba de esconder otra realidad. En Radio Progreso reveló su verdadera personalidad.

Como no me ubicaron como escritora y yo quería escribir, pedí una licencia sin sueldo, pero salí embarazada. Tuve tan mal embarazo que ni escribir ni licencia ni nada. Mucha ausencia al trabajo y muchas necesidades económicas.

Después del parto y vencida la licencia de maternidad, que en aquellos tiempos era de cuarenta y cinco días antes y cuarenta y cinco después del alumbramiento, me ofrecieron una plaza de escritora en Radio Rebelde y para allá me fui. Solo duró seis meses, porque me reclamaron en mi puesto de trabajo en Radio Progreso. Quise renunciar, pero si lo hacía tenía que renunciar al organismo completo.

Mi niña se enfermaba a menudo y eso repercutía en mi economía. Tenía que encontrar una solución. Necesitaba un trabajo que me diera más libertad para cuidar a mi hija. Por lo tanto pedí formalmente la renuncia. Aunque no fue mi intención, aquello resultó favorable para mí, pues en vez de aceptármela, me mandaron a trabajar con Iris Dávila, que era la que atendía a quienes empezaban a escribir novelas.

²⁴ Goar Mestre construyó, a partir de 1942, el monopolio de la radiodifusión en Cuba, con el absoluto apoyo del capital norteamericano. Crusellas Hno. y Cia., dedicada a la fabricación de jabones y cosméticos, fue fundada en Cuba en 1863; estableció métodos independientes de producción radial a partir de 1930.

OÍDO E IMAGINACIÓN

Cuando era adolescente nunca imaginé que pudiera escribir una novela radial, pero eso no me impedía pensar que de ser la escritora la hubiese hecho diferente. Tal y como lo había pensado, los primeros capítulos de una novela que presenté a Iris Dávila nada tenían que ver con todas las que hasta entonces había oído. Ella los encontró muy buenos, muy bien hechos.

Sin embargo, aquella novela todavía no se ha radiado. Estaba basada en una historia que me contó una muchacha en una peluquería, a la que agregué elementos que investigué en el barrio donde ella vivía. Era una historia de personas negras.

En ese tiempo, y durante nueve o diez meses, se produjo la unión de todas las cadenas de radio de La Habana y había un solo departamento de copias y uno solo de dramatizados. Al frente estaba una compañera llamada Odilia. Ella me quería mucho. Decía que yo era muy talentosa. Pero cuando le presenté la novela me explicó que no se podía radiar porque era una novela de negros, que para aceptarla tenía que cambiar el color de los personajes. Argumentaba lo de siempre: "La cosa no estaba para eso". La novela está por ahí, lleva más de treinta años guardada. Quizás algún día me dé el gusto de oírla radiar.

Cuando comencé, las proposiciones de obras se hacían de un año para otro. Si eran aceptadas, se comenzaban a trabajar. Casi todas las que hice fueron aceptadas.

En ocasiones las propuestas eran hechas por los asesores y asesoras y en ese caso cada cual escogía lo que más le gustaba, le convenía o lo que menos trabajo le diera. Una vez, en ocasión de un aniversario cerrado del

Partido Comunista, la propuesta fue trabajar sobre el Partido de la Unión Soviética. Había un espacio para cada escritor/a. Pero también había que trabajar sobre la creación del Partido Revolucionario Cubano. Eran tiempos difíciles, muchos y muchas preferían no trabajar temas cubanos.

Al final, como nadie cogió el tema cubano, quedó para mí, pues no me gustaba intervenir en la lucha por los temas. Pero después de hecho el trabajo me alegré. Me impuso una investigación muy profunda, moverme en el tiempo anterior a la creación del Partido. Una vez más me pude percatar de la grandeza de la obra de José Martí, de su comprensión y, en muchas ocasiones, de su tolerancia. También me di cuenta del racismo que primaba en muchos de los grandes jefes de la Revolución, que no querían admitir que los negros alcanzaran altos grados militares. Saltó ante mí la invisibilidad de la inmensa mayoría de las mujeres que habían participado en la lucha y de las que nada, o muy poco, se había escrito.

Los libretos había que entregarlos a los asesores y asesoras, encargados de vigilar por el equilibrio entre las tramas y subtramas de la novela. En las mías siempre traté de que cada personaje tuviera su razón y en eso radicaba su fuerza: el malo porque lo era, y el bueno por lo mismo.

Cuando con audacia nos atrevíamos a poner en alguno de los personajes algo de humanidad, que se sabe que no consiste siempre en bondad, sino en dudas, altas y bajas, se producían problemas. Protestamos, y en una reunión muy seria que tuvimos con el director de la emisora, nos planteó entre amargo y desgarrado: "Se ve muy bien que no es a ustedes a quienes llaman cuando algo se les va de la mano. Si el médico no es perfecto, suena el teléfono desde el Ministerio de Salud Pública. Si es un maestro o maestra, es del Ministerio de Educación, y si la mujer, ya sea protagonista o un personaje secundario, no hace o dice lo que debe, ahí está la Federación". ¿Te das cuenta? Pues

esa actitud conventual era lo que, en ocasiones, se le pedía a los trabajadores y trabajadoras.

En la emisora había una compañera que, a veces, transgredía los cánones establecidos de lo que se tenía por moral, y un militante del Partido se enamoró de ella y se casaron. Todo iba de lo mejor, hasta un día, porque se decía que ella sostenía relaciones amorosas con otro. Le hicieron un juicio como si fuera una criminal de guerra, la trasladaron de lugar, y él tuvo que divorciarse. Pero pasado un tiempo, cuando la sanción fue cumplida, la protagonista, que era de armas tomar, acudió al Consejo de Trabajo reclamando. No quedó más remedio que fallar a su favor. Volvió a su empleo. Como él seguía allí, se vieron, y el amor se fue por encima de todo lo que estaba establecido cuando era la mujer la que “ofendía”. ¿Sabes lo que pasó? Aquello fue histórico, él entregó el carné del Partido.

También teníamos una compañera muy revolucionaria que tuvo relaciones con un músico que decidió irse del país. Y bueno, nada, él se fue y ella se quedó cumpliendo todas las tareas, que en aquel tiempo eran muy intensas, y las cumplía tan bien que un día se le ocurrió pedir su entrada en el Partido. Eso se hacía en asambleas donde salían a relucir méritos y deméritos. Oye, le pusieron a la muchachita de la Juventud para su caso, y ¡la hicieron talco! Lo que se alegaba en su contra eran las relaciones que había mantenido con aquel hombre. ¡Lo que le costó a aquella mujer reponerse de tanta humillación! Pero lo más notable es que al cabo de muchos años, muchísimos, la propusieron para ingresar en las filas del Partido.

Entonces yo era joven, trabajaba bien y tenía el mismo amor al proyecto revolucionario que le tengo ahora. Todos se daban cuenta y un día un compañero militante, muy serio, me dijo: “Mira, Georgina, ya es hora de que empecemos a trabajar contigo para que seas militante del Partido”. Con todo el honor que eso significaba, pero me acordé de algunas cosas, y sin proponérmelo, ¡te juro que no

me lo propuse! No acepté y perdí el beneficio de la Ley 270. ¿Te acuerdas de aquella Ley, en la que buenos trabajadores, si no tenían problemas, se retiraban con el sueldo intacto? Era como el primer mérito y lo perdí.

De la Ley 270 tengo otra historia, que no tiene nada que ver con la radio. Mi papá había comenzado en el ingenio como peón de albañil y fue ascendiendo, hasta que después del triunfo de la Revolución lo hicieron jefe de ese departamento. Un día me dijo: "Me voy a retirar". No lo entendía, porque era muy buen trabajador, estaba sano y fuerte y era una personalidad en el ingenio. Entonces me dijo: "Va y un día me rebajan el sueldo y me retiro con poco, porque esto de la Ley 270 no hay economía que lo resista". Quedé callada preguntándome qué sabía mi papá de economía si nada más había llegado hasta tercer grado, pero algo sabía más que yo, porque al poco tiempo la 270 dejó de funcionar.

Quizás me he apartado un poco de lo que venía hablando, pero es que esos ejemplos que te he puesto son parte de la realidad, de la que queríamos mostrar en nuestros libretos, porque una vez que actores y actrices los conocían, las discusiones que sostenían con los directores eran riquísimas. Constituían como un taller sobre el libreto. Eso se mantiene en la actualidad con mucho nivel de profesionalismo. Profesionalismo que también se demuestra en las grabaciones.

Dos ejemplos solamente te quiero poner de eso último. Uno es el de Aurora Pita, actriz que, aunque el libreto no se le hubiera entregado con tiempo suficiente, cuando le tocaba su turno parecía que llevaba mucho tiempo estudiándolo. Otro es Ignacio Valdés Sigler, actor muy machista, tanto que cuando hice *Hacia la flor más alta*, novela sobre una tabaquera que fue lideresa y que en la obra se le iba por encima al protagonista varón, papel que ese actor debía interpretar, muchos pensaron que él no lo aceptaría. Pero no fue así. Lo hizo de una manera excepcional; inclu-

so cuando no tenía participación en el libreto, iba al estudio, ¡tanto lo disfrutaba!

Los temas que más me han gustado trabajar son los relacionados con las mujeres. Dentro de los espacios históricos era maravilloso descubrirlas, hacerlas visibles, poner en evidencia lo que para otros y otras pasaba inadvertido, sacar, a través de los diálogos, todo el esplendor que llevaban dentro.

Después traté de que las mujeres negras se sintieran representadas en las novelas por algún personaje protagónico. Como eso no pudo ser, y había un programa histórico llamado Grandes Momentos de la Historia, ahí las ponía. A veces, leyendo sobre lo que iba a escribir para ese programa, llegaba la inspiración para un poema, así surgió “Canto de amor y respeto para doña Ana de Souza”, que tiene como tema algunos lugares de Angola y su gente. También escribí sobre Fermina Lucumí, la esclava dirigente de la primera sublevación organizada que hubo durante el período colonial, porque esas mujeres merecen ser enfocadas, reconocidas y recordadas.

Hice una novela sobre peloteros. La trama fue un poco compleja, pero me permitió trabajar personajes de negras con todo su derecho a vivir y a ser representadas.

En mis narraciones quise romper esquemas, dar una imagen de la mujer de los nuevos tiempos, y empecé a introducir lo que tenía en mi mente. Me ayudó mucho la opinión de las actrices que interpretaban mis personajes. Decían que cuando trabajaban conmigo tenían muchas cosas interesantes que expresar, cosas importantes para las mujeres radioescuchas.

En mis narraciones la gente sufre, ama, odia, trabaja, los personajes no son seres ideales, sino reflejan la realidad. Mira, en los primeros años después del triunfo de la Revolución, teníamos que representar a los buenos, buenos, buenos, y a los malos, malos, malos. Un revolucionario no podía tener defectos. ¿Qué pasó? La gente se empezó a

encariñar con los personajes malos, porque eran los que pensaban, los que no dormían por las noches, los que tomaban sus propias decisiones, tenían altas y bajas. En fin, hubo que rectificar y poner cada cosa en su justo lugar.

Actualmente en la radio hay cierta libertad en cuanto al problema racial, pero la mayoría de las veces no se enmarcan bien los personajes cuando no son blancos y no se puede definir bien su filiación racial. Hice una novela en la que uno de sus personajes era una mujer pobre pero muy educada, y por esa falta de descripción y los estereotipos discriminadores, los y las radioescuchas pensaron que era una blanca.

Para evitar eso, en mis novelas empecé a marcar con el pelo, para que los narradores pudieran jugar con algo, pues a ellos les encanta hablar del rubor de las mujeres, pero las negras no nos ruborizamos, por eso les daba la oportunidad de que por lo menos hablaran de sus rizados cabellos.

En cuanto a los prejuicios raciales tuve otra experiencia, cuando comenzó el movimiento de instructores de arte. El personaje central de la novela en que traté ese tema, basado en una historia real, era una pelirroja. Su pareja era un negro. La familia de ella no lo acepta. Él se la lleva para su casa, pero su familia tampoco la acepta a ella, también por prejuicios. A pesar de que la novela era un reflejo de la realidad, muchas personas llamaron a Radio Progreso planteando: "Esa Georgina Herrera debe de ser una negra igual que Maité Vera, siempre están buscando parejas entre blancas y negros".

Poco a poco el problema de género va entrando en la radio. Años atrás en una de mis novelas la pareja no debía tener más hijos o hijas, y ella le plantea al marido que se haga una vasectomía, y ahí comienza el conflicto. En la emisora algunos compañeros y compañeras consideraron que exageraba y plantearon, como decimos popularmente, "que había apretado". Pero no puedo negar que hay hombres que escriben con bastante equidad sobre el género. En ese rumbo se anda, aunque un poco lento.

APRESANDO HISTORIAS

Un compañero de trabajo, persona que sabe mucho de teatro, me dijo un día: “Georgina, ¿por qué no escribes teatro, si el teatro no es más que un cuento largo?” Pensé: “Este hombre me está embarcando porque sabe que entre el teatro y el cuento hay una dramaturgia muy diferente”. En el teatro todo el mundo debe tener sus razones y en cada momento están sucediendo cosas y cada cosa está sustentada por la necesidad de alguien, y además, hay una ley que es la acumulación de tensiones y en un momento determinado todo aquello explota.

Una de las razones por la que me instaba a escribir teatro era porque mis personajes no eran débiles: los malos y los más infelices, todos, tenían un motivo que defender. Por eso, un día, y sin saber mucho de esa dramaturgia, me senté a escribir obras de teatro.

Como siempre el tema fue el de la mujer. Nada más he escrito seis o siete piezas, pero mi incursión por ese género ha sido buena. Algunas de mis obras han trascendido el marco nacional. La primera la titulé: *Mucho cielo, mucho sol, muchas estrellas*, trama que se desarrolla a partir del conflicto que se le crea a una mujer muy independiente por su romance con un compañero de trabajo.

Escribí otra basada también en una historia real, titulada *Quién es el último*. Ha sido considerada muy fuerte para la radio. Trata sobre vejaciones y atropellos sufridos por dos mujeres en la cola de una guagua. En esa ocasión tuve que defender mucho mi criterio de que se debe escribir sobre la realidad que vivimos, con la verdad, porque esta supera cualquier cosa que te puedas imaginar.

El espacio radial para el teatro es de una hora de duración. A ese tiempo tienes que ajustar el desarrollo de la trama y de las subtramas. También te obliga a ajustar las transiciones, los efectos, el sonido, en fin, nada se debe diluir, todo tiene que estar bien amarrado hasta el final.

Un buen día me di cuenta de que necesitaba escribir obras más cortas, con otra estructura, con una elaboración distinta. Sabía que eso imponía una creatividad diferente, tremenda, laboriosa, pero a la vez muy sugestiva. Con esa convicción comencé a escribir cuentos para un espacio radial de treinta minutos de duración. Al comenzar no tuve una temática preferida, pero cuando mis cuentos comenzaron a gustar —yo tenía mis miedos de que no fueran entendidos—, cuando sentí que tenía los pies sobre la tierra en cuanto a ese género se refiere, me volqué, como siempre, a mi tema principal: la mujer. La mayoría de mis cuentos están basados en historias que me contaban en la calle.

Uno de ellos es *El gerente*. Adaptación de una historia que me contó una mujer mientras viajábamos en un camello. Versa sobre las incomprensiones de familiares y amigos de su esposo que no entendían que carecieran de tantas cosas materiales si él era el gerente comercial de una firma. Obra que hace una profunda reflexión sobre las características personales de algunas personas que existen, aunque parezcan improbables.

Otra de mis obras, *Una mujer extraordinaria*, se basa en la reacción de una mujer al ser engañada por el esposo, incomprensida por hijos e hijas, y tildada de loca por considerarse que su actitud violentaba la tranquilidad familiar.

Todos mis cuentos son sobre historias que me contaron, porque pienso que el mundo está lleno de ellas. Aprenderlas en media hora es algo lindo, es una hazaña, porque te tienes que ajustar al esquema radial para los personajes, las características, la trama principal y las subtramas.

Escribir cuentos es como adentrarse en un mundo tranquilo, que me gusta. A veces cuando estoy muy can-

sada, muy agobiada de otro trabajo, me siento y escribo un cuento.

Me encanta contar, sobre todo porque me crié oyendo contar cosas. Pero me parece que para contar cuentos infantiles no soy buena. Desde muy pequeña oía una historia que me place mucho contársela a niños y niñas, pero ese es otro arte. En la radio muchas veces tienes que diluir tu historia en función de un mensaje, independientemente del personaje, y no me gusta eso.

Hice un solo intento por incursionar en los cuentos infantiles para la radio. No funcionó, porque cuando lo entregué, no acepté hacer los arreglos que se me sugirieron. No era un cuento, sino una aventura. Se basaba en una historia que me hizo una amiga sobre unos gallos que les regaló su papá a ella y a su hermano cuando eran chicos. Los gallitos resultaron ser de pelea y el padre los regaló a un hombre medio loco que había en el pueblo. A partir de entonces ellos lo esperaban todos los días para preguntarle por los gallos, y él les contaba historias que vinculaba con lugares, con plantas medicinales. Ese serial lo titulé: *¿Qué hicieron ayer los gallos, señor gallero?*

Presenté diez capítulos, que fueron considerados fabulosos por su poesía, por la manera de reflejar el entorno cubano. Pero tenía que poner un hombre malo que había que castigar. Un hombre malo que engañaba a uno bueno. En mi historia no cabría un policía persiguiendo al hombre malo. De hecho la policía no entra en mi mundo. Como no quise hacer los arreglos señalados mi historia no se radió.

En fin, ser escritora radial entraña una tremenda responsabilidad y la oportunidad de contribuir, realmente, al mejoramiento del ser humano, ya que la radio es un medio privilegiado para el cambio social. La radio tiende a funcionar sobre la conciencia y la conducta. Por tanto, para trabajar para ella hay que hacerlo con todo el amor y el mayor conocimiento posible de los temas.

CAMINAR CON EL CORAZÓN

Llevo muchos años formando parte del Festival Nacional de la Radio. Para mí la convocatoria de este evento no es más que un llamado al análisis, a ser mejores, a conocernos más, admirarnos, reunirnos y respetarnos.

Ese ambiente comunicativo que se crea cuando nos encontramos en la marea del Festival para analizar la programación anual del Instituto Cubano de la Radio y la Televisión (ICRT) tiene una etapa de preparación previa, que no es más que un festival a escala municipal y provincial.

Cada emisora cuenta con una comisión de calidad que se reúne tres o cuatro veces al año para seleccionar las obras que el equipo de realización ya ha analizado dentro de lo dramático, lo musical y lo infantil. El trabajo más amplio está en los dramatizados, de los que se evalúa novela cubana (original y adaptada), novela histórica, cuento y teatro.

Las personas seleccionadas como jurado deben ser las más conocedoras de los mecanismos internos del medio, lo que les permite evaluar no solo la calidad de los libretos, sino los efectos a partir de los recursos con que cuenta cada emisora.

En los festivales es que se puede realmente evaluar el esfuerzo que realizan los trabajadores y trabajadoras de las emisoras de los pueblos pequeños, en las que los recursos son pocos, donde muchas veces los efectos se hacen con la boca, pero cuyo trabajo tiene tremenda calidad por el amor y la dedicación con que lo realizan.

Para los integrantes del jurado el Festival también nos sirve de aprendizaje, por cuanto nos enfrentamos a gran cantidad de materiales que solamente analizarlos nos lleva

días y días; en cada programa que oímos nos damos cuenta de cosas que, en ocasiones, hemos hecho mal. Ese proceso también sirve, muchas veces, para rectificar nuestro propio trabajo.

También hay que pasar momentos muy difíciles, pues no se pueden premiar todos los trabajos buenos que encontramos. Entonces hay que valorar quién lo hizo con la mayor calidad, pero con mayor sacrificio, esfuerzo y creatividad por la escasez de recursos. Porque la radio no es solo oídos, es también imaginación.

El Festival bien puede ser un ejemplo de cómo funciona la radio cubana, pues a pesar de ser un medio mucho más modesto que la televisión, su inmediatez y la manera que llega a las personas la hacen muy eficaz. La gente que entra a trabajar en la radio la llega a amar tanto que no se va de allí. Muchas veces se oye decir que la radio camina sola, pero eso es erróneo, nos quita méritos, ¡la radio camina con el corazón de los y las que en ella laboran!

RADIO PROGRESO

En los cuarenta y dos años que trabajé en Radio Progreso, del mismo modo que la emisora tuvo sus altas y sus bajas, buenos y malos dirigentes, magnífica, regular y mala programación, también contó con trabajadores y trabajadoras disciplinados e indisciplinados.

Por sobre todos y todas, está Liliam; la tengo en el corazón y la memoria. Era la más joven de las copistas y la más combativa. Nuestra lideresa, digo yo. Cada vez que entrábamos a discutir con el director, principalmente con Antonio, llevaba la voz cantante. Siempre decía que habíamos ganado la partida; pero era un triunfo moral, en la realidad, nada. Es uno de los mejores recuerdos con los que termina mi trabajo como copista.

Los escritores y escritoras teníamos un sueldo fijo. Nuestro contenido de trabajo fundamental era escribir los libretos para la programación de dramatizados. Si sobrecumplíamos con la entrega de los libretos, ganábamos un poco más. Pero si no, nos descontaban. Cada espacio dramatizado tenía varios escritores y escritoras, porque mientras unos escribían, los demás investigaban o grababan. Se podía poner novelas de un mismo autor o autora en dos espacios diferentes, o dos novelas seguidas de una misma persona.

Las relaciones asesores-escritores siempre se caracterizaron por una hermandad tremenda y una gran capacidad de entendimiento. Eso no quiere decir que no existiesen preferencias entre ellos a la hora de escoger con quién se prefiere trabajar. Del mismo modo, los directores tienen también la facultad de escoger la novela de un escritor o escritora determinado para el espacio que dirige. Aunque

de vez en cuando había que trabajar lo que tocara. Algunas discusiones más o menos fuertes demostraban que no todo era felicidad.

Creo haberte hablado de las funciones de los asesores. Los directores y directoras, por su parte, con una gran capacidad, son quienes dirigen la grabación. Deben conocer la obra al dedillo para poder desarrollar su trabajo con calidad.

Un papel importante también lo desempeñan los narradores. Su función es similar a la de las cámaras de la televisión. Antes tenían que narrar todo lo que contenía el libreto. Ahora los efectos asumen muchas de esas funciones. Lo que no se puede “ver” a través de efectos y sonido, lo asume el narrador. Hace poco se comenzó a introducir una modalidad en la que los narradores dialogan con los personajes. Muchas cosas tradicionales se están dejando atrás.

En la radio ninguna mujer ha trabajado como narradora. Aunque no hay nada que se lo impida legalmente, sí hay serios problemas de género en eso. Se alega, por ejemplo, que la voz de los hombres es la ideal. Ha habido una sola excepción y fue en el espacio de más audiencia de los dramatizados, en La Novela de las Dos, donde una mujer narró su propia historia. Era la protagonista. En la radio se han roto muchos esquemas, pero este no será fácil.

En relación con los temas, debido al poco tiempo de que se dispone, los que escriben, para evitar que les veten sus obras, prefieren no abordar lo que les pueda traer complicaciones. Pero muchos de los temas que a principios de la Revolución no se podían tratar, en estos momentos salen a la luz, como el de la sexualidad y el de la emigración. Sobre este último hace poco se adaptó una novela y tuvo mucho éxito. La temática para los dramatizados ha dependido de la problemática político-social del momento, y ella ha condicionado las novelas, teatros y cuentos que han salido al aire.

La radio es mi vida. Te aseguro que no quiero hacer más trabajo que ese, y además en la emisora de siempre, ¡Radio Progreso! Mira, una vez, en un colectivo, una compañera, justificando su amoroso afán por los libretos, dijo: "Para mí hacerlos es como parirlos como a hijos". Allí cada quien dijo lo suyo y yo permanecí callada. Cuando terminó la reunión y salimos, alguien me preguntó en qué consistía hacer un libreto, y la respuesta me salió del corazón: "Para mí es hacerlos, concebirlos como hijos, porque los disfruto a plenitud".

TE LO CUENTAN LAS ESTRELLAS

Una vez más te digo que soy afortunada, que no tengo que buscar espacios. ¿Que por qué te digo esto ahora? Mira, a pesar de mi pasión por la radio siempre me dije a mí misma que me gustaría hacer algo para los otros medios de difusión, y todo se me fue proporcionando. Primero tuve ofertas para la televisión, algunas muy tentadoras, como la de hacer un programa dedicado a la mujer y, por lo tanto, con una visión de género; así estuvo saliendo por la pantalla durante dos años y medio *Te lo Cuentan las Estrellas*.

Fue un programa ameno y divulgativo. Contaba con una sección principal para una mujer cubana que se destacara en algo, y además se nutría de otras secciones, como significado de nombres propios, planificación familiar, asuntos relacionados con mujeres de otras épocas que ya apuntaban como transgresoras, etcétera.

Después vino otro programa que me gustaba más y que era también con enfoque de género: *Nuestra Mirada*. Fue un programa lindo, una especie de documental, una mirada de mujer hacia todo lo relacionado con el mundo.

También asumí una de esas cosas que se hacen para sacar un sueldo, porque la vida se impone. Se trataba de una revista cultural variada: *Como cada Domingo*. A pesar de eso la hice con gusto y amor, y me exigía bastantes conocimientos sobre asuntos diferentes, además de tiempo para ir en busca de lo que yo no sabía porque no hay que saberlo todo ni existe alguien que lo sepa todo. Cada quien sabe un poco de algo y eso ayuda.

Después siempre han tratado de que haga algo dramatizado, una novela, y no me decido. Sin embargo, acepté ser la guionista para una película, junto a mi amiga y di-

rectora de cine Gloria Rolando. El tema me encantó, porque se trataba de sacar a la luz cómo había sido en realidad la mal llamada “guerrita de agosto” o “guerrita de los negros”, hecho vergonzoso ocurrido en 1912, y que no fue otra cosa que una carnicería en la que murieron miles y miles de personas negras que reclamaban sus derechos. Se le comenzó a llamar la “guerrita del silencio”, por el marcado interés en la época para que no se supiera la verdad de este hecho.

Ya nada más que me quedaba irrumpir en el teatro y ha sucedido. Recientemente se ha estrenado mi primera pieza. No pensé verla en escena, porque fue hecha para una recopilación de textos de ese género que saldrá publicada próximamente en Colombia. Pero mis amistades de la Asociación de Artes Escénicas que la leyeron se conmovieron con la historia que contaba, y las dos primeras noches de su presentación transcurrieron a teatro lleno.

Como siempre, aborda el histórico tema de personas que están ahí y al parecer nadie las ve. Se titula *Penúltimo sueño de Mariana*. En ella vinculo a esa mujer inigualada [Mariana Grajales] que tantos hijos dio a Cuba durante las guerras de 1868 y 1895, con Fermina Lucumí, esclava que tuvo una participación determinante en la primera gran rebelión de esclavos y esclavas en nuestro país.

PROBAR ALAS Y TRINO

En el Primer Encuentro de Poesía, celebrado en 1961, pude conocer a muchos escritores. Aquel evento lo organizó Rolando Escardó, un poeta camagüeyano que murió en un accidente, justamente en los momentos en que organizaba el evento. Un tiempo después, a través de aquellos escritores, recibí la invitación para participar en el Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba.

Sinceramente, no sabía con exactitud qué era un congreso y menos de la magnitud de aquel. Se llevó a cabo en el Hotel Habana Libre. ¡Imagínate cómo sería aquello para mí, que aún me encontraba en mi etapa de deslumbramiento! Allí conocí, entre otros, a Onelio Jorge Cardoso y a Félix Pita Rodríguez. Me los presentó Joaquín González Santana, junto a quien estuve todo el tiempo que duró el Congreso.

Onelio mostró mucho interés por conocer mi poesía, y se llenó de asombro al saber que yo era una trabajadora doméstica. Por eso prometió ayudarme a conseguir otro tipo de colocación. Así fue. Logró para mí una asignación en la revista *Cuba*, para que aprendiera a hacer periodismo. En aquella época muchos y muchas de los que trabajaban en esa profesión no eran graduados universitarios. No pude aceptar la oferta. No me pagaban salario. Yo necesitaba dinero para sufragar mis gastos.

Por ese tiempo comenzó a funcionar la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Le asignaron como sede la casa dejada por el banquero Juan Gelats y su familia. Allí comenzó un lindo y fuerte movimiento literario, plástico y musical. Los compañeros y compañeras de la Editorial El Puente, que tenían la responsabilidad de lo

que era o fue después, no recuerdo bien, la Asociación Hermanos Saíz, me habilitaron un lugar allí para que yo pudiera escribir.

Pienso detenidamente, con pasión y nostalgia, en todas las cosas que a partir de aquel momento tuvieron que ver conmigo, con mi condición de muchacha humilde, a la que la vida comenzaba a concederle espacios que nunca soñara. A la distancia de tanto tiempo, me veo a mí misma como un pajarillo probando sus alas y su trino.

Los primeros integrantes de la UNEAC fueron los delegados y delegadas al Primer Congreso. Por eso un día recibí una comunicación para que me presentara allí con dos fotos. Ingresé en la Sección de Literatura. En aquellos momentos solo hubo tres secciones: la de Literatura, la de Música y la de Artes Plásticas. Después se dividió en asociaciones y estas en secciones.

Cuando se creó la Asociación de Radio, Cine y Televisión, entro por vía directa. En ella estaban todos mis compañeros y compañeras de la radio. Al crearse la Sección de Radio me eligieron su presidenta. Eso fue cuando el Tercer Congreso de la UNEAC. Hace quince años que la presido. Eso me daba la posibilidad de participar en muchos eventos, conocer a más personas. En los momentos en que se llevó a cabo la elección de los que integrarían, por la Asociación de Radio, Cine y Televisión, el Consejo Nacional de la UNEAC, fui la que recibió más votos. También los obtuve por la otra sección a la que pertenecía, la de Escritores. Es así como entro a formar parte del Consejo Nacional, en el cual me he mantenido durante tres congresos consecutivos. Es en los congresos donde se elige por mayor votación a la directiva de cada asociación. Las personas que forman parte del Consejo Nacional se eligen en una votación diferente.

Los primeros congresos de la UNEAC no fueron muy abiertos. No era en asamblea donde los dirigentes elegían a sus delegados y delegadas, la membresía no tenía nada

que ver con eso. Se seleccionaba a los más representativos de la cultura cubana y, después, en una asamblea se presentaba a los delegados y delegadas al congreso.

Aquello trajo grandes discusiones, porque muchos no estuvieron de acuerdo. Fueron momentos muy difíciles. Tanto que cuando alguna persona levantaba la mano porque no estaba de acuerdo con algo, lo que le caía encima era tremendo. Por eso hubo quienes optaron por callarse para no verse comprometidos. Hasta que llegó el momento en que aquello no funcionó, había mucho disgusto. Cambiaron el método y se comenzó a llevar la elección de delegados y delegadas a la asamblea, y así fue como yo comencé a ser elegida.

Para ser sincera, te diré que no siempre salí convencida ni satisfecha tanto de los congresos, como de las reuniones del Consejo Nacional. No he sido la única disgustada. Cierto es que se discuten fuertemente cuestiones muy serias, pero se dilata mucho la solución de lo que se plantea; además, a pesar de que ya los enfrentamientos y discusiones son más profundos, aún, al final, a la salida, se oyen comentarios como: “¿Para qué seguir hablando?” o “Ya tenían el tamaño de bola”, etcétera.

En el congreso de finales de 1987 e inicios de 1988 se plantea por primera vez y de manera abierta el problema racial. Fue delante de Fidel Castro. Él se mostró muy asombrado de que esas cosas que se dijeron estuviesen pasando y pidió un informe exhaustivo.

Trabajé duro, no solo recogiendo información, sino en la redacción del informe final, junto a Diego Rodríguez Arché, director de televisión, ahora en España. Él me decía: “No nos vamos a exaltar más de la cuenta, vamos a hacer un trabajo muy justo”. ¡Óyeme! Hicimos un mamotreto como de dieciocho o veinte cuartillas. Pensamos que se iban a ver muchas personas complicadas en actos discriminatorios. Entregamos el informe el 9 de julio de 1988, fecha que no olvido, porque ese día murió una perso-

na muy querida para mí. Aún estamos esperando respuesta. Cinco años después volvimos a la carga. Se volvió a plantear el problema y se nos dijo que eso se iba a resolver. En la preparación del último congreso se empezaron a dar reuniones en todas partes. En la Fundación Fernando Ortiz, en la UNEAC, en el Centro de Prensa Internacional, donde quiera.

En ellas se planteaba de todo. En una de las reuniones un compañero dijo: “¿Ustedes saben cuál es el problema en este país? Que racistas somos todos, hasta los blanquitos que nos casamos con las negras y las mulatas y queremos mucho a los mulatitos”. Con ideas como esa fuimos al congreso. Ya te puedes imaginar lo que se formó allí.

Los planteamientos de Fidel fueron rotundos, y entonces Tito Junco, magnífico actor negro muy querido, ya fallecido, dijo que iba a repetir lo que había dicho su papá cuando se acabó la guerra: “¡Ahora sí triunfamos, carajo!” Aquello se vino abajo de tantos aplausos. Salimos convencidos y convencidas de que no había que hablar más de ese asunto, porque se iban a tomar todas las medidas que permitieran erradicar el problema de la discriminación.

En ese congreso se dijeron algunas cosas desgarradoras. Se hicieron anécdotas sobre el racismo como para coger miedo. Se comprobó la persistencia de los estereotipos raciales. Salió a la luz la existencia del agresivo arraigo del racismo en nuestro país, aunque la Revolución lo había borrado en el plano legal. Pero no pasó nada. El informe quedó guardado, nuevamente el problema racial siguió pendiente.

Otra experiencia vivida en la UNEAC fue cuando empecé a trabajar en la Comisión Organizadora del Festival Caracol, que convocaba y convoca la Asociación de Radio, Cine y Televisión. Por mi forma de trabajar y mis iniciativas quedé fija en esa Comisión. En los primeros diez años, fueron festivales muy lujosos, de mucha envergadura, con invitados de diversos países. Sesionaban en el Hotel Haba-

na Libre. Pasado ese tiempo, quedó como un concurso más que se celebra en la Sala Rubén Martínez Villena de la UNEAC.

También he incursionado por los concursos literarios. En dos direcciones: como concursante y como parte del jurado. En el primer caso, no he tenido suerte. La primera vez fue en el año 1970. Mandé un libro que titulé *Gentes y cosas*. Hubo muchos trabajos concursando. Le dieron el premio a un folletito del que nunca más se oyó hablar. En esa ocasión no recibí ni una mención. Ese trabajo mío fue publicado años más tarde.

En otra ocasión en que concursé, el premio quedó desierto. A mí me dieron una mención especial. También participé con los poemas que después conformaron mi libro *Granos de sol y luna*, en el concurso literario de la UNEAC de 1977, y me otorgaron una primera mención. Ya publicado, la crítica lo acogió con entusiasmo, pero hasta ahí. Sin embargo, comenzaron a llegar criterios del exterior que eran verdaderos premios. Por ejemplo, Antonio Turull, profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Bristol, en Inglaterra, se interesó por esos versos para incluirlos en sus clases. Aquí están sus palabras: "Algo dicho con mucha sencillez, que al mismo tiempo tuviera un mundo de cosas bajo las palabras".

La última vez que mandé un trabajo a concurso fue al José María Heredia de Santiago de Cuba. En esa ocasión el jurado pidió premio compartido con un poeta santiaguero. Pero al final se lo otorgaron a él, porque dijo que no aceptaba premio compartido, según me contó, después, uno de los miembros del jurado. Finalmente a mí me dieron una mención. Ese fue mi último intento. No quise que mi autoestima se lacerara y caer en una desesperanza absoluta.

Como integrante de jurados tengo muchas cosas que contar, pero creo que no vale la pena desgastarse, por eso te contaré solamente dos anécdotas. La primera vez que me seleccionaron como jurado fue para un concurso de

cuentos infantiles convocado por la UNEAC. Había un libro muy lindo que consideré debía estar entre los finalistas. Los otros miembros no estuvieron de acuerdo porque tenían discrepancias personales con el autor. Presenté batalla. Discutimos mucho. Al final gané la pelea. Porque siempre buscaban la unanimidad, y eso no existe. Lo sé por lo que me contaban después los miembros de los jurados, quienes ni por ética se callaban los acuerdos a que llegaban internamente.

En otra ocasión todo fue muy desagradable y negativo. Era un concurso de un pueblo de campo. Había un folleto increíblemente bueno, pero no aceptaban premiarlo por chismes que circulaban en torno a la autora. Me encaré con el resto del jurado. Discutimos y discutimos. Al final los convencí que una cosa no tenía que ver con la otra.

Con los jurados y quienes concursan sucede algo muy especial. Como es lógico, un jurado tiene que premiar o seleccionar el libro que cree mejor y el mejor debe ser el que sigue su línea, su estilo. Por eso, hay quienes no concursan cuando saben que determinado escritor o escritora preside un jurado. Eso está bien. Pero en otras ocasiones, cuando un libro no se lleva ni una mención, el autor o autora empieza a decir atrocidades y a inventar asuntos alrededor del concurso. Eso no está bien.

Los miembros del jurado tienen una responsabilidad muy grande y muy seria. Mira, en 1967 ó 1968, no estoy muy segura del año, en un concurso de la UNEAC ganó Heberto Padilla. Él formaba parte de la élite literaria y al triunfo de la Revolución regresó de Inglaterra, a donde se había exiliado. Ingresó en la UNEAC y pensó que seguiría en ese elitismo. Su libro premiado estaba en contra de todo; por ejemplo, la imagen que daba de los negros era como si fueran caballos pastando en los jardines de Miramar.

Era un libro muy bien escrito, pero francamente en contra de lo que estaba establecido como principios de la Revolución. Ese premio creó tremendo problema, pero las

decisiones de los jurados son inapelables. A partir de ahí salió a relucir una pequeña conspiración interna que había entre algunos escritores. Padilla fue encarcelado y se le hizo un juicio que fue famoso. En la sede de la UNEAC tuvo que retractarse de todo lo que pensaba, lo que decía y lo que escribía.

Muchas personas no se manifestaron de acuerdo con aquel acto, pero todos y todas los que estuvieron allí lo aceptaron. Padilla y los que lo seguían quedaron fuera de todo. ¡Las cosas que tiene la vida! Con el pasar del tiempo, de los años, vino el olvido y el perdón. ¿Olvido y perdón? No sé. Mira, no se puede negar que quienes estuvieron involucrados en aquel asunto tienen una cultura extraordinaria, que más perdía el país sin ellos, que ellos sin el país, pero es que ahora casi son los únicos, los que deciden. Acusados y acusadores comen en la misma mesa. ¿Cómo se perdona en estos casos? Puede haberse borrado todo de la memoria de todos.

VIAJAR: CRUZAR EL MAR, EL VUELO DESEADO

Casi todo el mundo ha añorado viajar, dentro y fuera del país. Yo también soñaba con eso. Mi primera salida fue cuando me invitaron al Quinto Congreso de Escritores Afroasiáticos, celebrado en Tashkent, antigua Unión Soviética. Me sentí feliz; cómo no estarlo, era mi primer viaje al extranjero. Creo que me mandaron porque era negra. Mi color estaba acorde con la esencia del Congreso.

Cuando pregunté a Onelio Jorge Cardoso, entonces presidente de la Asociación de Escritores de la UNEAC, qué tenía que hacer allí, me dijo: "No te preocupes, a los congresos se va a dormir". Quizá con eso trató de mitigar mi temor. Porque él bien sabía que eso no era cierto. Pero me fui. Cuando llegué, Raúl Ferrer, agregado cultural de la Embajada de Cuba en Moscú, estaba desesperado. Primero por la demora del avión y segundo porque no lo dejaban pasar al hotel donde me habían hospedado. Cuando al fin nos pudimos encontrar, se molestó mucho por la orfandad en que me habían enviado.

Se fue para su casa y cuando regresó al hotel me traía medallitas, banderitas, afiches, para que tuviera qué obsequiar. Me explicó todo lo relacionado con el Congreso, y más o menos lo que yo tenía que decir. En una nota que me envió al otro día, entre otras cosas, me decía: "Georgina, lo demás lo dejo a tu talento y a tu sensibilidad". Pero también me había dicho: "Recuerda que donde quiera que estés, tienes que llevar unas espuelas así", y me mostraba sus dedos índices.

Ya en Tashkent, no me fue fácil adaptarme, había muchas personas. En principio pensaron que yo era africana. Después, con mis banderitas y los afiches, pude hacer sa-

ber que era cubana, pues mi delegación estaba compuesta por una sola persona, ¡yo! A pesar de aquellos inconvenientes, resultó interesante. Preparé unas palabras que me valieron muchos aplausos y las felicitaciones del auditorio. Parece que fue lindo lo que dije. Yo no recuerdo, mientras hablaba perdí un poco la noción del tiempo y del espacio. Para ser sincera, Moscú no me gustó por su temperatura, era otoño. Es nuestro otoño me decía, orgullosa, la traductora. Otoño lloviendo a cántaros y cero grado de temperatura, y en una ciudad que a pesar de sus pretensiones de metrópoli, para mí sigue siendo la aldea más grande que ojos humanos vieron.

Mi segundo viaje fue a Checoslovaquia. Asistí a un evento de la radio. Allí sí hablé mucho. El centro de mi discurso fue la programación radial cubana. Los participantes quedaron fascinados con mi intervención, sobre todo cuando hablé de los programas dramatizados. Me hicieron varias entrevistas las que, por cierto, me pagaron muy bien.

Fue un viaje corto, una semana en el evento y otra en Praga. Ciudad muy linda, a la que no por gusto Pablo Neruda nombra en uno de sus poemas como "Praga la bella". Vi pueblecitos muy viejos, pero muy bien cuidados, en los que se percibía un trabajo de restauración permanente.

Otra cosa que llamó mi atención fue que, a pesar de que todos los participantes eran del campo socialista, los rusos eran personas odiadas, al extremo de que cuando saqué un rublo, la traductora me cogió de la mano, me llevó para el baño, y me dijo: "Por favor, aquí no enseñes nada ruso, por tu vida".

Mi tercer viaje fue a España. Viaje condicionado a una investigación relacionada con el descubrimiento de América. Estábamos en los albores del Quinto Centenario del Encuentro de las Dos Culturas. Yo había oído decir que Cristóbal Colón preparó parte de su proyecto en Barcelona

¡Desgraciada de mí! Cuando presenté los papeles en la Embajada, hice un comentario sobre aquello y un español

muy recalcitrante me dijo: “Diviértase todo lo que pueda y cuando se coma un chorizo, cómaselo a mi nombre, pero investigaciones sobre Colón y el descubrimiento de América no se hacen en Barcelona, porque esa fue una empresa castellana”. Trabajé bastante, pero el español tuvo razón, no encontré mucho de Colón y su proyecto, pero me divertí y paseé bastante.

Muchos años después realicé mi primer viaje a los Estados Unidos. Ese fue el más provechoso de mis viajes. Me invitaron a un evento llamado Yari Yari, que del dialecto kuranco al español quiere decir: “Hacia el futuro”. Era sobre escritoras de ascendencia africana y de la diáspora, aunque también participaron mujeres de otras raíces.

Allí me relacioné con mujeres fabulosas, muchas de ellas tenían dos o tres títulos académicos. Había hasta una princesa africana. Mujeres todas con una importante obra literaria. Yo iba como poeta y con lo que tenía guardado en mi memoria. Mi ponencia estaba incluida en un panel que se llamaba: “Contando historias de negras viejas”. ¡Imagínate lo que afloró allí! Pensé: “Aquí tengo que sacar todo lo que he oído”.

Fue fabuloso. Cuando terminé de hablar todas las personas se pusieron de pie para aplaudir. ¡Estaba emocionadísima! Se paró una estudiante y dijo que parecía mentira que tuviese que ir una negra de habla hispana del Caribe a hablar de sus raíces, para que ellas sacaran y recordaran las suyas. Eso provocó un fuerte debate. Recuerdo que cuando alguna persona hacía una pregunta, la moderadora no dejaba contestar a nadie, ella quería que respondiera yo, porque les encantaba lo que decía. Fue maravilloso.

Aquella gente me dijo cosas que hasta ese momento no había entendido acerca de ese tipo de literatura que se usa ahora, porque a veces tú escribes y cuando le hacen un análisis a tu obra ponen en evidencia aspectos que no sabías que estaban implícitos en lo que escribías.

Gustó mucho mi participación en el Yari Yari; tanto que en dos o tres ocasiones, caminando por las calles de Nueva York, algunas personas me saludaron, me abrazaron, me tiraron fotos. La escritora dominicana que andaba conmigo preguntó: “¿De donde la conocen?” “Del Yari, Yari”, respondían.

Cuando llegué a Nueva York era de noche, y cuando vi las luces de la ciudad desde el aire me impresionó tanto que cerré los ojos y no los abrí hasta que el avión aterrizó. Pero advertí que el espectáculo de las luces de aquella ciudad era digno de verse. A mi regreso lo disfruté mucho.

También estuve en Missouri por varios días. Es una ciudad agraria, muy bonita. De regreso a Cuba, hice estancia de tres días en Miami. Una parte de ella, Hialeah, es como Cuba. La gente, los pequeños comercios. Son los cubanos que allí viven que parece que se aferran a sus tradiciones para no perder parte de su identidad.

Mi último viaje fue al Congreso de Poesía que se celebró en Medellín, Colombia. También fue maravilloso. Tuve que trasladarme a muchas ciudades, algunas en lugares muy intrincados. Los viajes se hacían en avión. Me daba tremendo susto por lo cerca de mí que veía aquellas cordilleras. Menos mal que eran viajes cortos, tal parecía que dabas un salto y llegabas. Otras veces iba en un carro, bordeando toda la cordillera occidental. Lo sabía porque me lo decía el chofer, pues yo viajaba con los ojos cerrados.

Tuve el honor de abrir aquel Congreso. Fue en una explanada donde se concentraron cientos de personas. Además de las palabras de apertura declamé algunos de mis poemas. Resultó maravilloso oír decir a aquella gente que podían vivir sin agua, sin aire, pero no sin la poesía. La clausura se efectuó en aquel mismo lugar y también fue fabulosa.

Visitó muchos lugares: Santa Marta, Buenaventura, Antioquía, ciudad que se parece mucho a Santiago de Cuba. Allí los estudiantes de Periodismo lo mismo te hacían una

entrevista que te acompañaban por la ciudad. Era una manera preciosa de andar por ella y por aquellas calles. Se conserva como hace trescientos años.

Íbamos por una calle adoquinada y me dijeron: “Mira, al final de esta calle está la Cruz del Humilladero”. Pregunté qué significaba eso, pero al acercarnos vi una cruz de hierro forjado que estaba sobre una base ancha de concreto. Era diferente a la de las iglesias. Me contaron que es aquella zona donde hubo muchos esclavos y esclavas, y que cuando se fugaban y los cogían, los llevaban allí, humillándolos, haciéndoles las cosas más crueles e increíbles que se le puedan hacer a un ser humano.

Ya en la cruz los amarraban y les hacían más cosas antes de matarlos y recoger su sangre, y con la de toros y otros materiales hacían una argamasa con la que fabricaban ladrillos, porque pensaban que la sangre de los negros y las negras era muy fuerte. Muchos de aquellos ladrillos se conservan en la iglesia del lugar y otros en la calle.

Vi aquello y me pareció que tenía vida, que los recuerdos habían quedado grabados de alguna manera. No me pude contener y me subí en el muro para tocar la cruz por todas las partes donde estuvieron pegados a ella los cuerpos de aquellos hombres y mujeres que allí murieron. No me puedo explicar cómo permitieron semejante bestialidad precisamente frente a una iglesia.

Antes de este viaje, en Cuba me llevaron a las ruinas del Ingenio Santa Marta, cerca de la Ciudad de La Habana, para ver las ruinas del barracón. Puse las manos en lo que quedaba de aquellas paredes como si fuera a sentir ruidos, lamentos, maldiciones y hasta los sueños de libertad de los esclavos y esclavas.

Por la noche, en esa especie de recepción con que se clausuran esos eventos, se concentró allí la aristocracia de Antioquía. Yo era la única mujer negra. Tenía que hablar y pensaba: “¿Qué les digo?” Hablé de lo que había hecho en el barracón en Cuba y en la Cruz del Humilladero, porque

para mí ambos momentos tuvieron un mismo significado. Fue increíble el impacto que mis palabras provocaron en aquellas personas. Hubo como una especie de solidaridad con mis sentimientos. Me lo demostraron con la expresión de sus rostros, con alguna que otra lágrima de las mujeres, con la tremenda ovación que me prodigaron.

Esos fueron, en resumen, mis viajes. Otras muchas invitaciones no las pude cumplimentar. Algunas porque no llegué a salir del aeropuerto por ciertas dificultades administrativas. Otras porque las visas no llegaron a tiempo o me las denegaron. Muy triste las que se quedaron en la gaveta de una oficina porque no se tramitaron, o no me avisaron a tiempo y quedaron archivadas como si hubieran sido cumplidas.

Hay algo relacionado con los viajes que no quiero dejar de decir y que nos ha pasado a todas y todos los que hemos salido del país. Mira, te diré, cada vez que se sale, parece que la gente que se queda, ya sean familias, vecinos, amigos, piensan que cuando te dan el visto bueno para escalar el avión, te entregan dos valijas llenas de dólares, porque ¡cómo piden! Y hay que saber lo que es verse sin dinero, necesítándolo todo, ante esas vidrieras bien surtidas, y de cosas relativamente baratas.

Pienso seguir viajando, siempre hay una oportunidad, una invitación, algún evento, etcétera. Me gusta viajar, pero siempre regresar. Creo haberte dicho ya que La Habana es la única ciudad que quiero para vivir.

OTRAS MUCHAS COSAS

El amor es lo más grande que hay en el mundo. No se puede evitar. Es lindo, grande, poderoso y fuerte. No se escoge a la persona que se ama y de ahí el misterio de esa cosa loca que te saca del paso. Pobre de aquel o de aquella que no lo haya sentido nunca. He escrito mucho sobre el amor, cómo lo siento y cómo lo veo.

También he podido atrapar la felicidad en los momentos en que ha llegado. Fueron muchos, muy intensos y los disfruté. Son recuerdos que me alivian, me refrescan en los momentos malos. Me hacen ser cada día mejor de lo que soy.

Igualmente me siento una mujer libre, pero esa libertad es un lujo que se paga caro. He pagado ese precio con soledad e incomprensión. Pero para ser libre tienes que saber qué te traes entre las manos y en esa cuerda he andado, dando tumbos. Eso se debe a mi manera de ser. Pero no me cambio, me gusta ser como soy. No voy a ir nunca en contra de mi naturaleza.

Tengo un compromiso con la verdad, con mi verdad. Todo nace con la posibilidad de poder decir y entonces se te ocurren cosas que pueden mejorar el mundo. Eso es lo que hago con mi poesía, con mis cuentos, con mis novelas radiales, en mis conversaciones a diario. Todo lo que escribo está dirigido a que el mundo pueda ser mejor. Tengo poesías muy fuertes y van contra todas y todos los que se sientan aludidos con ellas. Creo que así logro mi objetivo porque me siento realmente muy comprometida con la vida misma.

Creo en la amistad. Tengo muy buenos amigos y amigas, a quienes no considero como hermanos o hermanas

porque pienso que la ley de la sangre es fortísima. Como cualquier otra persona en momentos difíciles, he necesitado apoyo y lo he encontrado siempre en alguno de mis amigos o amigas.

Me encanta el otoño, es mi estación preferida. Disfruto cada vez que puedo de los ríos, de ellos me gusta su aparente pasividad. Siento temor y miedo por muchas cosas: los animales que se arrastran, las ranas, el mar, las noches oscuras. Sin embargo, me gustan los animales de la selva, sobre todo los tigres, sobre los que he escrito un poema y un cuento. Y, cosa increíble, no siento temor por lo desconocido. Quisiera saber más de lo que no conozco, de las infinitas posibilidades que existe en todo lo que nos rodea.

Soy una mujer con fe, a pesar de todas las dudas que tengo en relación con las creencias religiosas, precisamente por haberme criado en una familia en la que había una tremenda mezcla de creencias. Mi mamá creía en Dios y por las noches leía la Biblia, pero le gustaba ir a los toques de santos. Mi papá era fanático a la santería. No obstante, me sentí muy contenta cuando me dijeron que yo era "hija" de Yemayá, aunque no quiero que Ochún se ponga brava conmigo, porque dicen que ella siempre está pegada a mí. Por eso cuando le pongo flores o velas a una, se las pongo también a la otra.

Soy una mala lectora. No tengo cultura de lectura. En mi casa no hubo tal hábito porque no había nada que leer. Empecé a escribir sin tener lecturas que me apuntalaran. Soy muy indisciplinada leyendo, y la poca disciplina que tengo la adquiriré por mi trabajo en la radio. No obstante, he leído libros muy importantes. No tengo autor o autora preferidos. Me gustan los libros escritos por mujeres, porque su visión es diferente a la de los hombres. Eso lo percibí antes de conocer de género. No rechazo la literatura escrita por hombres, al contrario, la hay muy buena.

Durante mucho tiempo tuve una gran confusión entre el feminismo y la feminidad. Se debió a la poca difusión

que se le dio al feminismo en Cuba y, posteriormente, a la categoría de género. Lo que me llegaba como feminismo era una mujer bigotuda que anhelaba el poder de los hombres y estaba en contra de ellos.

Estaba muy metida en mi papel femenino cuando tuve la primera visión de género gracias a un grupo de amigas. A partir de lo que me enseñaron, he leído y reflexionado, y por mi manera de actuar y ver la vida he llegado a la conclusión de que soy feminista, y me doy cuenta de que el movimiento feminista ha hecho mucho por las mujeres del mundo, independientemente de sus diferentes tendencias.

Muy a menudo me he sentido discriminada como mujer, como negra y como pobre, pero no lo quería aceptar. De un tiempo para acá ha habido como un resurgimiento del racismo. No sé si te conté que una vez en la UNEAC, donde se dice que no se discrimina a nadie, donde se dice que la cultura hace que la gente esté más al tanto de la igualdad y de la equidad, llegué tarde a una reunión de preparación de un congreso, en la que no se me esperaba, porque la reunión de mi grupo ya se había dado; pero como no fue la persona que tenía que ir, me mandaron a mí. La que debía asistir era blanca. Cuando llegué estaba hablando una persona blanca (cuyo nombre no viene al caso), quien, con ironía y falta de tacto, decía: "Bueno, pero ahora como el problema de los negros se va a tratar en el congreso, antes de que lo plantee Alden Knight vamos a hablar nosotros". Tremendo susto que se dieron cuando me vieron y para disimular enseguida dijeron: "Pasa, Georgina, pasa y siéntate".

En muchos lugares he sentido el problema de la discriminación, actitudes que, cuando la señalas, los aludidos juran por su madre y hasta por sus hijos que es idea que yo me hago. Porque siempre que alegas que te están discriminando, resulta que eres una persona hipersensible, acomplejada, mal pensada y hasta mal agradecida.

Te podría poner muchos ejemplos, contarte muchas anécdotas, pero no es mi intención, ni mi deseo, solo quiero

que sepas que existe y fuerte. El racismo ha tenido muchas formas de manifestarse, pero en estos momentos tenemos muchos argumentos para decir que no habrá igualdad ni equidad alguna hasta que no se resuelva el problema racial que hay en nuestra sociedad.

Todo eso está relacionado con la discriminación sufrida por la cultura de los antepasados y antepasadas africanos. Al igual que muchos y muchas como yo, me siento muy orgullosa de ser descendiente de personas que pudieron sobrevivir a aquella travesía y afrontar situaciones que no tuvieron paralelos en la historia, y sobrevivieron, se sembraron, se multiplicaron. Yo soy un ejemplo de ello y mi orgullo es decirlo, sentirlo.

Esa identificación plena con mis antepasados y antepasadas la acabé de adquirir, como te dije, en casa del etnólogo Roberto Martínez Furé, al mirar una máscara africana de más de mil años y encontrarme tan parecida a ella... Me sentí muy orgullosa, fuerte, combativa. Eso reafirmó aún más mi identidad de negra.

He publicado cinco libros de poemas sobre las gentes y las cosas. En ellos he puesto mucho sentimiento, porque existen diversos tipos de personas y de cosas. A mí todo me llama la atención, de todo me gusta escribir, todo en el mundo tiene un sentido y un porqué.

Creo haberte dicho que desde que comencé a escribir pretendí que la gente entendiera lo que quería decir con mi poesía, y cuando la crítica o los estudiosos afirman que eso está ahí, que es lo evidente, me siento satisfecha, porque logré que mi poesía fuese bella, sensible y sencilla.

Estoy cargada de proyectos para el futuro, porque aunque me duelen los huesos, tengo el espíritu sano; además, me siento en deuda con la gente que ha confiado en mí. Tengo que seguir demostrando que el cariño que me han dado me lo merezco. Quiero que la gente se sienta reconocida por mí. Quiero pagar bien todo eso.

Hay un punto vulnerable en mi vida y es la muerte. Para mí es el acabose. Aunque se dice que hay otra vida, trato de arreglarlo todo en esta, porque cuando la gente se muere ya no puedes hablarle, no puedes desearle nada, ni bueno ni malo. Con la muerte se crea un muro entre tú y el o la que ha fallecido. Tengo un poema que se llama "Reflexiones" que termina:

*Mejor hubiera sido
el estarnos los dos así: trenzados
los dedos de ambas manos; vivos
los dos,
haciendo el bien,
amando.*²⁵

Con la muerte se borran todas las posibilidades, por tanto es la fuerza más grande.

La vida, la muerte y yo. ¡Qué trío! Y qué importancia me concedo a mí misma al situarme entre ellas dos, pero es que siento esas dos fuerzas contradictorias tirando de mí y me hacen reflexionar, tratar de no perder el tiempo. A mi modo de ver, se pierde mucho tiempo en no decir cosas. Sobre eso tengo una amarga e irremediable experiencia. Las personas que más he querido ya están muertas: el hombre con quien sostuve una intensa relación amorosa, mi hija y mi madre. Se nos quedaron cosas por decir, asuntos que aclarar y ya no hay remedio. Hubo tiempo que no aproveché, no lo aprovechamos... ya eso es pasado.

Creo que naces con tu día y cuando te toque no tienes que huir, porque te va a llegar donde quiera que estés. Le tengo miedo y terror a la muerte, porque me gusta mucho la vida, porque la disfruto a plenitud. Me gusta vivir y eso me lo va a quitar la muerte.

²⁵ En *Granos de sol y lana*, UNEAC, La Habana, 1977, Premio UNEAC de Poesía, pp. 51-52.

Entre otras cosas, tengo la dicha de que en el Festival Nacional de Radiodifusión he sido ganadora —por cuatro veces consecutivas— del Premio Caracol. Lo otorga la Asociación de Radio, Cine y Televisión de la UNEAC a la mejor novela.

Poseo la Distinción por la Cultura Nacional, las medallas Raúl Gómez García y la Alejo Carpentier. Recientemente recibí una distinción que se entrega a mujeres que tengan una destacada obra artística. Es la estatuilla mexicana Coatlicue, que representa a la Diosa de la Tierra, diosa madre, elemento a la vez fecundante y destructor. Deidad que simboliza la dualidad de la vida y la muerte.

MIS AMORES: SIN CAMINAR DESNUDA ENTRE LA GENTE

Para que puedas entender mi vida amorosa, debes saber que en lo que yo entiendo por libertad e independencia no entra el convivir con un hombre bajo el mismo techo. Nunca quise, ni quiero, ese tipo de compromiso, porque me gusta sentirme dueña de mí misma, por eso ni con el que fue mi esposo lo pude aceptar.

Para adentrarte en el mundo de mis amores, también debes saber que no he amado tantas veces, pero cuando sentí ese sentimiento lo hice con mucha intensidad.

Hablar de los amores y cómo fueron no resulta fácil. Mira, la gente en todos los tiempos y en todos los lugares, siente una curiosidad morbosa no por el hambre que pasaste, ni por los zurcidos que le hiciste a tus vestidos requeteviejos, sino por quienes tuvieron que ver con tu vida amorosa. Empiezan a atar cabos, a sacar cuentas, a escandalizarse de las mismas cosas que ellos y ellas hicieron, y entonces los amores, esos que hacen a una más humana, más limpia, se convierten en un cubo de agua tibia que te echan por encima mientras caminas, desnuda, tratando de inventarte cien manos para cubrirte.

Al contar mis amores no quiero sentir que camino desnuda entre la gente, y eso va a suceder ahora porque nada ha cambiado. Sigo siendo tan pobre o más que hace cincuenta años, y mientras tenga que ir a almorzar a casa de una amiga o aceptarle lo que vale el pasaje para trasladarme, seguiré siendo la negrita muerta de hambre de siempre. Los viajes, los libros, las entrevistas, nada, dinero, buena ropa, buena comida y tener para pagar un "mandadero", ¡igual que siempre! Cuando una mujer famosa o rica cuenta sus múltiples aventuras, son maravillosas; cuando yo hablo con

devoción y respeto de los que amé y los que me amaron, soy una puta. Bueno, que me perdonen mis hermanas, pero déjame hablar, al fin, de mis amores.

El amor de mi adolescencia, aquel que sentí por el hombre tan distinto a mí en mi pueblo, perduró muchos años y tuvo una vigencia sentimental bastante grande. Fue mi primera relación en un momento en que pensé que iba a morir. No resultó frustrante ni maravilloso, no era como los que aprendí a través de tantas novelas radiales. Yo era, soy, inhibida. Él desenfadado. Fue una relación de altas y bajas, de tiempo transcurriendo y distancias que no acababan de salvarse. Duró bastante tiempo, pero no funcionó.

Después viví unos momentos de amor preciosos con un hombre que dijo quererme mucho, pero en un momento determinado se fue de La Habana, y cuando regresó yo estaba para casarme. Además, tenía un compromiso conmigo misma, con mi independencia, con un paso que iba a dar, que pensaba que era hacia delante, y no lo iba a frenar por una persona que de pronto reaparecía y por cuya desaparición no había sufrido tanto, porque ciertamente no estuve tan enamorada de él.

Después de eso sí vino mi verdadera historia de amor, la que viví a toda capacidad y plenitud, hasta el punto que quisiera que estuviese vivo para seguir viviéndola, porque a pesar de que hace quince años que murió, continúo locamente enamorada de él.

Como el que fue mi esposo también falleció, no quiero que te confundas. Aquel a quien aún amo no fue el padre de mi hijo y mi hija.

En aquel entonces, era soltera, joven, y atractiva. Tengo que decirlo así, sin pena y con autosuficiencia, porque de verdad fui una muchacha agraciada. Él y yo nos veíamos a menudo, casi a diario, porque frecuentábamos los mismos sitios; ¡qué pedante!, se creía mejor que nadie. No lo soportaba, pero un día, no sé cómo, descubro que estaba loca de amor por él. Y qué lindo e intenso fue el romance que vivimos antes de llegar a lo que era inevitable.

Podría contarte muchas anécdotas, pero sería como profanar ese recuerdo. Solo te diré que mi amor era pintor y un día me dice: “¿Por qué no caminas delante de mí desnuda?” Me atraganté y me dijo: “No, no, no, entre tú y yo todo va a ser como tú quieras”. Aquello me dio más capacidad para amarlo, porque fue muy comprensivo y tolerante conmigo. A pesar de mi sensibilidad para el sexo, siempre fui introvertida, escrupulosa, de lo que hoy me arrepiento. Debí haber sido menos pasiva. Compartir más, para haber tenido mayor disfrute de mi sexualidad. Creo que ese es un problema que hemos sufrido y sufren muchas mujeres, debido a los tabúes con que nos educaron.

A pesar de que tenía treinta y cuatro años reaccionaba como una adolescente. Mi entrega fue total y, aun cuando a veces se perdía unos días, cuando aparecía, en contra de todo lo que me había propuesto reprocharle, su presencia derribaba todos mis argumentos, como dice uno de mis poemas de amor. Porque mis mejores poemas sobre ese tema están hechos a partir de esa relación.

Aquella situación se convirtió en cotidiana. A ninguno de los dos nos interesaba una relación estable. A mí me gustaba así. Un día me dijo: “Te has dado cuenta de que tú eres mi mujer, ¿verdad?” Eso me gustó, era como consumir un matrimonio. Él era quien lo decía, pero, a pesar de lo mucho que lo amaba, yo sentía que ese compromiso no entorpecía mi libertad.

A pesar de todo, seguí siendo su mujer, le fui fiel en la misma medida que lo amé y porque nadie me quiso como él. Eso hizo muchos estragos en mi vida. Han pasado quince años de su muerte y cuando me he dicho: “Bueno, ya pasó todo, hay que pensar en otra gente”, no la he podido encontrar. Nunca alguien ha podido pasar de los umbrales de mi vida sentimental e íntima y es, precisamente, por haber sido tan marcada por aquel amor, en el que tuve tanto disfrute físico y emocional. Ya no tengo capacidad para que algo como aquello me vuelva a suceder, creo que si ocurriera, moriría. En aquel entonces...

SUPE CUANDO FUI FELIZ²⁶

*Yo supe
cuando fui feliz;
así que ahora
no me estrangulan diferentes soledades.
Yo fui una vez una muchacha hermosa
que anduvo con sus hijos;
una en los brazos, de la mano
el otro.
A veces los dejaba para ir a verte,
para que fueras dueño de mi cuerpo.
Entonces, una mano mía
entre las tuyas se cerraba
y, no se cómo, pero
ya habías puesto en ella
la llave del Universo.
Para decir que era.
Busco y no encuentro las palabras.
Sé que sobre mi cabeza
se desplomaba la Osa Mayor,
la más pequeña, la mediana, todas.
Era mi felicidad.
Luego
Regresaba a mis hijos
y todo era mucho más que la felicidad.
Esos momentos
los fui guardando. Ahora,
al cabo de tanto tiempo, tanta ausencia
y tanto no sé ni cuantas cosas
por las noches
lo toco todo en la memoria, como si estuviera
bajo mi almohada.*

²⁶ Poema hasta ahora inédito.

Hubo mucha diferencia entre aquel amor y el primero, el de la adolescencia, en mi pueblo, porque influyeron mucho en mí los prejuicios. Lo conocí siendo una joven virgen, ya sabes lo que en aquellos tiempos eso significaba, él era blanco, mucho mayor que yo. Además psicológicamente yo no estaba preparada para tener un amante. Cuando conocí al otro, ya había estado casada, tenía un hijo y una hija y quizás por eso, inconscientemente, pude llevar a cabo la consumación total de aquel amor. Cabe también la posibilidad de que este me haya querido más y pusiera mayor interés en que me sintiera bien. A su muerte escribí:

DUELO I

*Eras mi lujo
y mi esperanza,
ir a algún sitio y regresar,
mi única guerra,
mis derrotas.
Ahora, de pronto y para siempre,
eres la paz.²⁷*

Otra de mis relaciones amorosas influyó mucho en mi vida de escritora. Él era una persona muy querida y respetada en el mundo de las investigaciones históricas, de las que dejó un importante legado. Era mucho mayor que yo y, sobre todo, una persona encantadora. Nuestras relaciones comenzaron porque siempre me estaba dando consejos y asesorándome en los temas que escogía para las novelas del programa histórico de la radio. Sentía una gran admiración por él. Me encantaba su conversación por el conocimiento que tenía sobre esos temas y el relacionado con negros y negras, sendero por el que quería que encaminara mis investigaciones.

²⁷ En *Gustadas sensaciones*, p. 68.

Le tenía un gran cariño y mucha admiración y respeto, pero no lo amaba, y acepté sus requerimientos amorosos porque en el momento en que se me declaró yo estaba atravesando un fuerte estado depresivo. Lo acepté; y a partir de ese momento, me sentí protegida y mimada por él, además de que me mantenía bajo su tutela y asesoría desde el punto de vista profesional.

Él le dio mucha oficialidad a nuestras relaciones, tantas, que un día Nicolás Guillén, que era un enamorado del amor, me dijo: “Ese hombre está profundamente enamorado de ti”. Aquello me ponía en una situación difícil, por mi sentido de la independencia y de la libertad. Sus defectos: machista, muy celoso. Virtud: muy severo en relación con el trabajo. Sus defectos, más que mi falta de amor, fueron la causa de nuestra separación, pero aún hoy le estoy agradecida por lo que me quiso y por lo que me enseñó.

Es bueno que sepas que tengo un marido anunciado por dos vías diferentes. Una vez, en una fiesta de santos, un hombre se me acercó y me dijo: “Usted no va a terminar su vida sola, va a conseguir un buen marido”. Eso me lo confirmó mi hermano, que era santero, y dicen allá en Jovellanos que de los buenos.

La otra vez me lo predijo una mujer que me leyó mi carta astral. Me preguntó mi fecha y hora de nacimiento y, cuando se las dije, se levantó con las manos en la cabeza, diciendo que lo que pasó aquel día no ocurriría casi nunca, y era que siete astros se encontraran en el espacio infinito. Me dijo que yo había nacido para ser reina coronada, pero que tenía una dificultad, que no iba a tener relaciones estables con ningún hombre hasta después de los sesenta años, porque Saturno se encontraba en la casa número siete, que era la del amor.

Después que cumplí los sesenta y recuerdo aquello, he pensado que como parece que Saturno se siente muy bien en la casa siete y no la piensa abandonar nunca, voy a tenerlo que sacar a escobazos limpios, porque ya ando por sesenta y nueve y el tipo pronosticado no aparece.

MI MATRIMONIO

Mi familia, como toda familia tradicional cubana, no veía con buenos ojos que una muchacha joven, señorita y soltera viviera sola. Pero en aquellos momentos, 1961-1962, sentía la necesidad de salir de casa de mi tía, de la vida del solar. Tenía una amiga que quería que alquiláramos entre las dos un cuarto en una casa de huéspedes; aunque era lo que quería hacer, la influencia de la educación familiar y el apego a las tradiciones fueron más fuertes.

En aquellos días los compañeros de Página Dos me habían presentado a uno de los escritores del grupo, Manuel Granados. Tenía treinta años, trabajaba en el Instituto Cubano de Arte e Industrias Cinematográficas (ICAIC). Siempre estaba hablando de cuando participó en la lucha clandestina y de cuando estuvo en la Sierra Maestra como miembro del Ejército Rebelde. Creo que le gustaba llamar la atención y lo lograba. Era cariñoso y amable. Contador de historias, me divertía esa mezcla especial suya de realidad y fantasía. Al principio me pareció que no teníamos muchas cosas en común y, al final, resultó que tuvimos dos hijos.

Creo que en ocasiones soy calculadora y que a veces me trazo metas. Una vez, siendo todavía soltera, me puse a pensar que ya me cansaban los resabios de mis tías y tío —cosas de todas las familias que quieren lo mejor para una, claro—. Pero yo tenía mi propia idea de lo que era lo mejor para mí. Tampoco resistía más aquel ajetreo de dormir en un lugar y levantarme para hacer vida de hogar en otro, y cuando llegaba la noche tener que irme, sin deseos, para donde tenía que dormir. Quería un solo sitio para mi vida, aunque fuera el nido de un pájaro, y me

dije: “Me voy a casar con el primer hombre que me proponga matrimonio”.

Por pura coincidencia, Granados me llamó por teléfono para decirme que me quería ver, pues tenía algo muy importante que decirme. Eso fue a finales de agosto de 1962. Nos encontramos el día de su cumpleaños y fuimos a comer y a darnos unos tragos en el Restaurante La Red. Sin muchos preámbulos me pidió que me casara con él.

En un acto, que ahora creo que fue impensado e irresponsable, dije: “Sí”. Fijamos la boda para dos meses después. Ese fue el tiempo que nos dimos para prepararlo todo, solo que a los dos meses, el día fijado para la boda, la Crisis de Octubre escaló su día más alto: 27 de octubre de 1962. Hubo que fijar una nueva fecha, y fue el 2 de noviembre. No supimos lo que significaba ese día hasta que al llegar a casa de mi tía, ella, boquiabierta, me dijo: “Pero ese es el Día de los Fieles Difuntos”. Seguro pensó que era una de mis salidas extravagantes y hasta presintió de que mi matrimonio ya tenía un pacto con los difuntos.

Pero hubo algo especial. A partir de ese año, el tétrico día pasó a ser casi normal. Todos los lugares de festejos y diversiones abrieron sus puertas y en el Cine La Rampa se estrenó una película cubana, *Cuba 58*; así que, entusiasmados —más parecíamos amigos que recién casados—, entramos al cine. Manolo presentaba a sus amistades y compañeros y compañeras del ICAIC a su reciente y delgadita esposa, como un juguete o un trofeo y yo lo dejaba.

Así era él, así era yo. Terminamos dándonos tragos en cualquier sitio de La Rampa. Estaba ya con un cóctel de más, cuando le dije que me pidiera una “menta frapé”, porque según mis amigas entendidas en esos menesteres, ese era el trago que hacía a las novias perder la vergüenza. Manolo comenzó a reírse y a divertirse como si todo estuviera sucediendo de la manera en que lo necesitaba, para un verso, un final de cuento o una conversación que sucede algún día, entre amigos comunes.

Las cosas transcurrían a gusto de todo el mundo: de Manolo, de mi familia y hasta del mío. Ya estaba casada, era feliz a más no poder, viviendo en un cuartito casi del tamaño de un nido, pero me acostaba y me levantaba cuando quería; además, estaba embarazada. Solo que mi matrimonio se desmoronó como algo que no existía; así, él regresó para su casa y yo me quedé en la breve habitación en la que por primera vez me sentí dueña de algo.

Cuando nació mi hijo Ignacio, seguí haciendo mi vida como si fuera una madre soltera. Pocos años después, en el concurso literario Casa de las Américas, Manolo ganó una mención con su novela *Adire y el tiempo roto*. Una mención en el premio Casa de las Américas es casi un premio. Él estaba como machetero permanente en la zafra y pensó en mí para que estuviera por él en la premiación. Seguíamos casados y me entusiasmaba estar unida a alguien así, además, deseaba otro hijo y no quería que fuera de padre distinto.

Manolo me mandaba cartas bonitas desde donde estaba, me enamoraba, más que antes de casarnos, me decía cosas que me gustaba leer, como que yo era mejor gente que él, etcétera. Entonces, consideré que estaban creadas las condiciones para que volviera a verme esperando a un bebé, una niña en esta ocasión.

Y ya no creímos más en la posibilidad de volvernos a unir. El temperamento inquieto de Manolo nos separaba, a veces hacía cosas de loco o de irresponsable; tal vez dentro de un siglo o dos, se dirá que fue un genio. De ser así, compartir la vida con alguien genial es muy difícil. Perdió su trabajo, buscó otro, después otro y en todas partes era una persona muy talentosa, que caía bien, pero algo no funcionaba entre él y las cosas que pasaban en el país por el que había arriesgado la vida.

Un día, de pronto, adiós a la lucha clandestina, la Sierra, la Lucha Contra Bandidos, el ser machetero ejemplar y todo lo demás. Los defectos que no le vieron antes, las credencia-

les que no le pidieron cuando arriesgaba la vida, les fueron exigidos cuando habló de desigualdades y racismo.

Éramos amigos, teníamos en común un hijo y una hija, y hablábamos mucho, y me contaba cosas que le dolían. Un día lo vi por la tarde y estuvimos riéndonos cantidad. Cuando se fue y encendí la radio, daban la noticia, en el exterior, de una carta firmada por siete intelectuales cubanos en la que se pedía al Gobierno aperturas y mejoras en el orden político, económico y social. Sentí sobresalto y alivio mientras mencionaban los nombres y en el último lugar de los firmantes estaba Manuel Granados. Creí que iba a morir, ¡la que se formó! Todo el mundo venía a verme, algunos como a darme el pésame, otros a congratularnos y hablando bajito y casi por señas para que no se supiera que estaban de su parte.

Al cabo de unos días lo vi, le pregunté por qué no me había dicho nada, y esta fue su respuesta: “A ti no quiero verte implicada en nada, ni aun para que me guardes un secreto”.

De los firmantes se dijeron muchas cosas, unas no sé si ciertas, ni quiero saber. Él decidió que aquí ya no tenía nada que hacer. Después de nuestra separación legal se casó con Yule, una muchacha francesa. El día del matrimonio, con ella “emparrillada” en la bicicleta, fue a verme. Se divorció de Yule, y en un viaje al país vasco, desde casa de unos amigos, llamó a Dominique a Paris. Ella fue en su auto a buscarlo y regresaron juntos a la Ciudad Luz, donde fueron felices hasta que la muerte los separó, hace seis años.

RITUAL DE LAS COMIDAS EN FECHAS SEÑALADAS

Siempre quise formar mi propia familia. Como mi matrimonio no resultó, pensé que mi hija, mi hijo y yo la formaríamos. Tampoco resultó, pues las cosas de la vida se encargaron de no permitirlo. ¡No pude lograr ese sueño! No sé, pero me figuro, según entro en los abismos de mi memoria y de mis afectos, que este asunto de la familia, formada por mí y a mi modo, empezó a no resultar más temprano de lo que parece. Quería que mi hija y mi hijo fueran una copia mía, ¿y era yo tan perfecta como para querer prolongarme en ellos?

No sé, el caso es que mi hijo Ignacio, el mayor, era un niño muy inquieto e inteligente, discutidor, terco; en fin, que empezaron a suceder cosas, como no decirnos todo lo que debíamos, no hablarnos después él y yo cuando ya éramos mayores. Yo sí recuerdo que quise mucho a mi hija e hijo, más que al resto del mundo junto, y él lo supo. Me echaba en cara que él no había pedido nacer; o sea, que sabía del inmenso disfrute de saberme madre gracias a él, pero esa vida que no había pedido la disfrutaba. Y no lo entendía, porque si algo agradecí, agradezco aún a mi padre y a mi madre, a pesar de la incomunicación con ellos y toda mi tristeza, es la vida que dieron, mi capacidad para elegir a plenitud, ver, oír, sentir. Entonces, ya la familia estaba coja.

A las premoniciones de las madres hay que ponerles asunto. A esa conclusión llegué después de haber tenido una que resultó cierta y desgarradora. Una tarde muy fría en Barcelona, en 1992, me encontraba acostada descansando, cuando entre dormida y despierta me pareció ver, sobre la mesa de noche, una fotografía en un portarretrato ovalado, como los que se usaban antes para colocar la

foto de alguna persona fallecida. ¡Era mi hija Anaisa! Aquello me causó muy mala impresión. Me puse muy nerviosa, tanto que Joana, mi amiga, donde estaba parando, llamó a Cuba para tranquilizarme y me dijo: “Oye, hablé con tu hijo, él está bien”. “Pero la que me preocupa es ella”, le respondí. Eso fue unos pocos días antes de que la vida, puesta de acuerdo con la muerte, me jugara una mala pasada.

Mi hija Anaisa fue dócil, cariñosa y alegre hasta la adolescencia. Jugábamos como una niña y su muñeca. Restregaba su nariz en la mía y la llamaba “Mi osito”, pero no sé en qué momento ni cómo, se fue volviendo rebelde e independiente. Le gustaba el baloncesto, por eso sus estudios primarios los hizo becada en una escuela de deportes. Después, no quiso seguir en la beca, dejó el deporte y continuó los estudios hasta graduarse como técnica medio en Economía. Fue como si tuviera espinas u hormigas en el cuerpo, ningún trabajo le convenía, hasta que la ubicaron en el Contingente José Martí. Fue una de sus fundadoras y no llegó al año allí, pues en ese intervalo ocurrió su muerte. Aún me presiona el día en que vinieron a traerle todo lo que le dieron en la fiesta del primer aniversario: su pulóver, una medalla.

Por ser tan rebelde, nuestras relaciones, por momentos, se volvían más difíciles. No obstante, siempre quise protegerla de cualquier problema, porque intuía que con su carácter sería vulnerable ante cualquier circunstancia. Por eso, antes de salir de viaje para Barcelona, le rogué, más que pedirle, que no viniera a la casa, que se quedara en el Contingente para que no tuviera que tener el trasiego con la guagua. No me hizo caso y la muerte se aprovechó de su desobediencia. Un día, cuando iba para el trabajo, el ómnibus en que viajaba fue embestido por un tractor del lado en que ella se encontraba sentada. En el accidente perdió la vida.

En nuestra última conversación, como le tengo tanto miedo a la muerte y a los aviones, le dije que iba a hacer un

testamento...: "No hablemos más de muerte", fueron sus últimas palabras para mí.

Al llegar la noticia a Barcelona nada me dijeron. Lo que me informaron es que debía regresar a Cuba por un error en mi boleto. Mi amiga decidió acompañarme. Sin yo siquiera notarlo, mantuvo un constante contacto con mis compañeros y compañeras de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. El último fue cuando hicimos escala en República Dominicana.

Fue mucha mi sorpresa al llegar al Aeropuerto José Martí y encontrar que me esperaba mucha gente, y entre ellos algunos dirigentes de la UNEAC. Me dijeron que había habido un accidente y que mi hija... No escuché nada más, perdí el conocimiento. Cuando volví en mí pregunté: "¿Aún está viva?" "No, me respondieron". Ya habían llevado el cadáver para la funeraria. Era de noche. Habían pasado dos días desde el accidente. Temprano en la mañana la enterramos.

Desde que mi hija se hizo mujer, empezamos a entendernos menos, no a no queremos, que son cosas distintas. En uno de mis libros, en la sección Elogios, tengo un poema, "Último elogio como niña".²⁸ Es desgarrador. Cuando regresé a la casa después del entierro, vi que ella tenía marcado ese poema, se podía ver que lo había leído muchas veces, la página no se desmarcaba. Era como si hubiese empezado a entender, pero ya era demasiado tarde. A esa muerte no me acostumbraré nunca, porque como dice uno de los poemas que le he dedicado a ella después de muerta:

*No me resigno
a este juego que no acaba nunca.
Te busco y tú te escondes,
quedo sin voz, llamándote,
toco todas las piedras y los fuegos
en los que puedas transformarte.*

²⁸ En *Grande es el tiempo*, p. 37.

No
me acostumbro
a tu ausencia.²⁹

Su muerte la presentí en Barcelona, cuando tuve aquella visión. No hice caso al alerta. Ella tampoco a mi ruego. Por eso nadie es capaz de sospechar o imaginarse la medida de mi duelo. Era mi beso más alto el que había caído. Algo así más o menos dice otros de los poemas que le dediqué después de muerta.

Tres años después mi hijo Ignacio decidió irse del país. Ese fue el fin de la familia que quise formar. Él era del criterio de que cuando las madres, aun con el pensamiento, no están de acuerdo con el proceder de los hijos, a estos las cosas les salían mal. Más claro ni el agua, no lo dejaba desarrollarse con mis temores de tenerlo lejos. Y llena de dolor y asombro me fui a ver a una espiritista, sí, así como te lo digo, y me mandó que le pusiese tres príncipes negros en una copa de agua, para ver si en tres días él no se iba —porque había un viaje que significaba mucho para él—. Le llevé las rosas el mismo día, para que ni perdiera tiempo comprándolas, y por la tarde lo llamaron para decirle que ya había aparecido la persona que firmaba su autorización de salida. Él decidió salir en busca de sus sueños. ¡Se fue! Y yo quedé tranquila. Pensé que sería un egoísmo tratar de impedirselo.

Continué un ritual que teníamos en fechas señaladas, hacer una buena comida y sentarnos los tres a comer. Cuando me quedé sola, ponía la mesa y en ella las jarras de mi hijo y de mi hija. Con eso me sentía acompañada.

El gran sueño de mi hijo Ignacio, quien llegó a decirme que mi pensamiento de madre era el que se lo impedía lograr, consistía en ser cura. Aseguró que esa era su vocación, para eso viajó y pidió su entrada definitiva en el seminario después de pasar un curso intenso sobre religión. Ya estaba lejos de mí. Ya no era necesario ni tan siquiera pedir permiso, por protocolo, pero, ¿en realidad era esa su

²⁹ "Reclamo", *Gustadas sensaciones*, p. 17.

vocación? Antes había sido militante de la Juventud, trabajador de mantenimiento, mensajero de correos, obrero de un contingente en Moa, secretario de algo en la UNEAC, poeta y sepulturero, entre otras cosas.

Saltó de la Orden de los Dominicos a la de los Agustinos, donde llegó a recibir la investidura con todo el ceremonial que lleva. Se convirtió en ¡Fray Ignacio!, como me dijo su padre en una carta que me envió posteriormente. Él viajó de Francia a Estados Unidos para estar junto a su hijo en aquellos momentos. “En los días que pasamos juntos, de un modo u otro siempre estuviste presente, tanto por parte mía, como por parte de él”, me decía Granados en aquella misma carta.

Años después, Ignacio dejó los hábitos y se ha dedicado a trabajar en una editorial itinerante llamada Paradiso, financiada y legalizada por la Orden de los Dominicos de Puerto Rico. Todo para él no ha sido color de rosa, ¡pero allá está...! Ha publicado varios libros, entre ellos uno de poemas míos titulado *Gritos*, cuya dedicatoria dice: “A Ignacio Teodoro, mi hijo, mi editor, mi crítico, la guerra que echo diariamente y me da nuevos alientos”. Hace mucho que no lo veo, pero lo tengo en el corazón.

Con el paso del tiempo y lo difícil que se ha vuelto todo, ya no hago el ritual de las comidas en fechas señaladas, pero me siento acompañada por mis recuerdos, por mi deseo de vivir, por mi voluntad de ayudar a los demás; por lo tanto, la soledad no me acosa. Eso que llaman soledad yo no la siento. De lo que fue mi pequeña familia, como dicen los versos finales de uno de mis poemas:

Soy
la sobreviviente,
la que está aquí,
la fuerte.
*Solitaria*³⁰

³⁰ “Familia... hogar”, *Gustadas sensaciones*, p. 61.

ROZANDO LA MEMORIA

Y seguir, ya casi al final, andando en la memoria, buscando lo que de bueno o de malo queda rezagado... Creo que sí, que se puede hacer, pero ya no golpeándola, sino rozándola suavemente. Y recuerdo los piropos. ¿Que cómo es eso? Mira, son buenos recuerdos, de los mejores. No creo que piropo sea solamente el que por costumbre le dice un hombre a una mujer, siempre ellos a nosotras. Piropo también es el elogio ante un hecho, un comportamiento debido.

Pero vamos al tradicional, al que el hombre le dice a una mujer cuando la apariencia de ella es de su agrado. Yo me miraba al espejo y me gustaba. Nada en mi físico era estridente, pero llamaba la atención, mucho. Recuerdo que me decían con frecuencia: "Negra linda", pero de un modo suave, como sintiéndolo de veras. Una vez, en un camión iban varios hombres, yo cruzaba la calle en ese momento y gritaron: "¡África ruge!" Tuve que reírme.

En otra oportunidad, iba para el aeropuerto y me dije: "Quiero lucir bonita", y nada, a arreglarme. Entonces, cuando llego, me encuentro con dos hombres, mestizos y de muy buena presencia. Uno le dice al otro: "¡Mira que negra más linda, chico!" Yo, al oírlo, me sonrío y el otro le responde: "Y ella lo sabe". ¿Te das cuenta? No le dijo: "Y ella lo cree", sino "lo sabe", porque creía en lo que había dicho.

Así siempre, los años pasando y me fui ocupando de otras cosas, pero mira tú, hace un año, mientras trabajaba de jurado en el Festival de la Radio en San Antonio de los Baños, una mañana me voy al río y meto los pies en el agua. Había unos hombres trabajando en la orilla y uno me dice: "Si usted moja sus pies en el río, hoy es un día de

gloria para Ochún”. Y nada, que ya tenía como para cerrar con broche de oro, pero no fue así.

El día 20 [de noviembre, 2004], día siguiente del estreno de mi obra de teatro [*Penúltimo sueño de Mariana*], estoy cansada de tanto caminar, porque no tenía dinero para dos guaguas; así que me siento a pensar en todas las altas y bajas, más bajas que altas, cuando se me acerca un señor muy mayor y muy decente para preguntarme dónde cogía la ruta de ómnibus 298, le señalo y él me da las gracias y se vuelve para irse, pero se vira como asombrado, y con mucha delicadeza me dice: “Qué piernas más bonitas tiene usted”, y yo ide lo más agradecida! Nada, que el hombre es hombre hasta camino del cementerio y la mujer... bueno, aún con sesenta y ocho años, sigo sonriendo ante un piropo.

QUIERO SER YO MISMA

¿A quién quiero parecerme? A nadie. Quiero ser yo misma, tal como soy. Mira, primero que ya tengo muchos años para que en mí se den cambios radicales, y después, poco a poco... ¡imagínate!; ni viviendo más de cien años vería materializarse a cabalidad los cambios. Claro, de eso hablamos, pero además, ¡me gusta, me comprendo, me llevo bien conmigo! Ahora vamos un poco más despacio. Hay personas a las que me hubiera gustado parecerme. Hombres y mujeres, pero no puedes imaginarte cómo se fueron desplomando esas estatuas. No eran sólidas.

He conocido a mucha gente importante, he inspirado confianza y no quieras tú saber las cosas de las que me he enterado. Unas dándome cuenta por mí misma según el orden de ciertos acontecimientos, otras porque me las han contado como lo más natural del mundo, y yo, desplomándome con ellos... y ellas... Miedos, desconfianza, deseos, rencores, insatisfacciones, falta de piedad y de ética, sobre todo, miedos, muchos miedos, muchos, distintos miedos. El miedo, me doy cuenta, es el gran compañero de todas las pasiones. Menos del amor, detrás de todo hay miedo. La gente se cuida, no cree tanto en todo lo que le dices porque desconfía, siente miedo.

Entonces, dime, con este pensamiento, con esta convicción... ¿a quién iba a querer parecerme? ¿A máscaras? Es un poco triste conocer tanto a la gente. Llegas a tolerarla, a entenderla, pero en el fondo no la respetas, y sin respeto a este o a aquella, de cierta manera es como vivir sin amor, el fin del mundo. También sé que hay que aprender a cuidarse, y cuando se trata de una misma, le da otros nombres, porque miedo, rencor, desconfianza, no son bo-

ritos, no huelen bien, y es entonces que se dice que se actúa de un modo u otro por sabiduría, y se echa por delante una porción de reflexiones filosóficas. No es así de simple, resulta muy complicado, no me quiero parecer a nadie. Deja ver si me explico mejor de una vez por todas.

Cuando la gente no se acaba de aceptar, se suma a esa idea de que todo el mundo tiene un igual, un doble, y se evade pensando en qué parte puede estar y qué bien estaría eso de encontrarse un día. Por mi parte, estoy convencida de que mi otra yo está dentro de mí y nos llevamos bien, solo que es un poquito ida de mente, pero es buena. Ella dice que yo soy la medio ida. ¿Que cómo me habla y cómo la entiendo? Cuando dudo de algunos pensamientos y actitudes. Siendo así, un poco sensata unas veces y otras un poco audaz. Pero no sé cuándo los demás son así y si son así por lo mismo que yo. No, insisto, no quiero parecerme a nadie. ¡A nadie!

PARA UN FINAL, MI AUTORRETRATO

*Figura solitaria transitando
un camino inacabable.
Sobre los hombros lleva
su mundo:
trinos,
sueños,
cocuyos
y tristezas.³¹*

No tengo nada especial para terminar este recuento de mi vida. Finalmente te quiero decir que no sabría hacer otra cosa que no fuera poesía, no únicamente en versos, porque en todo lo que yo escribo hay poesía. Además de estar en ella toda mi vida, se encuentra en todo lo que me rodea, porque escribo viviendo, amando, sufriendo, experimentando muchas sensaciones, hasta que llegue la última, la que me falta por experimentar, que será el día sin sol, sobre la que he escrito el siguiente poema:

*La última
batalla por librar
ya terminada y por demás perdida.
Cerrar los ojos
y no saber del sol,
ni a qué distancia de mis labios queda
el cielo. Deshacerme
de mis pasadas tempestades.
Traicionada por la memoria*

³¹ "Autorretrato", *Gustadas sensaciones*, p. 57.

*borrando los secretos que existieron
entre setiembre y yo.
Y nada más que un poco
de cualquier flor, llenándome las manos
sin motivo.³²*

³² "El día sin sol", *Gustadas sensaciones*, p. 75.

ANEXOS

PENSAR A GEORGINA HERRERA

Pensar a Georgina Herrera es descubrir a una mujer cara de luna diferente, contenida en toda ella muchas de las capacidades que tienen algunas personas para sorprender.

No la conozco de siempre, pero sí.

Salirse Yoya de su terreno pueblerino para caer en una Habana de sustos o de deslumbramientos que más bien iba a incitarle a sepultar sueños, es vivencia que habita también en otras gentes.

El temple de callar sin detener la propia lucha; ahogar sollozos, ironías, ripostas (y las ganas de sonreír ante el discurso a sabiendas mentiroso), quizá acompañada como virtud (o como cobardía) a conocidos.

Hacer poesía de la que debe escribirse con mayor calma con las frustraciones, los retrocesos y los fracasos repetidos es cosa que se ve en personalidades y maneras de nuestros espacios culturales.

Enfilar cañones hacia abajo en retorcidas y duras letras tras carencias padecidas por los otros es un acto de dignidad y callar ante el poder es un acto de valentía. El tiempo de vivir se usa, se vive en los actos.

Detener en la propia vida los sucesos que se suceden a medecenas intenciones, intenciones de vivir y de morir, de vivir y de morir en el mundo que se vive y de morir en el mundo que se vive.

El tiempo que se vive es el tiempo que se vive y el tiempo que se vive es el tiempo que se vive y el tiempo que se vive es el tiempo que se vive.

El tiempo que se vive es el tiempo que se vive y el tiempo que se vive es el tiempo que se vive y el tiempo que se vive es el tiempo que se vive.

nuras, de amistad solidaria, no es voluntad abundante, pero existe.

Hallar ojos de niña así, como perdidos en el rostro oscuro, distantes a veces, a ratos viajeros por los territorios de una individualidad sabia de honduras, es algo que se ve de cuando en cuando.

Pero, ¿cómo se dibuja con palabras a esta Georgina Herrera que dispone, para multiplicarlo, todo eso: que sorprende, asusta, impacta o deslumbra; terca y creída: plantada sin remiendos?

¿Cómo decirle leche que hierve, dispuesta a desbordar nuestras razones; caminante de trillos ya explorados, sabedora en las cosas por una no sabidas, pensadora de mis ignorancias?

Se me hace que Georgina ha descubierto entresijos helados, colinas escarpadas, recovecos sinuosos. Y que no le da miedo transitarlos. Pero a las cruces sí les teme; y a las apariciones contadas por su abuela.

Para responder al pedido de Daisy Rubiera,
otra fulana que no cabe en su nombre:
¡Mira que atreverse a hacer un libro
con Georgina Herrera!

MIRTA RODRÍGUEZ CALDERÓN
Santo Domingo, 25 de marzo 2005

¡QUÉ BUENOS!

Estábamos en 1961. Corrían los primeros años del gran fervor revolucionario y cultural y todos los grupos literarios: los de *Lunes de Revolución*, *Culturales* y *Hoy Domingo* del periódico *Hoy* y *Prensa Libre* con su *Página Dos*, se discutían el mayor entusiasmo en la labor editorial, en la prensa periódica. A esta última opción fui invitado por el poeta y narrador Manolo Granados para ver si me publicaban unos poemas. *Prensa Libre* se editaba entonces en el edificio que hoy ocupa *Granma*, compartido con el periódico *Revolución*.

Allí llegué y me hicieron subir a una oficina atestada de burós, máquinas de escribir, papeles y un grupo de personas. Manolo ya estaba allí y me presentó a unos cuantos: Guillermo Rivas Porta, Niurka Lipiz, Joaquín Santana y con especial deferencia a Georgina Herrera. No sé si ya noviaban. Ella era alta y delgada, apenas sonreía, pero su mirada era amigable y sincera. Al rato hicimos un aparte los tres para mostrarnos lo que escribíamos.

... Cuando le tocó leer a Georgina estaba trémula, pero su voz fue dejando destilar cada línea de sus versos con un ritmo entrecortado pero seguro, que más que decir parecía querer musitarnos al oído sus querencias y penas. Toda ella se transfiguraba sin alharacas; los ojos, cuando los levantaba del papel, le brillaban ahora intensamente y las manos iban de un poema al otro con la misma destreza y dominio con el que sus sentimientos se adentraban en uno.

Cuando terminó quedé sin aliento. "¡Qué buenos!" Y realmente no tenía nada mejor que decir ante aquellos poemas sorprendentes, reveladores de una sensibilidad poco común. Recuerdo que entonces me regaló una sonrisa más

abierta y quizás algo traviesa ante mi asombro. Decidimos salir e ir a la Biblioteca Nacional para tomar algo en su cafetería. Al incorporarse y echar a andar, más cordial ya toda ella, me recordó a las estatuillas y máscaras de Benin e Ifé, las que con su majestad y nobleza nos descubrían por aquel entonces un nuevo y alto canon de la belleza.

Luego o casi al mismo tiempo, José Mario, Ana María Simo y Reinaldo Felipe la descubrieron y se produjo su acercamiento al grupo que formábamos los unidos por las Ediciones El Puente. Enseguida fue incluida en la *Novísima poesía cubana* por Ana y Rey, sus antologadores. Sus poemas en esta selección denotan uno de los más logrados universos poéticos de los allí representados.

Comenzó a compartir con nosotros en diversas ocasiones. La publicación de su primer libro de poemas no se hizo esperar. *GH* es una muestra de la madurez expresiva que poseía Georgina. Celebramos el lanzamiento del volumen con todas las de la ley, satisfechos por la aparición en nuestras filas de una voz, ya entonces, muy particular.

Desde entonces los siguientes títulos de su labor poética han demostrado, aunque nunca hayan sido valorados por la crítica en su justa dimensión dentro de la lírica cubana, que no estábamos equivocados: Georgina Herrera es una poetisa de la raza de los verdaderos creadores, de esos que a veces les basta un verso para entregarnos lo más hermoso que pueda albergar un ser humano.

Su labor se ha ido decantando poco a poco, en los sucesivos poemarios, pero sin dejar de ser nunca aquella de "Casi no quiero que amanezca". Su discurso ha ido y vuelto de tocar diversas zonas de la realidad, la historia y el devenir de la mujer como amante, madre y ser social. Dueña de una sencillez expresiva y un dominio de los sentimientos más íntimos, ha sabido matizarlo todo con una ironía fecunda para tocar las aristas de los más disímiles temas que enfrenta, sin perder su aliento, entre lo desgarrado y lo lúcido.

No puedo olvidar ahora las múltiples veces, en las buenas y las malas, que compartimos los de El Puente con ella, en su cuarto de 4 x 4 del Vedado, en ocasionales casas en la playa o donde la convocáramos. Rodeada de sus hijos o sola. Allí siempre aparecía entre una botella y algo de comer para acompañar, aunque fueran galletas de dulce, la cita de alguno de sus versos. “Siempre imaginaba que el domingo/ tenía algo grande contra mí”. O, “Hermanos de la sombra;/todo es inútil, hay que suicidarse”. Como una manera de expresarle lo que la apreciábamos. Pues Yoyi nos hacía sentir a todos como que estábamos en familia. Y juntos les dábamos la vuelta a los problemas y recomponíamos el mundo porque allí estaba ella sencilla, sincera y profunda, dándonos un poco del corazón que deja avizorar en sus poemas.

GERARDO FULLEDA LEÓN
Director Proyecto Cultural Rita Montaner
Ciudad Habana, 31 de mayo 2005

LA LUZ LE PERTENECE

En el año 1999 cursaba la Maestría de Estudios Literarios en la Facultad de Filología de la Universidad de La Habana; en uno de los cursos tuve que entregar un trabajo final sobre un poeta cubano contemporáneo. No sabía sobre qué poeta específico iba a trabajar, pero tenía interés en que fuera mujer y negra por el poco conocimiento que tenía de la existencia de poetisas cubanas con estas características. Inmediatamente fui a pedir ayuda a profesores e investigadores que conocía, como Ana Cairo, Sonia Almazán y Leida Oquendo, que me dieron algunos nombres. Comencé la búsqueda bibliográfica y encontré en la biblioteca de la Universidad *GH. Poema*, de la escritora Georgina Herrera. El libro era un pequeño cuaderno, empolvado, grisáceo. Con una portada poco atractiva, pero para mí resultaban un tanto misteriosas aquellas iniciales que precedían al poemario.

Sentada a la mesa, me puse a leer los primeros poemas. Me daba la impresión que estaba frente a un libro que tenía elementos característicos del movimiento romántico, pero un romanticismo muy especial, porque la autora se expresaba con una tristeza y una angustia poco comunes. Se percibía la necesidad de la creadora de expresar a través de la poesía aquello que la conmovía íntimamente y que era capaz de causarle dolor y tristeza. Por otra parte, me llamaba la atención el hecho de que esta poetisa llevara a sus versos elementos de la realidad cotidiana en los que apenas se reparaba, como la ceniza y las raíces de los árboles. Me preguntaba, ¿por qué? Pero me impresioné más cuando leí que ella, en algunos de sus poemas, expresaba sentirse una mujer gastada, que se veía tan poco agraciada

que no se consideraba digna ni de ser mirada por las hierbas. Luego decía ser enemiga de la alegría. Y en un poema significativo de este libro, "Convocatoria", se apreciaba unas terribles ansias de autodestrucción. Este libro me resultó triste, doloroso, porque en él se produce una gran catarsis que me llevó a pensar que esta escritora le abría el corazón a la poesía o que era la poesía la que abría el corazón para dejar salir a través de los versos todo lo que le oprimía el pecho, y arrojarlo afuera le aliviaba un tanto la soledad y la angustia que estaba viviendo. Indiscutiblemente (se puede discutir), con veintidós años, casi rebasando la adolescencia y entrando en el período de la juventud, no es para que una muchacha hablara tanto en sus poemas de tristeza, muerte, falta de amor, y que se fijara tanto en las cosas que nadie veía o le prestaba la debida atención. ¿Sería que al llamar la atención sobre los otros quería indirectamente llamar la atención sobre ella, por un problema espiritual, de personalidad, o sencillamente como un ser humano que transita por la vida y se niega a sufrir la indiferencia de los demás?

Todo esto hizo interesarme cada vez más por la obra literaria de esa creadora, pues en este primer poemario se percibía su soledad, su necesidad de calor y de afecto. Cuando se concluye este libro, como lectores nos sentimos entristecidos, angustiados también por ver que un ser humano tan joven tiene una autoestima tan baja, y lo peor es que nadie se percataba que necesitaba ayuda, ni ella sabía cómo buscarla.

En este poemario solo hay un poema en el que se siente un poco la alegría, es "Cedro mío". La creadora cada día observaba la planta a través de la ventana y la llamaba su "niño vegetal". Este aspecto me llamó sumamente la atención, porque pensé: "¿Será que tener un hijo sacará a esta mujer de ese mundo lúgubre en que ella vive?", y me resultó preciso un mayor acercamiento a su poesía. Así fue como llegué a su segundo libro, *Gentes y cosas*. En él halle

las respuestas a toda una serie de interrogantes que me habían quedado del poemario anterior. Pude darme cuenta de la madurez que había alcanzado la poetisa. Nuevas circunstancias habían aparecido en su vida, ya era madre de dos pequeñas criaturas.

En este nuevo libro, trabaja temáticas abordadas en el libro anterior, pero con nuevas perspectivas. La tristeza va quedando atrás, la maternidad y la crianza de los niños ocupa un gran sitio en la vida y en la obra de esta creadora. A partir de este poemario, el tema de la maternidad estará presente a lo largo de su poesía.

Con *Gentes y cosas* se aprecia el crecimiento de la autoestima de Georgina Herrera; cómo mira el mundo a su alrededor, se fija en otras mujeres que sufren, aman; trata de explicar a través de sus versos por qué ocurren determinadas cosas en la vida. Por ejemplo, en el poema "El ahorcado: su muerte", la autora, con gran certeza, plantea la causa del suicidio: se sintió frustrada y halló bajo sus pies lo que no encontró en tantas noches de espera contando estrellas. Esta explicación desde el punto de vista psicológico solo puede darla alguien que haya escrito un poema como "Convocatoria". En otro poema del libro, "Una niña: su muerte", la poetisa repara en la manera en que queda la madre de la niña fallecida, quien, apenas siendo una adolescente, ya conoce "la verdadera causa de un sollozo", que puede ser el dolor de perder un hijo, por enfermedad de este.

En *Gentes y cosas*, Herrera habla por vez primera del goce que le produce la maternidad. Yo nunca había leído poesías de una madre negra dedicadas a sus hijos. Sentimos la madre arrullando a los niños, acariciándolos, jugando con ellos, riendo de sus travesuras. Las situaciones diarias vividas junto a los pequeños, le sirven de motivos de inspiración. Los versos nacen a partir de estas nuevas circunstancias, pues la madre encuentra la poesía en sus infantes. Por eso llama a la niña con hermosos epítetos y

diminutivos, que son propios de madres o padres enamorados de sus hijos y que necesitan demostrarles su amor. También como parte del crecimiento espiritual y de la autoestima de Georgina Herrera observamos el hecho de colocar a sus hijos dentro de su poesía, de hacerles un espacio, asumirlos como son y encontrar en ellos la belleza y la gracia que quizás otros no les aprecien. Por eso es que convierte en poesía las fantasías de Ignacio en “El tonto”; o la belleza y ternura de Anaisa al llamarla “ojos de etíope” o “mi florecita”. Se siente tan alto el amor de la madre hacia los hijos, que quedé cautivada hasta el punto que comencé a hablar y a leer poesía de esta creadora a mis familiares y amigos más cercanos, quienes, no sé si es por sugestión o porque valoran debidamente la obra de Georgina a partir de lo que les he contado, se manifiestan “enamorados” de la poetisa.

Yo investigaba su obra pero no la conocía personalmente. Fui en varias ocasiones a la UNEAC, y nunca estaba o se acababa de ir, hasta que un día, accidentalmente, frente a la UNEAC me encontré con la cineasta Gloria Rolando, que también buscaba a Georgina por un trabajo que estaban haciendo juntas sobre la presentación de un filme del que Georgina era coguionista. Gloria me dijo que la podía encontrar el día de la *prèmier*, que se celebraría en el Teatro de la Facultad de Economía; era alrededor de los meses de octubre o noviembre del año 2000.

El día de la *prèmier* el teatro estaba lleno, y llegué y me senté, Gloria Rolando me saludó y me dijo que Georgina estaba por llegar. En efecto, al poco rato llegó. Instintivamente nos reconocimos, nos saludamos y al terminar la proyección comenzamos a dialogar. Nos parecía que nos conocíamos de hacía mucho tiempo. Yo acababa de regresar de una misión en Guinea Ecuatorial y ella se sintió muy contenta. Me dijo que le gustaría ir al África, porque de allí habían salido sus ancestros y ella quería conocer la tierra de ellos.

Ese primer encuentro fue bonito, agradable. Georgina se sintió halagada y agradecida porque yo estaba estudiando su obra, y me mostró su disposición a ayudarme en lo que necesitara. A partir de ese momento, quedamos en verno para una entrevista en casa de Carmen, persona muy amable y que siente una gran estimación por Georgina.

En la primera entrevista, me dijo que cooperaría conmigo. Le leí lo que había escrito sobre ella y le gustó. Me dijo que eso era lo que ella quería decir. Esto me entusiasmó y me dio más deseos y confianza para seguir adelante mi investigación, que se convertiría en tesis de Maestría.

Al poco tiempo, en el año 2003, me invitaron a participar en el evento "Memoria viva", dedicado a Georgina Herrera. Fue organizado por la doctora Diana Elsa Brugal, y en él presenté un trabajo en el que hacía un recorrido por la obra de Herrera y que titulé *La luz le pertenece*, partiendo de un poema de su libro inédito "Gatos y liebres o Libro de las conciliaciones". A partir de este evento y de las expectativas que creó el trabajo en el auditorio, profundicé mucho más en aspectos de la vida y la obra de esta creadora, que ha sido golpeada duramente, pero de cada golpe que ha recibido y que la ha derribado bruscamente como para no volverse a incorporar, ha sacado aún más fuerzas para vivir y extraerle nuevo jugo a la vida para alimentarse, ya sea dulce o amargo; todo la alimenta. Puede que algunos la perciban como una mujer triste, gris. Todo lo contrario, es una mujer de gran corazón, con muchas ganas de vivir, sincera, y nunca ha sentido ni vergüenza ni temor de hablar en su poesía de sus sentimientos más íntimos, de sus hijos, de la belleza donde la ha encontrado, de su mundo fantástico, de ríos y colores, que la hace reflexionar en su último libro y decir en uno de sus poemas:

*El gris perenne
ya no le viene bien a nadie
en ningún sitio, tiempo ni suceso*

*De vez en cuando
sé un poco azul, como el planeta
visto por los que viajan, desde el cosmos.¹*

Esta es la Georgina Herrera que conocí y conozco, la que ha hecho un espacio en su poesía para ella, sus hijos, las mujeres y para todo aquello que merece ser poetizado, ya sea mínimo o excelso.

CORALIA DE LAS MERCEDES HERNÁNDEZ HERRERA
Profesora auxiliar
del Instituto Técnico Militar José Martí
La Habana, 2 de junio 2005

¹ Incluido en el poemario inédito "Gatos y liebres o Libro de las conciliaciones".

GEORGINA HERRERA:
EL DON DE LA PALABRA SENCILLA Y SENTIDA

Fui a Cuba en busca de una escritora afrocubana, y me encontré con una persona inolvidable: la mujer poeta, Georgina Herrera. Como persona, Georgina desarma por su modestia y sinceridad. Si me permitiera decirlo, nos hicimos buenas amigas desde el principio. Compartí con ella la compañía de su hijo Ignacio, su hija Anaisa (luego muerta trágicamente en un accidente de tránsito), y su ex-marido, Manolo Granados, que murió hace unos años en Francia. Georgina me dio tres de sus libros de poesía: *Gentes y cosas* (1978), *Granos de sol y luna* (1978) y *Grande es el tiempo* (1989), mi favorito, por lo que siempre le estaré agradecida. Era tan difícil en aquel entonces hacerse con estos libros. De hecho, nunca llegué a ver su primera colección *GH* (1962). Había comenzado a leer su poesía a base de antologías y traducciones al inglés, algunas mejores que otras. Tener las colecciones originales me abrió una ventana al mundo cubano, un mundo cotidiano visto por una mujer negra, madre de familia, una mujer sensible y fuerte que sabía crear poesía. La poesía de Georgina también desarma, por su fuerza y sencillez. Se hace de las palabras y los ritmos de la vida cotidiana; suena como una conversación, una confesión o, a veces, un himno susurrado al oído. Su poesía no tiene nada de declamación ni retórica buscada. Logra la máxima expresión con el mínimo de palabras; palabras que alcanzan su meta, la comunicación honda y directa, por ser pocas y bien elegidas. Comunican como dardos. La poesía de Georgina es toda una lección de cómo resolver lo intangible e inefable del amor humano en frases acertadas.

Conocí a Georgina por primera vez en julio de 1990. Fui con su hijo Ignacio a entrevistarla a su casa. Me acogió calurosamente, ofreciéndome —como todas las autoras que conocí en ese periodo tan difícil— té, agua o lo que tuviera. Naturalmente, hablamos de su poesía. Me dijo que había empezado a publicar con el pequeño grupo de poetas afrocubanos jóvenes y progresistas El Puente (que incluía a Nancy Morejón y a muchos escritores importantes posteriores al triunfo de la Revolución). Publicó con ellos su primer libro de poesías, *GH*. En esa primera colección había querido expresar la tristeza; escribió sobre su madre y relató los cuentos que le contaron sus tías abuelas y su abuelo, que era muy mentiroso. El grupo El Puente se deshizo y muchas de esas personas se hicieron profesionales de la cultura en Cuba. Ella, por su parte, no había tenido ninguna dificultad al publicar sus poemas; de hecho, le pedían poesías constantemente. Inclusive, se las habían pedido desde Inglaterra; le escribió Robert Pring-Mill desde Oxford, y Tony Turrull (desafortunadamente muerto muy joven), de la Universidad de Bristol, donde enseñaba los poemas de Georgina en sus cursos de literatura latinoamericana. También conocía a Margaret Randall en Canadá, que publicó traducciones de sus poesías en *Rompiendo los silencios*. Su poesía, me decía, no pretendía más que comunicar los vaivenes de la vida cotidiana.

A continuación, me habló de ser mujer en Cuba. Desde luego, decía, la vida de la mujer era muy distinta a la del hombre. Los hombres solían dárselas de muy revolucionarios; querían que todas las mujeres fuesen libres —menos la suya—. Habían dado a la mujer una falsa libertad. Georgina había escrito sobre este tema en sus novelas de radio. Por ejemplo, *Fin de semana en el paraíso*, una obra de teatro para radio. Trataba de la soledad de la mujer que enfrenta al hombre, y utiliza el cuento de Adán y Eva. Añadía que algunas mujeres seguían margi-

nadas en Cuba, pero no muchas. Le pregunté por qué las mujeres no publicaban novelas en Cuba. Me contestó que el problema era que las mujeres no tenían tiempo. Tenían doble empleo: fuera de casa, en su trabajo asalariado, y dentro de la casa con sus deberes domésticos. Luego, el Estado promocionaba sobre todo la literatura infantil, especialmente en la Editorial Gente Nueva. A ella le gustaba mucho escribir para niños; había terminado un cuaderno de poesías pero por fin no se publicó. Según Georgina las mujeres son más didácticas pero también más tiernas que los hombres al ponerse a escribir literatura infantil.

Le pregunté si se sentía afrocubana. Me dijo que sí, pero que le importaba más ser latinoamericana e hispana, por la lengua, cultura y educación. Le gustaba la obra de Sembén Usmán, Chinua Achebe y César Vallejo. Admira a África (como se ve en su bello poema "África") y siempre intenta representarla fuera de lo folklórico y lo estereotipado. Le gustaba la estética de la santería pero no era creyente. También se sentía caribeña. Había viajado a Rusia y a Checoslovaquia en 1983 a un encuentro afroasiático y allí se sentía caribeña, y también socialista —vio que el socialismo estaba todavía vigente—. Pero de todas estas identidades (africana, caribeña, socialista) lo que le importaba sobre todo era ser mujer y madre. Sus hijos le importaban más que cualquier cosa en la vida.

En agosto de 1992 nos volvimos a reunir, esta vez en la casita de Ignacio en frente de la UNEAC. Yo le tenía unas preguntas precisas sobre sus poesías y esta vez, con más confianza, las contestó sin vacilar. ¿Quién era Fermina Lucumí? Una heroína local de Matanzas. ¿Sobre quién trataba el poema "Retrato oral"? De su abuela materna, aunque no la conoció —era una mujer fuerte, contestataria, que resistió el cepo y los latigazos—. ¿Quién dibujó el retrato de "Elogio a mi retrato"? Su hijo Ignacio. ¿Quién era Jesús en "Muerte de Jesús"? Jesús Menéndez. ¿A quién

describe en "Mañana última"? A su madre. ¿Quién fue doña Ana de Souza? Una reina guerrillera de Angola que unió a su pueblo y obligó a Portugal a pactar con ella —había investigado este tema para una serie de charlas: "Momentos de la historia".

Me enseñó unas reseñas de *Gentes y cosas* (1974) que habían aparecido en la prensa de los años setenta. Cito algunas aquí. Antonio Conte escribió en la revista *Bohemia* (7 de marzo de 1975): "los ocho poemas que dedica a sus hijos son lo mejor del libro. Sólo alguien que posee una sensibilidad impecable es capaz de escribir tal homenaje, sin que el verso le huela a cursilería, o caiga en la melosa tonada con que una madre puede arrullar a sus pequeños". Una reseña anónima en *La Gaceta de Cuba* (No. 125, julio 1975) apuntó: "Lo mucho y lo poco que se diga de *Gentes y cosas* será siempre elogiar el tono pausado, la risa suave, la melancolía radiosa, el vestido ingenioso de su sintaxis, la metáfora delicada, el decir sabio de estos poemas". Por su parte, Eliseo Alberto la comparó a Gertrudis Gómez de Avellaneda y, más acertadamente, a Luisa Pérez de Zambrana. Desafortunadamente Georgina no apuntó dónde publicó Alberto esta bella reseña, pero es una apreciación tan acertada que la cito extensamente:

Georgina agrupa poemas que trascienden todo posible marco circunstancial con pasión y orgullo personalísimos, sólo a ratos visto en la poesía joven actual. En *Gentes y cosas*, estos poemas, profundamente maternos, ceden al libro el frescor suficiente como para impregnarlo de fe, confianza, salvarlo del total pesimismo, en un cuaderno en que la tristeza es la fibra principal herida. El tema de los hijos está tratado aquí con una ternura tal que se palpa, como si la lectura misma del poema implicara una caricia o un gesto. Una delicadeza para siempre agradecida.

Y a continuación Alberto cita, como para comprobarlo, el poema breve “Las dos mitades de mi sueño” en el que Georgina habla de sus dos hijos:

*Ambos me han hecho
una mujer hermosa.
Una mujer que tiene
la más inmensa historia
por contar.
Todo el dolor que venga
será pequeño, comparado
a tanto amor creciendo en sus tamaños.¹*

Este poema da constancia de una mujer plenamente realizada, convertida en heroína épica, belleza y narradora mágica por dos seres pequeños y, para otros, insignificantes. Ellos constituyen su ilusión entera.

No sé si fue a finales de los años noventa o más recientemente en La Habana, en el año 2000, cuando Georgina me dio unos poemas por entonces inéditos escritos a máquina: “Caperucita palestina”, “La madre gata da de mamar a su hijo gato”, “Eclipse”, “Mujer mirando fotos viejas”, “Viviendo en casa grande”, “La cometa”, “Confesión”, “Carta de amor a miles de años de tu hora”, “Duelo”, y “Duelo II”. Puede que hayan salido en *Gustadas sensaciones* (1996), que no he visto. Son los temas de siempre: la tristeza, la melancolía, los niños, la maternidad, la vida de todos los días. Transcribo mis favoritos a continuación:

LA COMETA²

*Frágil diseño de papel se ha hecho
sitio desde este amanecer en el balcón;*

¹ En *Gentes y cosas*, p. 17.

² En *Gustadas sensaciones*, p. 62.

*junto al sol, mis flores y algún trino
está tendido.
No sé bien por qué, mientras lo tomo
lo miro y miro.
Se me ha soltado la imaginación
y pienso
que están perfeccionando el arma más secreta
acudiendo
a la simple inocencia,
que demasiado tarde
un príncipe ha llegado, se oculta
y deja su mensaje, pero
en lo que pienso y pienso
y a punto ya de hacer el pensamiento interminable
me sale al paso la ternura.
Tiene voz, susurra en mis oídos:
“Un piso más arriba vive un niño.”*

DUELO II³

*Todos los vientos soplaron
en contra de mi amor.
Brisitas,
huracanes,
torbellinos, todos
soplando en giros en contra
de mi amor.
Alisios,
terrales,
viento sur. Todos.
Todos los vientos soplaron,
Soplan aún
en contra de mi amor.*

³ En *Gustadas sensaciones*, p. 69.

VIVIENDO EN CASA GRANDE⁴

*Se ha hecho la mudada.
La casa nueva es como
un chal inmenso, ahogando
más que cubriendo a un pequeñito.
Y resulta que sobra casi todo.
Basta una habitación, la barandita
que da a la calle.
La habitación para los sueños
más que para dormir,
y el balcón breve
para ponerme triste por las tardes.
No quiero, no necesito más. ¿El resto?
para los que respiran y no les basta el aire,
para los que no llegan nunca a ningún sitio,
a pesar de tanto camino al borde de los dedos.
Sí, el resto, casi
toda la casa grande
yo la cedo.
A los que nada,
a los que nunca,
a los que nadie...*

Esta es poesía directa que llega sin remilgos a su objetivo: comunicar el orgullo de tener poco y necesitar menos, de ser pequeño y sin embargo grande, de saber distinguir entre lo que importa y lo que es superfluo.

En mi libro *A Place in the Sun? Women Writers in Twentieth-Century Cuba* (Zed, Londres, 1997), donde me concentré más en la poesía afrocubana de Georgina, escribí: “Los poemas de Georgina Herrera expresan una perspectiva ginoafrocéntrica por medio de unos paradigmas relacionados a la genealogía y la historia, a lo matrilineal y a las formacio-

⁴ En *Gustadas sensaciones*, p. 64.

nes sociales centradas en la mujer. En estas formaciones las fronteras entre la identidad personal, familiar, nacional y del tercer mundo se entrecruzan constantemente; la autobiografía llega a ser un acto teórico”, y podía haber añadido, político (p.186). Estas son palabras altisonantes, académicas, que pierden de vista lo esencial e intrínseco de la poesía de Georgina. Ahora, en esta ocasión, lo que quisiera subrayar es que la poesía de Georgina nos conduce hacia una hermenéutica particular, un modo diferente de interpretar y leer. Es la hermenéutica de la maternidad. La poeta será cubana, africana, hispana, socialista, etcétera; lo que importa es cómo se representa a sí misma; cómo ser amante, madre y, por lo tanto, mujer. Yo le deseo a Georgina todas las felicidades del mundo en su cumpleaños, años tan bien cumplidos, y quisiera darle las gracias por haber compartido conmigo y con todas sus lectoras, sus pensamientos, ideas, secretos, ansiedades, tristezas, esperanzas y momentos felices en el curso de estos últimos cuarenta años. Es mediante su poesía, su arte y sus palabras, que conoceremos mejor a la mujer.

CATHERINE DAVIES
University of Nottingham, England

GEORGIA HERRERA: RUIDOS Y COLORES INFINITOS

Siempre es un placer la lectura de buena poesía. Siempre es un placer la lectura de cualquier poemario de Georgina Herrera (Jovellanos, 1936).¹ Desde la aparición del primero en el catálogo de Ediciones El Puente, *GH*, en 1962, su obra poética ha ido creciendo y entrando, por vericuetos muy personales, hacia nuevos mundos. Hablando en plata, debo recordar con justicia que *GH* fue un verdadero acontecimiento así recibido por infinidad de lectores y reconocido por figuras literarias de aquel entonces.

En alguna conversación reciente —a propósito de varios estudios que ya se han publicado y de otros que están en vías de realización—,² me confesó Georgina las palabras que cruzara con el poeta Félix Pita Rodríguez. El autor de *Corcel de fuego* manifestaba su azoro ante la

- ¹ La obra poética de Georgina Herrera incluye los siguientes poemarios: *GH*. La Habana, Ed. El Puente, 1962, 57 pp. ; *Gentes y cosas*. La Habana, Ed. Unión, Col. Cuadernos, 1974, 67 pp.; *Granos de sol y luna*. La Habana, Ed. Unión, Col. Premio, 1978, 54 pp.; *Grande es el tiempo*. La Habana, Ed. Unión, Col. Contemporáneos, 1989, 85 pp. ; *Gustadas sensaciones*. La Habana, Ed. Unión, Col. La Rueda Dentada, 1996, 75 pp. ; "Gatos y liebres o el Libro de las conciliaciones". Inédito, 2003.
- ² Ver Catherine Davies: "Madre África y memoria cultural; Nancy Morejón, Georgina Herrera, Excilia Saldaña", en *Revolución y Cultura*, La Habana, Nos. 2-3, 1999, pp. 56-67. Dicho texto corresponde al Capítulo VII de su libro *A Place in the Sun? Women Writers in XXth Century Cuba*, London, 1997. Traducido especialmente para el dossier *Presencia negra de la cultura cubana* en que aparece este estudio. Otros libros de esta profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Nottingham, Inglaterra, son: *Contemporary Feminist Fiction in Spain*, así como *Women Writers of Spain and Spanish America*. Asimismo véase Katherine M. Hedeem: "Georgina Herrera; género y etnicidad", en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, No. 1, ene.-feb. de 2004, pp. 42-46. En la actualidad, la cubana Coralía Hernández da los toques finales a su tesis de grado dedicada al estudio de la obra de Georgina Herrera.

originalísima expresión de una voz recién estrenada. Solía decir en los jardines o en la cafetería de la Unión de Escritores y Artistas que: “No es lo que la gente de letras acostumbra a ofrecer por primera vez”.

Todos quedamos prendados de aquellos poemas sin igual que calificaban a su autora como alguien cuya divisa era el esplendor de la palabra poética. Más allá de inmediatas discusiones de café acerca del sitio generacional que le correspondía a Georgina, no pocos supimos advertir lo que se avecinaba en aquel grupo de impecables poemas; su impacto fue de tal magnitud que comenzaron a aparecer teorías sobre la pertenencia de Georgina Herrera a los poetas llamados del 50. Se hablaba de Rolando Escardó, de Pablo Armando Fernández, de Luis Marré, de Fayad Jamís. Al haber aparecido aquel poemario a través de Ediciones El Puente, los más jóvenes sentíamos que nos despojaban de nuestro aire más puro pues nunca sentimos a Georgina fuera del ámbito de nuestros gustos literarios. Poco importaba si su autora había nacido en el segundo lustro de la década del treinta, diez años antes o veinte después. Lo importante era los signos vitales que acuñaba, el modo original en que se insertaba en una historia literaria fuerte y diversa.

GH era una nueva proposición llena de sangre joven. Era el grito de una mujer negra, joven, “forastera de sombra inconcebible” (“La palabra”, GH, p. 11) que sólo había leído al argentino Leopoldo Lugones y había emigrado a La Habana para huir de la miseria rural de su pequeño pueblo natal:

*Pobrecitos que éramos en casa.
Tanto
que nunca hubo para los retratos;
los rostros y sucesos familiares
se perpetuaron en conversaciones*

(“La pobreza ancestral”)³

³ En *Grande es el tiempo*, p. 21.

Todas las bondades de sus principales temas literarios —excepto el del goce de la maternidad—, se advierten en este poemario compuesto por veinte poemas de verso libre. El lector se enfrasca en una lectura conmovedora marcada por un profundo dolor existencial a partir de vivencias experimentadas a través de la muerte, la soledad, la pobreza y, paradójicamente, el amor al prójimo o el amor. Como bien se explica en la presentación, esta poesía en momentos de tanta confusión, “de tanta poesía falseada, de tanta incomunicación y de tanto intento por una comunicación extraviada, Georgina demuestra cómo la sensibilidad aparta todo aquello que reduce al hombre”.

Poco importa ahora aquella discusión. Lo cierto es que había nacido a la poesía cubana un nombre de mujer quien, en su estilo intransferible, se hacía depositaria de su mejor tradición, en especial de aquella que nacía de otras voces femeninas cuyo cenit eran las cosas de la Isla y esa expresión que, sobre todo en la primera mitad de siglo xx, tomaba de forma natural un aliento antirretórico y humanista. Lo que Georgina Herrera aporta, por ejemplo, en el antológico poema “Natacha” (*GH*, p. 15) es sólo comparable con esas joyas de nuestra lírica que son “Cheché”, de Dulce María Loynaz y “Vida de Flora”, de Virgilio Piñera. Estos tres poemas adelantaron los más delicados avatares de la escritura femenina en Cuba. En este sentido, cuando pienso en lo que representa este primer período de la poesía de Georgina Herrera, evoco a poetisas como María Villar Buceta, Rafaela Chacón Nardi o, incluso, a Mirta Aguirre y, extrañamente, a su coterránea Carilda Oliver Labra. La poesía de Georgina Herrera es pionera también de ese temperamento que indica al género como surtidor incesante, como eje central de todo movimiento perpetuo.

Hoy en día estamos acostumbrados a encontrar, en las publicaciones periódicas más rigurosas, un significativo número de poetisas que contribuyen con sus obras a enriquecer el oficio literario nacional y en lengua española. Esa

realidad insoslayable, no era así en los tiempos en que nació a nuestra literatura Georgina Herrera. A pesar de aquella entrada por la puerta grande, cuyos antecedentes habían estado en la página cultural del periódico *Prensa Libre*, estaba claro que Georgina daba clara fe de vida pero se contaba entre una exigua minoría de escritoras. Nadie se atrevía a negar a aquel talento; casi todos convenían en que había aparecido una personalidad pero aquella recepción de sus primeros poemas estaba lejos de comprender la importancia que los conceptos de género y raza iban a tener en esta obra para perfilarla y darle su razón más legítima.

Georgina Herrera escribe tal como caen las lluvias torrenciales de las Antillas. Sabe el lector lo que quiero decir con esta frase, nada hueca a mi entender. Escribe como quien habla, como quien respira, como quien se sienta ante la mesa para alimentarse. Sin embargo, esa inmensa cantidad de papeles emborronados bajo cualquier circunstancia son sometidos a una implacable tala, diría yo. En medio de la hojarasca apasionada, sólo sobrevive lo que su creadora considera válido o cercano a su ideal de perfección.

Callada, consagrada al trabajo cotidiano,⁴ en su universo reconcentrado e intransferible, nos ha dejado extraordinarios poemas en donde esta matancera fija su origen de plantación azucarera, su amor a su familia negra y, por ello mismo, a los ancestros llegados a esta tierra en barcos negreros.⁵ Su conciencia de género, clase y raza van de la mano como va el cántaro a la fuente, como quien

⁴ Si bien la poesía de Georgina Herrera ha alcanzado un prestigio palpable, lo cierto es que ha escrito guiones para la radio y la televisión que le han forjado todo un oficio que ha ejercido por más de cincuenta años durante los cuales ha recibido todo tipo de reconocimientos y distinciones.

⁵ Inspirada en un personaje histórico, Fermina Lucumí, al que dedicara un poema de título homólogo (*Grande es el tiempo*, p. 17), Georgina Herrera estrenó *El penúltimo sueño de Mariana*, su primera pieza dramática, en coproducción entre la Compañía Rita Montaner y el grupo Espacio Abierto, en la Sala El Sótano del Vedado, bajo la dirección artística de Xiomara Calderón, el 28 de noviembre del 2004.

sabe que en esas raíces respira el árbol de un mundo mejor. Esos poemas (“Oyendo hablar al viejo Owení”, “Al palacio real llegan mensajes”, “Primera vez ante un espejo”, “Para festejar a Oggún”)⁶ descubren enfoques inéditos de temas tradicionales de esa literatura latinoamericana escrita por autores caribeños o continentales de origen africano; todo ello desde una contemporánea perspectiva de género que coloca su obra, al pie del recuerdo maternal, entre “ruidos y colores infinitos”⁷ —al borde de arribar su autora a sus espléndidas setenta primaveras—, en el centro del interés de los más exquisitos círculos literarios del hemisferio.

NANCY MOREJÓN

⁶ Los tres primeros poemas mencionados pertenecen al libro “Gatos y liebres o el Libro de las conciliaciones” todavía inédito. El cuarto, “Para festejar a Oggún”, se incluye en *Gustadas sensaciones*, p. 30-32.

⁷ “Gatos y liebres o el Libro de las conciliaciones”.

HABLA LA CRÍTICA

La obra poética de Georgina Herrera es de una gran fuerza lírica. Hay en su poesía la gestualidad de lo maternal, de lo cotidiano y de lo étnico, “[...] resuelto quizás con la mayor sencillez y la mayor nobleza que pueda leerse en las letras cubanas de cualquier época”.¹

En 1974, editado por Cuadernos Unión, sale a la luz su libro *Gentes y cosas*. Los poemas que aparecen en este libro están divididos en: Hijos, Vecinos y Otras Gentes y Cosas. En ellos la visión del mundo de Georgina ha variado poco. Hay más cuidado en el decir, y el acento derrotista no solo sigue marcando su poesía, sino que aparece con una total toma de conciencia y posición ante la vida. Ese libro recibirá muchas opiniones de la crítica. Todas favorables.

En la revista *Cuba Internacional* de diciembre de 1974, el escritor Eliseo Alberto Diego planteó:

Creo no equivocarme al afirmar que con su reciente libro, *Gentes y cosas* [...] Georgina Herrera continúa entre nosotros una de las más hondas raíces de la creación poética femenina en Cuba: La poesía del dolor, del desgarramiento, su origen y sus consuelos es en *GH* como lo que fue en la Avellaneda y Luisa Pérez de Zambrana en el siglo pasado, el centro de este cuaderno que surge, tal vez con demasiada ternura, en el panorama literario como un enigma hermoso.

¹ Roberto Zurbano, vicepresidente de la Asociación de Escritores de la UNEAC.

E ilustró su crítica con el poema siguiente:

*¿Quién me dará, prestados,
su cabeza,
sus pies, su corazón,
su cuerpo todo y sus dos brazos,
para este largo viaje del retorno?
Y luego, estando
ya en el sitio,
¿quiénes
me prestarán sus manos,
sus pañuelos, todas
las vasijas del mundo
cuando
me den la salobre bienvenida
tantas lágrimas viejas?*²

Al referirse a los poemas que conformaban la sección de Vecinos y Otra Gentes, expresó:

Hacia el centro del cuaderno, el tono elegíaco alcanza su momento más intenso, clímax que en “Vecinos” apoya el tema de la muerte y que en “Otras gentes” alcanza una tensión dolosamente personal. Pero la muerte tiene para Georgina el tono de la evocación: desde la fertilidad de una experiencia pasada, se induce el presente, la concepción del tiempo, en el ámbito de la memoria se estremece poéticamente: “Te harán sentir como si aún vivieras”, asegura en “Fela”. “Ahora ¿qué novia fría, horizontal, te espera?”, pregunta en “El Ahorcado”, su muerte.

Terminó diciendo:

Esta caída final, sería más acertado llamar desajuste no invalida en ningún momento el valor de este cuaderno

² “Duda”, *Gentes y cosas*, p. 45.

hermoso, cuya melancolía tiene el raro sortilegio de la literatura nacida del desgarramiento humano. La lectura de *Gentes y cosas* deja, sin embargo, un gusto esperanzador a pesar de su profunda tristeza. He ahí tal vez, la esencia, el misterio de la autenticidad.

Esa última parte de la crítica de Eliseo Alberto se aviene, perfectamente, a la forma de decir de esta poeta; en su poesía el tono esperanzador es importante porque, según ella, “cuando se canta a la tristeza porque es lo que se conoce, porque la vida pateo y hace rodar como balón, siempre se espera algo más y para eso se trabaja y se vive”.

Al silencio que padeció la obra poética de Georgina en el tiempo que transcurrió desde que *GH* vio la luz, hasta la publicación de *Gentes y cosas*, la crítica también hizo alusión al referirse a ese último libro. En tal sentido Osvaldo Navarro impugna los que tuvieron el nombre y la obra de esta poeta en el olvido cuando planteó: “En el año 1962, con una carátula fea y con un título que alguien por azar le puso, salió a la luz el primer libro de Georgina, humilde y olvidado como ella misma...”

Y ya tenemos el segundo libro de Georgina. Doce años han pasado pero llegar a *Gentes y cosas*, y durante este tiempo no figuró en ninguna antología poética. Viviendo, realizando diariamente su trabajo de madre, de mujer revolucionaria, le fue naciendo este nuevo libro. Poesía de sugerencias, de clarificaciones hacia lo misterioso y de aperturas inesperadas es esta de Georgina Herrera. Por ella transita una humanidad sin afectaciones, propia de los hombres comunes, de las gentes que no han encontrado hasta ahora una voz tan afinada y justa como la de Georgina. Femenina, como que fue escrita por una mujer, pero con esa fortaleza espiritual y de abnegación propia de las madres.

El poder de verificación de Georgina Herrera es de una indiscutible maestría. Conocedora profunda de las formas

y metros clásicos, Georgina habla con la palabra libre sin perder ninguna de aquellas modulaciones, entonaciones, ritmos que hacen valer a toda poesía.

En la revista *Bohemia* de marzo de 1975 aparece una crítica de Antonio Conte a *Gentes y cosas*, escrito por Georgina a la vez que realizaba diariamente sus funciones como escritora radial, revolucionaria, mujer:

Puede que agradecer un libro de versos a estas alturas de la poesía resulte un lugar común. No importa. De sobra está justificado darle las gracias a Georgina Herrera por las íntimas y pequeñas elegías que nos ha regalado como quien se desprende de una carga de agonía... hace unos años publicó su primer libro: *GH*. Allí dejó sentada su vocación de poeta, su mundo lidiando al borde de la tristeza. De los últimos libros publicados por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), el de Georgina es uno de los más poéticos, el de mayor coherencia formal, el que deja en el lector ese gusto a misterio y paz callada que tiene cierta poesía.

En abril de 1975, en *La Gaceta de Cuba*, con la firma de Rabel del Valle, aparece:

En 1962 publica su primer libro de poesía, cuyo título, *GH*, las iniciales de su autora, indica por sí solo la vocación de la misma por expresar su experiencia vital personal, la misma que hemos esbozado en el párrafo anterior y que da origen a estos versos:

*Quizás injustamente
me he sancionado a hablar
con el otoño,
a hacer mi casa en
las raíces viejas,
a sentir dolor con mucha prisa.*

Ya ese primer libro exhibía los logros de un temperamento poético innato, aunque lastreado por cierta timidez en la expresión, constreñida en ocasiones a ingenuas variaciones sobre formas tradicionales.

Pero la expresión ha madurado: no estamos en presencia de una promesa, sino de un aporte a nuestra poesía. Tal es el ser desgarrado que circula por las páginas de este libro...

Otro de sus trabajos gana primera mención en el concurso de la UNEAC de 1977, *Granos de sol y lana* (1978). La crítica lo acogió con beneplácito, se reconocieron sus valores, pero nada más.

En 1989, un nuevo poemario de Georgina ve la luz, *Grande es el tiempo*, en el que la autora reafirma su posición ante la vida, su fe en la carga humana que el hombre y la mujer llevan por dentro por encima de las grandes dificultades, de los mayores desastres.

En 1996, nuevamente un libro de Georgina ve la luz. Esa vez *Gustadas sensaciones*. En su presentación Waldo Leyva expresa:

Es un libro donde se siente la continuidad de una voz poética hecha para cantar lo hondo de la cotidianidad, una sensibilidad que indaga en el sonido humilde de las cosas que nos rodean, que penetra en la memoria del detalle más íntimo, que se escapa por las rendijas; esos espacios mágicos, por los que el amanecer se filtra, formando con el polvo y la bruma de los días iguales, una indetenible cinta de colores; corriente de la luz danza repartida en minúsculas partículas, que hacen de la fugacidad una presencia inolvidable, única y múltiple. De esa materia inasible y permanente se hizo esta poesía.

En la poesía de Georgina, nuevamente la muerte alcanza un tono personal. En algunos de los poemas de este

libro la voz de la poeta, como dice Leyva, “parece que se nos rompe, que detrás de su canto están las lágrimas, que hay alfileres, forjados en ciertos metales imposibles, hincándole la voz de la palabra”, porque en el momento en que escribió algunos de esos versos “su corazón ha sido barrido por el oscuro viento de la muerte”, como se refleja, por ejemplo, en el poema siguiente:

*Desde donde estás
no puedes escribirme,
llamarme,
darme un beso,
no te puedo tocar ni regañarte
porque ese sitio escapa
a mi ternura.
Donde tú estas
el humo es todo,
y todo, así, es nada...³*

Gustadas sensaciones, según Waldo Leyva:

[...] es un poemario que hay que leer con todos los sentidos. La realidad, la memoria y aun la cultura, existen porque son aprehendidas, a través de las sensaciones del sujeto lírico. Cuántos filósofos han intentado explicarnos este modo de asumir el ser, y Georgina, con la insuperable capacidad de la poesía, nos entrega ese saber universal cuya esencia le pertenece.

De *Gritos*, su último libro publicado, Carlos Espinosa Domínguez, desde Miami escribe:

[...] en el texto del cual el poemario toma el título, Georgina Herrera expresa: “Estas palabras aparentemente/

³ “Para ella”, *Gustadas sensaciones*, p. 16.

suaves y tranquilas; /palabras transparentes, si pero/ tenaces,/llegan, entran, se quedan para/siempre, son mi manera./ Así es que grito, y/se que me hago oír”. Esos versos están colocados con toda intención al inicio del libro, pues definen la poética a partir de la cual la autora elaboró las 15 piezas reunidas por ella en *Gritos*. Estamos, en efecto, ante un discurso sobrio, que elude la retórica o el cripticismo, y que está hecho con un lenguaje diáfano y sencillo [...]. Es su manera de decir las cosas, de gritar, de hacerse oír. Lo cual no le impide expresar sus verdades; ni hacerlo con una firmeza y una convicción que no admiten duda.

La obra de Georgina en temas relacionados con la etnicidad, impregnada de su sencillez y nobleza, enfatiza en las raíces de nuestra identidad afrocubana. En ella utiliza una estructura, recursos y elementos no tomados de lo folklórico, ni de la música afro, ni de la sensualidad de las negras, sino de las peculiaridades del proceso social y cultural en que se desenvuelve y del resultado de su socialización como mujer negra y humilde, lo que ella reafirma con sus propias palabras: “El ser negra ha marcado mi poesía”.

En tal sentido Katherine M. Hedeem alega:

[...] En la poesía reciente de Herrera se construye a plenitud un sujeto femenino al mismo tiempo consciente de su etnicidad [pero] no es África la base de esa construcción, sino la experiencia africana en Cuba, identidad que se fundamenta en el proceso de transculturación, lo que se puede apreciar, entre otros, en poemas como “África”, “Fermina Lucumí” y “Retrato oral de Victoria” que aparecen en su libro *Grande es el tiempo*.⁴

⁴ Katherine M. Hedeem: “Georgina Herrera: género y etnicidad”, en *La Gaceta de Cuba*, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, enero-febrero, p. 43, La Habana, 2004.

En su obra podemos apreciar lo que Hedeem también explica en el referido artículo: “[...] su obra contribuye a develar las historias menos conocidas, las de personas y actos con que no se ha contado, las pequeñas cosas que contribuyen a establecer alternativas”.⁵ Un ejemplo de ello lo encontramos en el poema “Sobre el poeta, el amor y la poesía”, que aparece en su libro *Gustadas sensaciones*:

[...]
*surge así el poema,
nuestro modo
de hacer saber hasta qué punto hicimos grandes
a momentos, a seres tan pequeños.*

En la obra de esta poeta también hay que tomar en cuenta cómo se refleja su papel de madre. Muchos de sus poemas están dedicados a su hija Anaisa, quien murió en un accidente de tránsito, y a su hijo Ignacio, también poeta y editor de Ediciones Paradiso en Miami, Florida. Ambos hijos del escritor Manolo Granados, con quien Georgina estuvo casada.

En relación con la maternidad, Conrad James,⁶ en “Georgina Herrera y los placeres de la maternidad”, plantea:

La maternidad es un tema fundamental en la poesía de Georgina Herrera porque en ella la maternidad es casi siempre una experiencia conflictiva. En cuanto a la maternidad hay dos líneas principales en la poesía de Herrera: la poesía que ella escribe desde la perspectiva de la infancia y la poesía que hace desde la perspectiva de la madre.

La poesía escrita desde la perspectiva de su infancia

⁵ *Ibíd*, p. 45.

⁶ Profesor y miembro del Departamento de Estudios Hispánicos. Universidad de Birmingham.

está llena de tristeza e imágenes de alienación y separación y aparece, casi siempre, un gran hueco entre madre e hija, por ejemplo en "Mami", de *Gentes y cosas*, el sujeto pregunta:

*¿Cómo pudo existir tan grande espacio
entre las dos? ¿Cómo
vivimos tantos años, sin que nada
fuese a ambas común?*

Otro ejemplo es "El patio de mi casa", donde la casa familiar es un espacio de dolor y silencio donde el sujeto se siente entrampado:

*Patio donde el sonido de la lluvia
dejó su oficio de agua
para ir cayendo, espesa y contenida,
más bien como lágrimas.
Ancho para una celda.*

En cambio, en la poesía escrita desde la perspectiva de madre, el sujeto celebra su identidad y experiencias como madre. Los hijos la han hecho feliz y realizada como mujer. Por ejemplo, en "Las dos mitades de mi sueño".

Pero, a través de la maternidad, la poeta también establece conexiones con el pasado, con África y con su identidad, no solo como mujer, sino también como mujer negra. El mejor ejemplo es el poema "Preguntas que solo ella puede responder". Los ojos de la hija son los ojos etíopes y sirven como un resguardo para la madre.⁷

⁷ Conrad James: "Georgina Herrera y los placeres de la maternidad", *Bulletin of Latin American Research*. Volumen 4, octubre, pp. 475-483. Birmingham, Inglaterra, 2003.

Catherine Davies, en su libro *A Place in the Sun? Women Writers in XXth Century Cuba*, Londres, 1997, refiriéndose a la obra de las escritoras negras y mulatas cubanas (Nancy Morejón, Excilia Saldaña), entre las que se encuentra Georgina Herrera, expresa:

Es posible que la obra de las escritoras negras y mulatas sea la mejor ubicada para romper las identidades y las categorías vigentes en Cuba. Su poesía brinda un mapa para el cruce de las fronteras entre las culturas hispánicas y afrocaribeñas, y también interroga a los límites establecidos a la diferencia sexual y racial. Sus poemas pueden leerse como una forma de política sexual que atraviesa las fronteras raciales, nacionales e internacionales. También son una forma de memoria textual.

La obra literaria de Georgina Herrera ha alcanzado una dimensión internacional y un reconocimiento crítico que se expresa en su inclusión en importantes antologías cubanas y extranjeras. También en antologías de literatura de poesía escrita por mujeres.

Por ejemplo:

Ángel Augier: *Poesía de la ciudad de La Habana*. Ediciones Boloña/ Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001.

Antología de la poesía cósmica cubana. T. II. Frente de Afirmación Hispanística, A. C. México, 2001. Prólogo y análisis arquetípico de Fredo Arias de la Canal.

Marie-France Allarand: "Poesía cubana 1980-2001", *Revue de la Maison de la Poésie*. Bacchanales No. 24, Rhône-Alpes, 2001.

Conrad James: "Filial Resentment and Maternal Desire: Reading Poems by Georgina Herrera", en *Centre of Remembrance: Memory and Caribbean Women's Literature*. Edited by Joan Anim-Addo. Mango Publishing, 2002.

- Puerto del sol*. Vol. 37, No. 1. Librería del Congreso Nacional, México, 2002.
- Puentes a Cuba*. The University of Michigan Press, Ruth Behar Editor, Michigan, 1995.
- Pedro Pérez Sarduy y Jean Stubbs: *Afrocuba (an Anthology of Cuba Writing on Race, Politic and Culture)*. Latin America Bureau, London, 1993.
- Las palabras son islas*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999. Selección, introducción, nota y bibliografía de Jorge Luis Arcos.
- Luís Suardíaz: *Generación de los años cincuenta*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.
- Mirta Yáñez: *Álbum de poetisas cubanas*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2002.
- Daughters of the Africa*. Ballantine Books, New York, 1992. Compilación e introducción de Margaret Busby.
- Mirian D'Costa Wilys: *Hijas de la diáspora*. Maryland, 2003.
- Afro-Hispanic Review*. Vol. 18, No. 1. Ediciones Afro-Hispanic Review, University of Missouri-Columbia, Columbia, Missouri, 1992.
- La paz no necesita de palomas*. Ediciones Unión, La Habana, 2003. Compilación de Lizette Vila.

Muchos de sus poemas han aparecido en publicaciones periódicas, especializadas dentro y fuera del país:

- Revista *Women*. Vol. 4, spring, 1993.
- Il Majakoski*. Revista trimestrale di poesia scrittura e differenze. Año III. No. 6, Italia, 1992.
- Revista *Hora de poesía*. No. 81-82, mayo-agosto. Lentini Editor, España, 1992.
- Revista *Kalioppe*. Spring-summer. Año 3, Vol. 4, Jacksonville, Florida, 1982.
- Revista literaria *Barcelona*. España, diciembre, 1997.
- Cuadernos del Matemático*. Revista ilustrada de la creación. No. 16, España, 1996.

The Literary Review. Dickinson University, Vol. 35, No. 4.
*Bulleting of Latin American Research. Journal of the Society for
Latin American Studies*. Vol. 22, No. 4, October, 2003.

POEMAS CUYOS TÍTULOS SE EMPLEARON EN EL TEXTO

PRIMERO UN VIAJE

*¿Primero un viaje,
regresando
a aquel pueblito en el que pasó algo
además del tiempo?'*

EL PUEBLO, PARA SIEMPRE

*Personaje importante y de pasada,
el ómnibus
llegó con diez minutos de retraso.
Entonces, todo se redujo
a alzar del suelo el paquetico.
Los ariques
en su lugar, tranquilos, dándome
esta costumbre, estableciendo
en mí este susto ya para siempre.
El ómnibus
no esperaba a nadie más;
tras su rugido
vino el estremecimiento de la partida.
¿Después? fueron
quedando atrás: el parque,
la funeraria, el chivo
de Liborio, su olor, su andar todas las tardes*

¹ *Gustadas sensaciones*, p. 29.

*cabizbajo. Florencio
el Pata Coja, Amanda, Tomadita; toda
esa gente
que dio color y movimiento al pueblo.
Atrás quedaron: también el puente,
el cuartel de la rural,
el cementerio, los
naranjales de Rufino. Todo
tan rápido
que no hubo tiempo
para sacarlo de la memoria.²*

LA TRISTEZA NO CEDE SU LUGAR

*En marzo, a un poco más de la mitad
quiere
la primavera entrar donde yo vivo.
Es su día de nacer, por eso
cree al mundo y sus rincones suyos.
Al otro lado de la puerta
pregunto cosas que ella no puede responder.
Entre las estaciones
la primavera es la que sabe menos.
De lo que brota y cambia de color y es húmedo. Y
nada más.
Insiste. Intenta
que participe en la fiesta con ruido
de sus gorriones, del rojizo
triunfo del flamboyán, del sospechoso
gusto a perdón saliendo de la tierra.
Empecinada
es la primavera ante el derecho
que le concede el sol.
No le abriré. Que tengo mis costumbres.*

² *Gustadas sensaciones*, p. 37.

*“Llegaste
con una lágrima de atraso”, grito. Quedamos
ambas como al principio:
ella de un lado y yo del otro
de la puerta.³*

ORIKI PARA LAS NEGRAS VIEJAS DE ANTES

*En los velorios
o a la hora en que el sueño era ese manto
que tapaba los ojos
ellas eran como libros fabulosos abiertos
en doradas páginas.
Las negras viejas, picos
de misteriosos pájaros,
contando
como en cantos lo que antes
había llegado a sus oídos,
éramos, sin saberlo, dueñas
de toda la verdad oculta
en lo más profundo de la tierra.
Pero nosotras, las que ahora
debíamos ser ellas, fuimos
contestonas,
no supimos oír; teníamos
cursos de filosofía,
no creímos,
habíamos nacido demasiado cerca
de otro siglo. Solo
aprendimos a preguntarlo todo
y al final, estamos sin respuestas.
Ahora, en la cocina, el patio,
en cualquier sitio, alguien,*

¹ Grande es el tiempo, p. 26.

*estoy segura, espera
que contemos lo que debimos aprender
Permanecemos silenciosas,
parecemos tristes
cotorras mudas.
No supimos
apoderarnos de la magia de contar
sencillamente
porque nuestros oídos se cerraron,
quedaron tercamente sordos
ante la gracia de oír.*

TESTIMONIO GRÁFICO

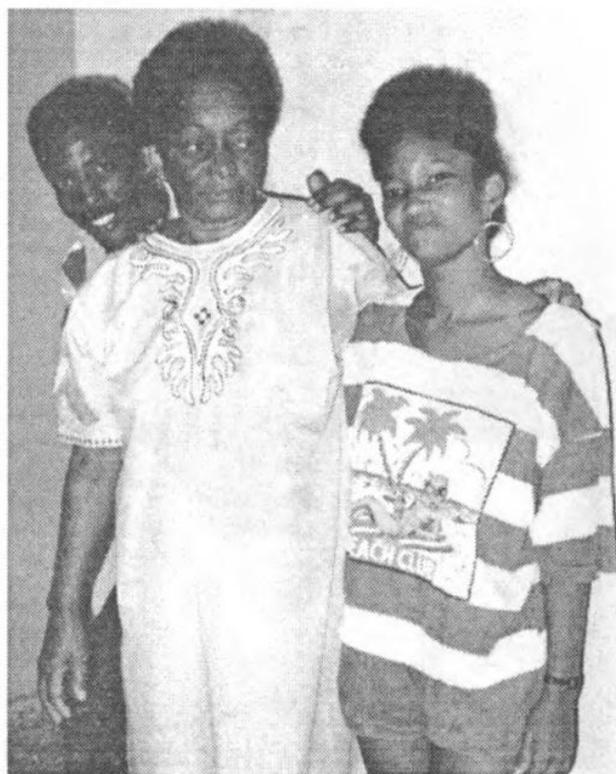
Georgina Herrera en día de la graduación de la Escuela Primaria Superior.



Georgina Herrera con su hijo Ignacio y su hija Anaisa.



Georgina Herrera con su hija Anaisa.



Georgina Herrera con Anaisa e Ignacio.



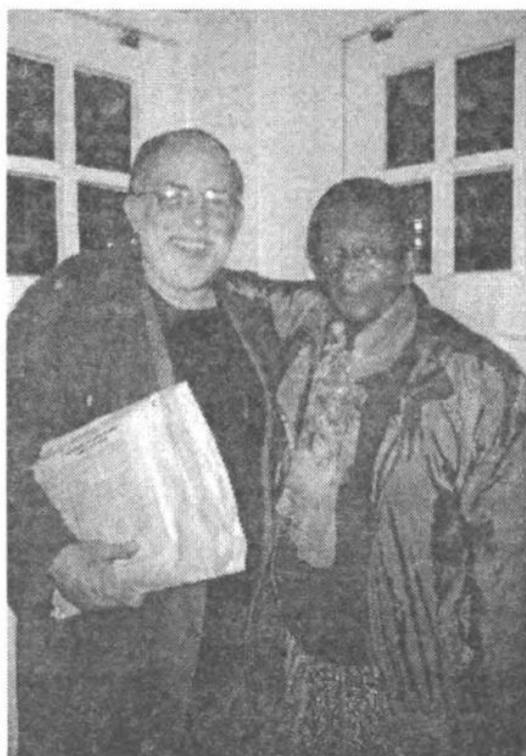
Georgina Herrera en la premiación del Concurso por el Día del poeta celebrado en 1961 en el que ganó la Primera Mención.



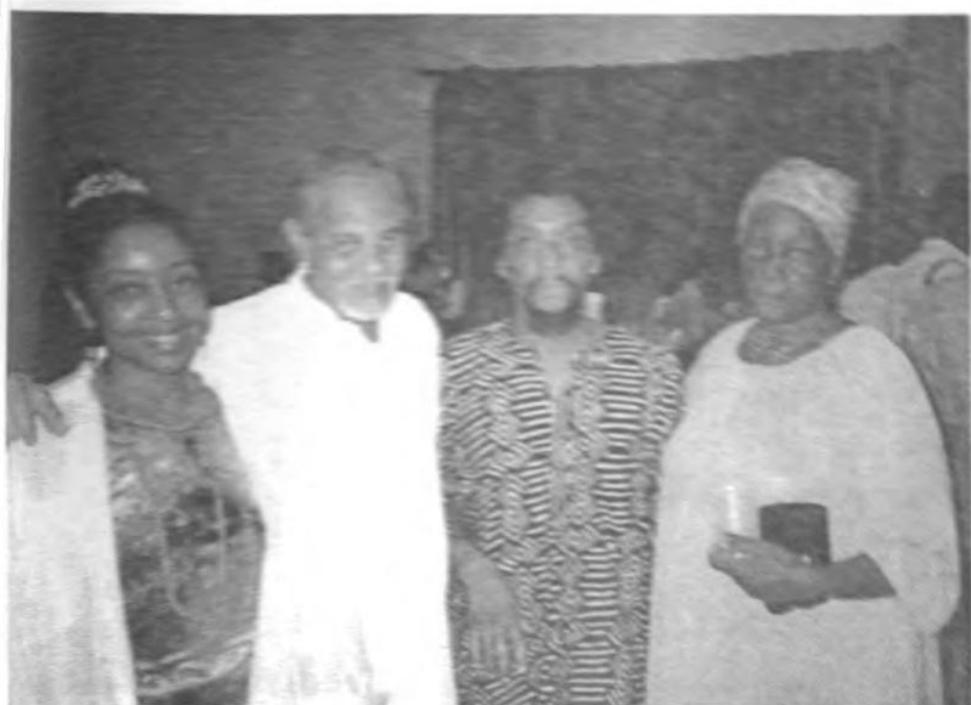
De izquierda a derecha: Carmen María Acosta, asesora de novelas radiales. Georgina Herrera e Isabel Aída Rodríguez, directora de Radio Arte, asesora y escritora para la radio.



V Congreso de escritores Afroasiáticos. Tashkent. De izquierda a derecha: Presidente de la Unión de Escritores de Uzbekistán, escritora nicaragüense, Georgina Herrera y Fernando Silva también escritor nicaragüense.



Georgina Herrera y uno de los participantes en el evento Yari,



Entrega de premios del concurso literario Casa de las Américas. De izquierda a derecha: Gloria Rolando, Cineasta, Abrahán Rodríguez, William Tafanihari, periodista africano y Georgina Herrera.



Apertura del Festival de poesía. Medellín, Colombia, 2002



Georgina Herrera con un grupo de escritores, a su izquierda Rogelio Martínez Furé, a su derecha, Pablo Armando Fernández. Detrás a la izquierda Juana María Cordones y Gerardo Fullera León.



Georgina Herrera en la Plaza Roja de Moscú.



Evento Yari Yari en New Cork. Georgina Herrera junto a un numerosos escritores/as y artistas cubanos africanos/as y afronorteamericanos/as.



Georgina Herrera en el momento en que Abel Prieto, Ministro de Cultura, le imponía la Medalla "Alejo Carpentier".



Medallas: Raúl Gómez García, Distinción Por la Cultura Nacional y Alejo Carpentier.

St. Catherine's College Oxford . con sus
Teléfono 40541

3 - XII - 1979

Querida amiga Georgina:

Unas breves líneas para mandarte esta dos fotos, recuerdo de aquella reunión de poetas en el apartamento de Margaret Randall, el 23 de junio. Escribe a vuelo de pluma (o de máquina) pues este hoy me he enterado de que Nissa Terrestre, hábil hispanoamericana de La Universidad de Londres, está a punto de salir para La Habana, y podré llevarte esta carta. No sé si se podrán encontrar, pero me gustaría que se conocieran. Nissa es una persona que vale mucho, y que pudiera dar a conocer tu poesía allá, tal como Toni Turull ya lo ha hecho en sus cursos en Bristol, y tal como lo estoy haciendo yo: en efecto, ella está organizando una serie de coloquios caribeños en Londres, en uno de los cuales voy a presentar un trabajo sobre la poesía cubana de estos últimos años, en el cual pienso citar muestras de Grupos de sol y luna (colección que me gusta muchísimo: comprende muy bien el hecho de que Toni Turull le haya incluido en su programa sobre la poesía cubana).

Mi esposa Brigitte también manda sus recuerdos,
junto con este saludo bien cordial de su nuevo
amigo en Oxford

Georgina Herrera
Calle E núm. 359, entre 15 y 17
 Vedado, La Habana.

(Robert Pring-Mill)

Carta enviada a Georgina Herrera en 1979 por el Profesor de la Universidad de St. Catherine's College, Robert Pring-Mill.



UNIVERSITY OF BRISTOL

DEPT. OF HISPANIC AND LATIN AMERICAN STUDIES
25, 27-29 WOODLAND ROAD
BRISTOL

108 1US

TELEPHONE 24161

HEAD OF DEPARTMENT

31-Mayo-79

Querida Georgina,

unas líneas para acompañar esta foto de recuerdo de los días de abril que tuve el placer de conocerte, conocer tu obra y conversar contigo.

He puesto ya tu poesía en el curso de Cuba que doy aquí, y los alumnos tendrán que leer y comentar tus Granos de sol y luna al mismo tiempo que tengo de Nicolás Guillén.

Todos los escritos los guardo para trabajarlos durante el verano. Si piensas en alguna obra que crees podría interesarme no dudes de mandármela.

te recuerdo, y a tu hijo,

Un abrazo

Antonio Turull

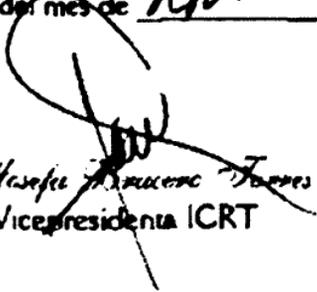
Carta enviada en 1979 por el profesor Antonio Turull de la Universidad de Bristol, Inglaterra.

La Radio Cubana otorga

a: Sergio
Herrera

Sello conmemorativo
80 Aniversario
de la Radio Cubana

Dado en la Ciudad de La Habana,
a los 28 días del mes de Nov. del 02


Lic. Josefa Trujillo Torres
Vicepresidenta ICRT

CERTIFICO

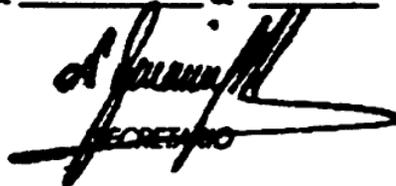
QUE EL CONSEJO DE ESTADO HA OTORGADO A:

GEORGINA HERRERA CARDENAS

LA MEDALLA "ALEJO CARPENTIER"

POR ACUERDO NO: 3462 de 5 de SEPTIEMBRE de 2002

Dado en Ciudad de La Habana, a 5 de SEPTIEMBRE de 2002


SECRETARIO

ÍNDICE

- Nota a la edición / 7
Nota de una de las autoras / 9
G. H. o una pequeña llama en la tempestad, Roberto Zurbano / 11
- Segunda vez ante el espejo / 21
Primero un viaje / 25
Un largo viaje del retorno / 37
El pueblo, para siempre / 50
Otros recuerdos de mi pueblo, soporte principal de mi memoria / 63
La voz / 67
La tristeza no cede su lugar / 69
Oriki para las negras viejas / 75
Tanteando la ciudad / 85
La radio es mi vida / 97
Oído e imaginación / 102
Apresando historias / 108
Caminar con el corazón / 111
Radio Progreso / 113
Te lo Cuentan las Estrellas / 116
Probar alas y trino / 118
Viajar: cruzar el mar, el vuelo deseado / 125
Otras muchas cosas / 131
Mis amores: sin caminar desnuda entre la gente / 137
Mi matrimonio / 143
Ritual de las comidas en fechas señaladas / 147
Rozando la memoria / 152
Quiero ser yo misma / 154
Para un final, mi autorretrato / 156

ANEXOS

Pensar a Georgina Herrera, Mirta Rodríguez
Calderón / 161

¡Qué buenos!, Gerardo Fullea León / 163

La luz le pertenece, Coralia de las Mercedes
Hernández Herrera / 166

Georgina Herrera: el don de la palabra sencilla
y sentida, Catherine Davies / 172

Georgia Herrera: ruidos y colores infinitos, Nancy
Morejón / 180

Habla la crítica / 185

Poemas cuyos títulos se emplearon en el texto / 197

TESTIMONIO GRÁFICO / 201

Se logra reconstruir una vida mediante la palabra, desgarrando la más profunda intimidad para develar acontecimientos que, de lo contrario, permanecerían ocultos en la memoria. Mucha honestidad y valentía se requieren para realizar este ejercicio de confesión. Y esto es *Golpeando la memoria*, un libro marcado por la sinceridad de Georgina Herrera y por la hábil exploración de Daisy Rubiera en la trayectoria de esta poetisa. Ambas lograron una complicidad cuyo resultado es el relato sincero del acontecer de Georgina por esta tierra: su infancia y adolescencia en el pueblo matancero de Jovellanos, transidas por la pobreza; sus complejas relaciones con la familia, de estructura fuertemente machista; la asunción crítica de la educación tradicional que le dieron; las tempranas ansias de descargar en la poesía su diálogo personal con el mundo; la toma de conciencia acerca de su raza y de su sexo; el torbellino esperanzador del triunfo de la Revolución, que abrió insospechadas perspectivas; su incursión en la radio, medio que la condicionó definitivamente; la difícil edificación de su propia familia; el azote de la muerte y a la vez el anhelo por la vida en una mujer que supo trascender las circunstancias adversas y los prejuicios sexistas y raciales que vanamente trataron de coartarle su propia construcción como ser humano.

Un testimonio intenso, de una gran sensibilidad, que, a la vez, ofrece un fragmento de la historia de Cuba, aquel que se avista desde esta experiencia de vida que el Proyecto Memorias o Historias Orales de la Revolución Cubana ha contribuido a difundir, como parte de su propósito de estudiar y dejar constancia del impacto de las transformaciones de la Revolución en la vida cotidiana de los cubanos.

DAISY RUBIERA (Santiago de Cuba, 1939). Investigadora y ensayista. Entre sus libros publicados se encuentran: *La mujer de color en Cuba (mediados del siglo XVI, mediados del siglo XIX)*, *Reyita, sencillamente*. En la actualidad, investiga y escribe sobre temas afrocubanos, género y religión, y género y raza.

GEORGINA HERRERA (Jovellanos, Matanzas, 1936). Poetisa y escritora de novelas, cuentos y programas de radio. Ha incursionado además en programas de televisión y en el teatro. Tiene publicados, entre otros, los poemarios *GH* (1962), *Gentes y cosas* (1974), *Granos de sol y luna* (1978), *Grande es el tiempo* (1989), *Gustadas sensaciones* (1996).

ISBN 959-209-668-6



0 700502 006684